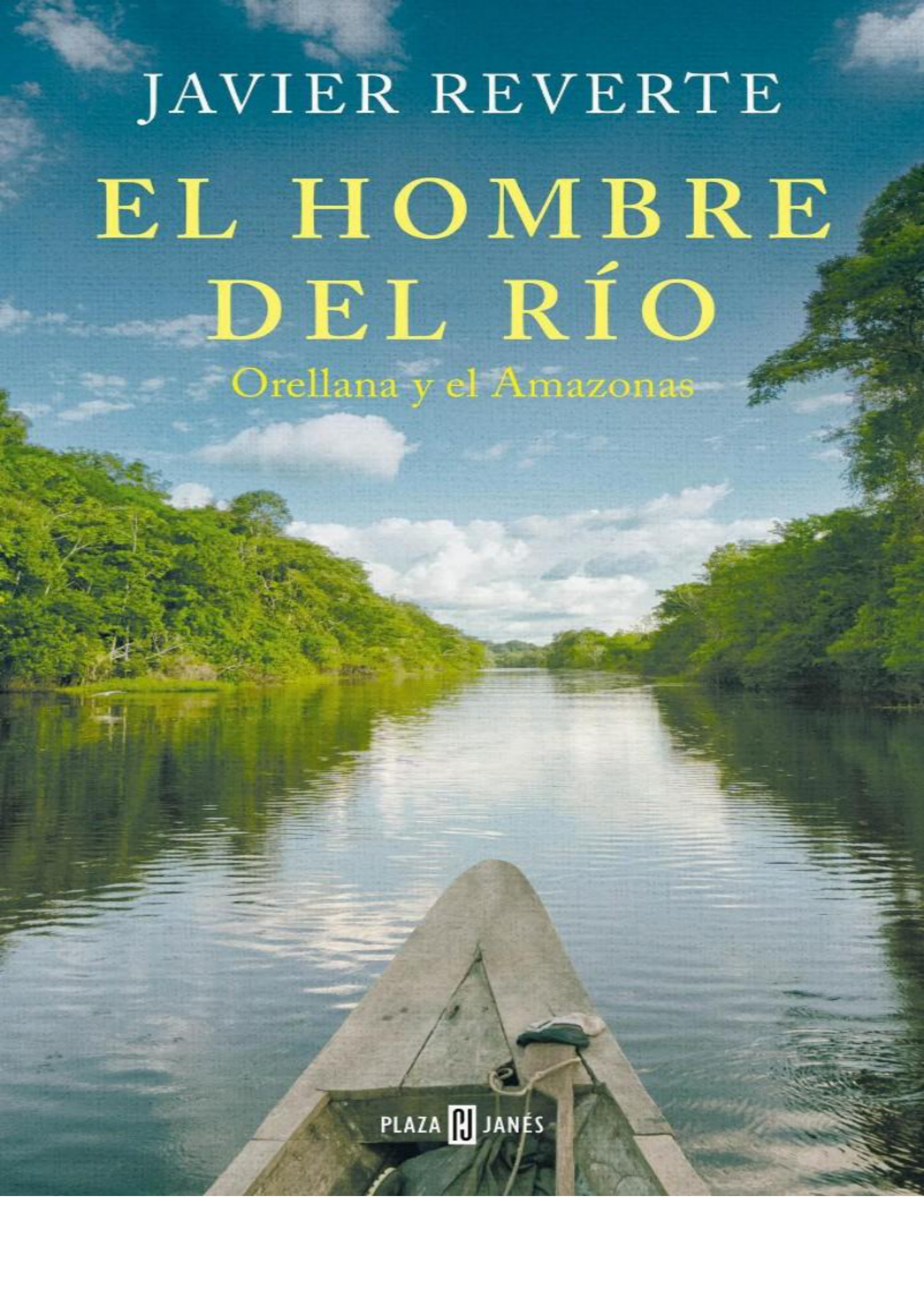

JAVIER REVERTE
EL HOMBRE DEL RÍO
Orellana y el Amazonas
PLAZA JANÉS

JAVIER REVERTE

EL HOMBRE DEL RÍO

Orellana y el Amazonas

PLAZA & JANÉS

Navegar es necesario; vivir no lo es.

POMPEYO

Un hombre siempre llega tan lejos como puede y nunca tan lejos como desea.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

Una de las mayores cosas que han acaecido a los hombres.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO
(sobre la odisea de Orellana)

Nunca ascendemos tan alto como cuando ignoramos adónde vamos.

NAPOLEÓN BONAPARTE

Prólogo

Desde el año 2002 yo tenía una deuda pendiente con el río Amazonas, cuando navegué su curso entre la ciudad de Pucallpa, en el Perú, y su desembocadura, en la ciudad brasileña de Belém do Pará. Fue un viaje muy duro, sobre todo porque, llegando al final, contraje el paludismo en su grado más grave: la llamada «malaria cerebral», provocada por el parásito *Plasmodium falciparum*, lo que estuvo a punto de costarme la vida. El libro que escribí a mi vuelta se tituló *El río de la desolación*, un trabajo todavía afectado por la depresión que, durante casi dos años, me dejó la enfermedad. Durante el viaje, me vencieron la sensación de peligro, la pobreza de sus gentes, la brutalidad de la naturaleza, la indefensión que sentía en mi cuerpo infectado, las pesadillas, la fiebre, la soledad en la sala de la UCI del hospital de Belém hasta que mi mujer y mis hijos llegaron a buscarme desde España… Hoy, pasados aquellos malos tragos, habría titulado el trabajo como *El río de la desmesura*. Y hubiera dedicado una parte de mis observaciones —y también de mis sensaciones previas a la enfermedad— a describir su hermosura.

Pero no solo era eso lo que quedaba aplazado. En mi libro conté sucintamente la historia de la primera exploración europea del gigante fluvial, el más largo del planeta, y en particular, a vuelapluma, la del protagonista de la hazaña, el extremeño Francisco de Orellana. No fue un conquistador como tantos otros de la época, sino un hombre en el que se fundieron la curiosidad antropológica, la tolerancia, la lealtad y un hondo sentido de la aventura, además de la ambición de riquezas y la sed de fama, tan propios del carácter de los hombres de su tiempo. Leyendo el relato que el fraile Gaspar de Carvajal, también extremeño, escribió sobre la épica aventura, la figura de Orellana me fascinó por la cantidad de ángulos que sugería su personalidad. Al contrario que

Pizarro o Hernán Cortés, el suyo era un carácter poliédrico, más próximo a Ulises que a Aquiles, Héctor o Áyax. Y, a fin de cuentas, ¿no fue su viaje una suerte de odisea?

Su figura fue creciendo en mi interior como sucede a veces con la literatura: exenta de ruido, sin darme cuenta, con el subconsciente trabajando en una forma muda. ¡Qué cosa singular es el acto creativo! Todo trabajo nacido de la inspiración, sea de alta calidad literaria o mediocre de estilo, tiene un elemento común: la emoción del artista, que en estos casos pretende convertir en mito lo que en apariencia resulta sencillo.

Así que Orellana iba volviendo al escenario principal de mi periplo de escritor de una manera extraña. Hasta que me di cuenta de que tenía que escribir sobre él.

Pero ¿cómo hacerlo? Mucho hay escrito sobre su hazaña, pero es muy escaso lo que compete a su personalidad. Sabemos que tenía un origen hidalgo al tiempo que su familia apenas poseía nada, cosa muy común en la pequeña burguesía española de todos los tiempos hasta la segunda mitad del siglo XX. Contaba, sin embargo, con una buena formación en letras, y he leído en alguna parte que conocía el latín y el francés, cosa más que dudosa en el segundo caso, ya que, en Trujillo, mientras que un sacerdote podía instruirle en lenguas clásicas, ¿quién iba a enseñarle el idioma galo? Era valiente, como demuestra la pérdida de un ojo en un combate, y también muy curioso, pues aprendió a expresarse, aunque fuera burdamente, en hablas indígenas. Su capacidad de liderazgo quedaba fuera de dudas, ya que sus hombres le votaron en el río como capitán incontestable. Aspiraba a la riqueza, como todos los conquistadores de su tiempo, pero no era su principal objetivo, ya que la arriesgó varias veces para ganar la gloria y lo dejó todo, cuando ya era un hombre muy adinerado, por la aventura del Amazonas, en la que perdió su fortuna por completo. No debía de ser muy religioso, pues el cronista Gaspar de Carvajal insiste una y otra vez en su relato en que la conclusión feliz del viaje río abajo fue posible gracias a la ayuda de Dios, por muy grandes que fueran sus cualidades de capitán. En fin, actuaba como un decidido hombre de acción y era capaz de ser calculadamente cruel,

como lo demostró en las batallas y saqueos de los territorios que cruzaba en su viaje hacia el mar.

¿Bastaba todo eso para completar el retrato de quién fue Orellana? Faltaba mucho. Y, sin embargo, dibujar su figura, pintar su carácter, era una tarea que se me antojaba apasionante. Las crónicas sobre su hazaña detallan el viaje, pero poco nos dicen de su figura.

Son bastantes los datos que la historia nos ofrece sobre la expedición de Orellana. El primero de todos, la citada crónica del fraile dominico —o las crónicas, puesto que hubo dos versiones— y, en segundo término, la narración de Fernández de Oviedo, quien recogió en su *Historia general y natural de las Indias* el testimonio que el propio Orellana le dio sobre la expedición a poco de tocar territorios españoles en el Caribe, regresando de la boca del río.

La Historia, sin embargo, no es una ciencia exacta y carente de espacios nebulosos. De ser así, habría que considerarla una suerte de acta notarial. La Historia supone una interpretación de la realidad, no una simple exposición de acontecimientos. O si se quiere, dicho de otra manera: un esfuerzo por dar coherencia y unidad a los hechos. Y en este sentido, resulta esencial para comprender la realidad. Sin los historiadores no entenderíamos casi nada de nuestro pasado. Y no hay ningún notario que pueda atribuirse las cualidades de Tucídides.

Pero ¿basta con ello? Tampoco es suficiente. Por eso, entre las brumas del ayer, es preciso poner la linterna de la imaginación. O de la poesía, como la llamaría Aristóteles. Y he dicho «imaginación», que no significa lo mismo que «invención». Imaginar es convertir en creíble lo posible; inventar es extraer de la nada lo improbable.

¿Cuál es el papel de ese impulso creativo? Pues no muy distinto al de la Historia. Se trata también de conseguir que la realidad aparezca como verosímil, algo que solo se consigue echando mano en ciertas ocasiones de la hipótesis o de la ficción. En una frase que me gusta repetir, decía Pessoa lo siguiente: «La literatura no es más que un esfuerzo por hacer real la vida».

Así que me encontraba ante dos opciones: o bien llevar a cabo un trabajo preciso sobre la veracidad comprobada de los hechos, o bien perfumar esta aventura con una dosis de imaginación. Opté por las

dos posibilidades, mezclándolas. De modo que la base del relato han sido los acontecimientos tal y como sucedieron, sobre los que he superpuesto una serie de personajes imaginarios —y, en otros casos, reales— que mantienen diálogos y llevan a cabo hechos que creo que pueden parecer creíbles, aunque sean fruto de la ficción.

Personajes verdaderos que aparecen en mi narración son el propio Orellana, el cronista Carvajal, algunos miembros de la expedición del Amazonas y los hermanos Pizarro, entre otros. En cuanto a los personajes nacidos de la imaginación, figuran un soldado amigo de Orellana, una joven prostituta, un muchacho estibador de los muelles de Sevilla y algunos más. Estos últimos también me han servido para crear el ambiente de la España y la América de aquellos años posteriores al Descubrimiento.

La base documental o histórica del relato son la narración —o narraciones— del fraile Gaspar de Carvajal, nacido en Trujillo, paisano de Orellana y los Pizarro. Se dice que la primera versión la redactó el propio clérigo a petición de Orellana, a poco de que los supervivientes de la hazaña tomaran tierra en la isla caribeña de Cubagua, entonces bajo dominio español. Y que la segunda la encargó el reconocido historiador Fernández de Oviedo, que se encontraba por entonces en Santo Domingo, directamente al fraile, que se la devolvió escrita, por correo, desde el Perú. Su relato sobre la exploración amazónica, tomado directamente de la fuente de sus principales protagonistas, me ha servido también como elemento documental de esta novela. Otro trabajo que he tenido muy en cuenta ha sido el del magnífico historiador chileno José Toribio Medina, titulado *Descubrimiento del río Amazonas*. También me he asomado a las novelas de William Ospina, Buddy Levy, George Millar y Mauro Muñiz.

Durante siglos, la figura de Orellana ha sido presentada como la de un «traidor» a su jefe de entonces, Gonzalo de Pizarro, cuando la realidad de los documentos nos muestra que el capitán fue todo lo contrario: un subalterno leal al entonces gobernador de Quito y jefe de la expedición en busca de los imaginarios País de la Canela y El Dorado. Es de justicia, pues, devolverle su buen nombre, ya que se lo

ganó con creces. En cierta forma, se jugó la vida por rescatarlo. Y la perdió de regreso al río.

Me resulta curioso que, a lo largo de los siglos, los artistas hayan tenido mucho más en cuenta a Lope de Aguirre, el loco asesino que navegó el río tras las huellas de Orellana. No solo han centrado su interés en su figura escritores de la talla de Ramón J. Sender, en su novela *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, sino notables cineastas como Werner Herzog, en *Aguirre, la cólera de Dios*, y Carlos Saura, en *El Dorado*. Y, entretanto, Orellana caía en un cierto olvido.

Este libro no solo tiene la intención de relatar una gran aventura, de ayudar a borrar la fama de traidor de un hombre excepcional, sino también la de trazar un retrato que resulta veraz de un conquistador diferente a todos los otros que participaron en la gigantesca tarea del Descubrimiento y la Conquista. Y es, además, el pago de la deuda que tenía con el curso de agua más grande de la Tierra, el Amazonas, el río de la desolación y de la desmesura, en donde Orellana perdió la vida y yo, casi.

J. R.

1

La serpiente

Se apartó de la ensenada en donde los calafates repasaban las reparaciones del bergantín, cegando junturas de las maderas, a falta de pez y estopa, con una pasta hecha de resina, jirones de ropa vieja y hojas secas; y caminó por la orilla, río abajo, hasta doblar junto a una curva del cauce, perder de vista la pequeña rada del Napo y encontrarse a solas ante la corriente de agua que bramaba, que se revolvía sobre sí misma, como un prisionero que, fuera de sí, trata de romper sus cadenas y escapar de su celda. Se detuvo, rendido al asombro y, al tiempo, levemente atemorizado. Y enseguida se dio cuenta de que había juzgado mal: aquel río no era un cautivo que intentaba huir de una jungla opresiva. Más bien parecía un animal hambriento que amenazaba a la tierra, que la hería y se preparaba con avidez para devorarla. Tales eran su violencia y su vigor.

Su color era oscuro, casi negro, exento de brillo, y descendía rizándose sin descanso como las crines de un caballo cimarrón que galopa bajo el viento, formando turbiones y remolinos, golpeándose dislocado contra las riberas. La selva, prieta, tenebrosa, tejía una suerte de muro a los lados de las playuelas que se asomaban al cauce, tímidas, temerosas. El joven hombre pensó que nada se había mostrado nunca ante él tan sobrecogedor como aquel curso fluvial de aspecto poderoso y enfermizo a la vez. Ni siquiera las ásperas cumbres andinas, talladas en piedra y hielo, cuyas faldas había cruzado el ejército de españoles e indios esclavizados durante semanas hasta llegar allí, alcanzaban aquel grado de satanismo que mostraba el río.

Era media tarde y apenas quedaban dos horas para el ocaso. El

hombre, pese a los años gastados en recorrer los trópicos, todavía sentía asombro ante aquellos atardeceres de la jungla, súbitos y broncos, que apenas en unos minutos teñían el horizonte de sangre, como si un espadazo hubiera partido el corazón del cielo, y el sol se despeñaba de inmediato en las profundas mazmorras del espacio, mientras la noche devoraba los contornos de la selva y el cauce fluvial.

Todo era allí diferente a su Extremadura natal, en donde la muerte del día se retardaba en lentas agonías rosadas y naranjas sobre largas llanadas estériles o sobre tierras de cereales y bosques de encinas. Pero aquello era una de las razones por las que le enamoraba América: su primitivismo montaraz, su grandiosidad irreductible. O, dicho de otro modo, su negativa a aceptar el dominio de lo humano sobre lo salvaje.

Era un hombre joven de mediana estatura, de treinta años, la mitad de ellos labrados en la aventura y la guerra. Tenía cabellos crespos, ásperos, levemente rojizos, y una barba corta del mismo color, aunque algo más clara, que parecía agarrarse al mentón como el musgo a la piedra de la montaña. El hueco del ojo izquierdo, perdido en una batalla librada años atrás en combate, se ocultaba con pudor bajo un parche de cuero negro, mientras que el derecho brillaba con el resplandor de un azul turquesa recién lavado por el agua.

Estaba en extremo delgado, pero lucía músculos lustrosos y un tórax que excedía la proporción de sus cortas piernas. Vestía ropas viejas, desgastadas, casi harapos, y unas sandalias tejidas toscamente con recias lianas de árboles selváticos y hojas de palma. De su cintura colgaba una espada ceñida por una soga vegetal, sin tahalí, con el brillo dorado de la empuñadura desgastado por el roce de la mano y una hoja tersa de refulgente acero.

Se llamaba Francisco de Orellana y había nacido en Trujillo, una población grande de Extremadura, clavada antaño entre tierras de musulmanes y cristianos, enzarzados durante centurias en guerras de conquista. Vencida la larga guerra por la Cruz mediado el siglo XIII, aquellas extensas regiones fueron repobladas por gentes venidas del norte. Y Orellana era uno de los hijos de una secular historia de

desdichas, victorias, ambiciones, heroísmo, sufrimiento y sangre.

Decidió sentarse a esperar el atardecer, temeroso de ir más allá y quedar a solas en la noche del trópico. Rugía el río como un felino enrabietado. Y, de pronto, vio salir del agua y moverse lentamente hacia la orilla a un enorme reptil. No estaría a una distancia de más de veinte metros y su color era verde cenagoso, moteado de pintas oscuras. El cuerpo tenía el grosor de tres muslos de un hombre recio y la cabeza, el tamaño de cuatro puños humanos. Orellana no sabía el nombre de aquel animal ni nadie le había hablado nunca de un monstruo semejante. ¿Acaso un ser mitológico?

El ofidio medía alrededor de diez metros y entró en la playa sin mirar hacia el hombre. Y Orellana, algo tembloroso, rodeó con su mano derecha la empuñadura de la espada y contempló como el largo cuerpo del ofidio reptaba y abandonaba despacio las aguas oscuras y turbulentas del curso de agua, dirigiéndose a la selva.

¿Qué ocultaba ese río que iba a navegar en los siguientes días?, ¿una guarida de harpías, medusas, gorgonas, titanes y cíclopes? De pronto, la mitología dejaba de ser un territorio de fantasías y, con la presencia de aquel animal, se convertía en un universo real y tenebroso.

La serpiente se ocultó entre los arbustos y los árboles. El cielo comenzó a sangrar y Orellana se levantó y caminó de regreso al campamento, al encuentro de sus compañeros. ¿Había sido un sueño?

No era tal. El bramido del agua, el calor húmedo y pegajoso que abrazaba su cuerpo, el hambre que fustigaba su estómago y debilitaba sus piernas, le daban conciencia de una realidad tan amenazadora como exacta.

El miedo se convirtió ahora casi en pavor. Un día después, al amanecer, el barco zarparía río abajo en busca de alimentos. Y le aterraba especialmente la presencia de lo monstruoso, la aparición ante sus ojos de un horrible ser ignorado en la forma de un gigantesco reptil.

Pero sabía que, a pesar de todo, iba a navegar ese río.

Se levantó dispuesto a volver al campamento. Antes de doblar la curva que le llevaría con los suyos, se detuvo de nuevo y miró hacia

atrás. La serpiente no le seguía, se había ocultado en la selva. Respiró hondo y se sintió muy solo, con una sensación de indefensión casi física que parecía oprimirle el pecho. Y la melancolía sustituyó de pronto al miedo. Se dio cuenta de que aquel río y aquella jungla no precisaban de los seres humanos en absoluto, que estaban allí antes que el hombre y que desaparecerían mucho después.

La luz se iba. Echó a andar de nuevo, giró hacia la derecha y distinguió las luces de las hogueras del campamento, a menos de cien metros de donde se encontraba. Una figura se levantó y dio unos pasos en su dirección.

—¡Francisco! —gritó el hombre.

Distinguió la voz de su comandante y amigo Gonzalo Pizarro y apretó el paso.

—¿Qué hacíais? —preguntó el otro cuando llegó a su vera.

—Miraba el río. Jamás me topé con algo tan vigoroso. Da miedo. Y había una gran serpiente como nunca vi otra.

—Una anaconda, seguro. ¿Os arrepentís de bajar el río?

—Ni mucho menos, Gonzalo. Al fin y al cabo, la idea fue mía.

—Podemos olvidarlo todo, abandonar el barco y regresar juntos hasta Quito. Eso sería lo juicioso.

—No es de valientes abandonar la empresa acordada. Emprenderé la partida como hemos previsto. Y, además, nunca me atrajeron las empresas juiciosas.

Sonrió antes de añadir:

—Nada hay más apasionante que lo que puede terminar muy mal.

—El buen juicio es siempre el mejor consejero, Francisco, y lo sabéis mejor que nadie. Vuestra propuesta es la única posible: descender el río durante dos o tres días con los hombres más sanos, buscar alimentos y regresar para que todos podamos comer y recobremos fuerzas. Pero os jugáis la vida.

—No es idea prudente porque nada hubo de sensato en llegar hasta aquí. Era ambición únicamente, una ambición que muere… Y ahora, la idea de navegar aguas abajo en busca de comida es tan solo necesidad. Ese río… Napo…, he oído que así lo llamaban los indios prisioneros.

—¡Qué más da cómo demonios se llame! ¿Queréis bautizarlo de otro modo?, ¿con vuestro nombre, por ejemplo? Cabe a vuestra fama.

—Reservo mis bautismos para días de mayor gloria. Y este río despierta en mi ánimo pesadumbre. Dejémoslo en Napo.

Pizarro tomó del brazo a Orellana.

—Vamos a comer lo que se pueda. Hoy hemos sacrificado un par de perros…, los últimos.

—¿Ya sin perros…? ¿Habéis pensado, mi señor, cómo nos defenderemos si los esclavos indios se rebelan?

—Con las armas o a mordiscos. Pero es preferible morir por el lanzazo de un indio que de hambre. Vamos.

Caminaron hacia las hogueras. Pizarro era más alto y fuerte que su camarada. Y un hombre hermoso, con prestancia. Mujeriego, cazador, ambicioso de poder y leal a sus amigos, era cruel y despiadado con quienes se le oponían. Durante las semanas anteriores había hecho torturar a varios indios quijos, prisioneros de un encuentro armado en las montañas cercanas, hasta que le confirmaron que, río abajo, podían encontrar un poblado en donde abundaba la comida. Fue entonces cuando Orellana sugirió su idea: construir un bergantín y navegar con unas decenas de hombres hasta dar con la aldea para lograr vituallas. Y regresar con ellas para alimentar a la tropa hambrienta y debilitada.

Los soldados se levantaron cuando vieron llegar a Gonzalo Pizarro y a su lugarteniente Orellana. Y les tendieron sendos pedazos de carne de can.

Los dos se apartaron y comieron en silencio.

—Chuletas de perro para hombres que buscaban El Dorado —musitó Pizarro—. ¿No es una burla del Diablo?

—Quién sabe si de Dios —añadió Orellana.

—Preguntaremos luego a fray Gaspar. ¿Por dónde anda el fraile?

—Imagino que convirtiendo indios a la fe.

Pizarro rio.

—¿Pueden ser convertidos los animales?

Orellana, sentado a la izquierda de su comandante, volvió la cabeza hacia este y lo miró antes de responder.

—¿Acaso no hablan? —preguntó a su jefe.

—No en lengua cristiana.

—¿Y lo son la china y la japonesa? Hablan, y eso basta para tenerlos por hombres.

—Os he visto conversar con algunos de ellos. ¿Habéis aprendido ya a entenderlos?

—Lo suficiente para saber que son humanos.

—Sois un ingenuo, Francisco; solo son indios.

Pizarro se levantó y estiró los brazos.

—No mataría mi hambre ni comiéndome tres perros mastines… Os lo repito: carne de perro para hombres que perseguían El Dorado, una maldición.

Caminó unos pasos y se volvió de súbito.

—¿Para cuándo calculáis la partida, Francisco?

—Con la alborada. La estopa y la resina están ya secas.

—Sois un hombre valiente, amigo. Buenas noches.

—Con Dios, Pizarro.

Se quedó solo. Y recordando de nuevo a la enorme serpiente, se le ocurrió imaginar que el pavoroso animal quizá era ciego y que, a causa de ello, no le había atacado. Tal vez su ceguera era un presagio de buena suerte en aquel río salvaje que estaba a punto de navegar hasta llegar a un lugar ignorado y seguramente terrible.

Se retiró a su tienda. El hambre acuciaba y trató de dormir para olvidarla. Del exterior llegaba un olor áspero a hojas muertas y a ciénaga. La humedad lo impregnaba todo, era como si el aire tuviera unos dedos mojados. Y resonaba el río mientras, en su imaginación, la serpiente se revolcaba entre remolinos de aguas negras.

En la duermevela pensó en su temor a lo que le aguardaba. Y sintió que tener miedo le gustaba.

2

Extremadura

En su ciudad, los viernes había feria de ganado y olía a chacinas y a pocilga. Y al muchacho Francisco, cuando era niño, y mucho más al llegar a muchacho, le fascinaba ese día más que ningún otro de la semana. Desde muy temprano, cuando llegaban los carros de los comerciantes y los buhoneros montaban sus tenderetes, mientras los cercados se llenaban de reses y caballerías, la población se convertía en un carrusel de trajines inusuales. Y hasta que llegaba la hora del ocaso, casi todos los habitantes de la localidad y de los pueblos cercanos, niños y ancianos, hombres y mujeres, soldados y clérigos, empleados municipales y terratenientes de tierras aledañas, ladronzuelos, fanfarrones, pícaros, timadores y prostitutas disfrazadas de castas damas, se aproximaban al espacio de la feria, a las afueras de Trujillo, para comprar, negociar, pecar o, simplemente, curiosear y echar el día.

Francisco, un chaval de alma inquieta, no llevaba una existencia feliz, pues detestaba la monotonía con que transcurría su vida. Y por ello la jornada del viernes se le antojaba, con mucho, más importante que la de los domingos, cuando debía asistir a misa con sus familiares, en la gran iglesia de Santa María la Mayor, oficiando a veces de monaguillo. Le aburrían las ceremonias religiosas y le fascinaban el caos del mercado y el gentío que se apretaba en las explanadas que ocupaba la feria. Envidiaba a aquellos seres errabundos que, de pronto, invadían su ciudad; y a menudo soñaba con ser uno de ellos y correr mundo de feria en feria.

Pero una vez al año, en los primeros días de septiembre, cuando la

tierra comenzaba a desprender el aroma de las tormentas del otoño y del tomillo mojado por las lluvias, Trujillo celebraba a su santa patrona, la Virgen de la Victoria, mítica protectora de las tropas cristianas en las guerras contra los musulmanes. Ya no era un día excepcional, sino que durante una semana entera se oían misas en las iglesias principales de la villa y se oraba en las ermitas cercanas, había danzas, gentes y seres extraordinarios que llegaban a la ciudad desde la vecina Portugal y las tierras castellanas, nobles caballeros alanceaban toros y la feria se multiplicaba por diez, extendida en casi media legua por las afueras del pueblo.

Eran los mejores días del año para Francisco, hasta el punto de que, desde la tarde dominical en que las fiestas terminaban y recomenzaba la vida repetida tantas y tantas jornadas, semana tras semana, mes tras mes, el chico empezaba a contar el tiempo con impaciencia en espera de las siguientes celebraciones.

Francisco solía ayudar a su padre y a sus hermanos mayores en las tareas de cuidado del pequeño rebaño de cabras que poseían, en el huerto en donde cultivaban patatas y judías, en algunas colmenas de un monte próximo arrendado a un rico propietario y en el cercado en donde picoteaban varias docenas de gallinas y zascandileaba el cerdo destinado cada año a la matanza de diciembre. El padre compraba al animal en enero, lo capaban en marzo y seguía engordando hasta parecer un tonel cuando se acercaba la hora de su sacrificio. Desde muy niño, siempre le habían producido un hondo terror los gritos del gorrino al ser mutilado, lo que en la ciudad llamaban por entonces «el berrinche de la capadura», y mucho más aún, meses después, los aullidos desesperados que profería al presentir que lo iban a matar. Porque sabía, como todos los chicos extremeños, que los cerdos presienten su asesinato.

Entre los cinco y los ocho años, durante una hora diaria y a cambio de aprender a ayudar como monaguillo en las misas, recibió clases de lectura y caligrafía del párroco de la iglesia de Santa María. A los nueve leía con facilidad, por lo general libros religiosos, entre ellos los

Evangelios, pero también traducciones de los clásicos griegos y romanos, algo que no era muy común entre los muchachos de la ciudad de familias venidas a menos. La suya era una estirpe de origen noble y su abuelo había guerreado en tierra de moros mediado el siglo anterior, mientras que su padre se enorgullecía de haber servido a los Reyes Católicos en la campaña para la toma de Granada. Pero aquellos lances de guerra no habían traído fortuna a la familia, que a duras penas sobrevivía con un terruño, con la miel, la leche y el queso que daban las cabras, y algunos cabritos vendidos para las cenas navideñas a los ricos de la población. Como muchos trujillanos de sangre hidalga, vivían en los linderos de la pobreza.

Conocía a los Pizarro, y a quien más de todos ellos, a Gonzalo, que le adelantaba en edad por unos meses. Pero nunca había llegado a intimar con él, y solo en América, años después, se creó entre ellos una amistad leal. Formaban los Pizarro una familia singular. Los cuatro hermanos eran hijos de un renombrado militar que había servido en Flandes a las órdenes del Gran Capitán; pero cada uno de ellos se debía a una madre distinta. El único legítimo era Hernando, el segundo de ellos, aunque el padre acabó por reconocerlos a todos menos al mayor, Francisco, que trabajó de niño como porquero, partió muy joven a América y acabó por ser el más famoso de entre todos. Hernando y Gonzalo recibieron una cierta educación en letras, en tanto que Francisco y Juan no sabían leer ni escribir y a duras penas firmar.

No le faltaban a Francisco de Orellana entretenimientos, asombros y sorpresas en aquellas inolvidables ferias anuales. Los corrales rebosaban de cerdos negros, ovejas de espesos y sucios vellones, cabras de rostro diabólico y ubres como cántaros, machos cabríos de testículos sostenidos en serones de cuero y, ocasionalmente, algunos hatos de bueyes y grupos de caballos. Los buhoneros desplegaban a la vera de sus carromatos tintes, hilos, agujas, bisuterías, telas y potingues mágicos contra el mal de ojo y el desamor. Había vendedores de bálsamos para sanar los males de los huesos y raíces

que remediaban úlceras y sarnas. Y sacamuelas y curanderos. Y multitud de ciegos harapientos que pedían limosna llevados de la mano de sus lazarillos.

Y malabaristas, echadoras de cartas, especialistas en conjuros, venta de amuletos, mujeres de la vida que al anochecer aliviaban a los hombres anhelantes de sexo en las traseras de los carromatos y de las tiendas. Y pilluelos especializados en extraer monederos de los bolsillos de los tratantes de ganado y de las faltriqueras de las damas de vida licenciosa. Nunca se veían clérigos ni agentes de la Inquisición por aquellos lares durante la feria, salvo que fueran disfrazados de hombres comunes o porque quizá se juzgaba como necesaria la ocasión para dejar respirar un poco al pueblo, disfrutando de lo prohibido y de lo diferente.

Aquí y allá asomaban los saltimbanquis, los músicos de acordeón y de guitarra, un funambulista que todos los años hacía el recorrido de una cuerda tensada, en ida y vuelta, entre los dos tejados de las mismas dos casas; así como tragafuegos, levantadores de pesos y magos. Y vendedores de golosinas para los niños, porrones de vino de pitarra para los sedientos, copitas de aguardiente para los borrachos, frituras de tripas de cordero que olían a aceite viejo, en tanto que multitud de perros y de gatos husmeaban entre los despojos y huían de las patadas de los viandantes.

El olor a cochiquera se mezclaba con el de los orines, y el del sudor con el del estiércol. Si llovía, el escenario de la feria se convertía en un barrizal sobre el que dejaban sus huellas hondas los carros y en el que se revolcaban los borrachos cuando peleaban entre ellos.

Era un mundo que, una vez al año, negaba la monótona vida de la mayoría de los hombres y las mujeres de Trujillo. Y también de los niños como Francisco.

Seguidos por un séquito de criados que portaban gallardetes, algunas tardes acudían a Trujillo, llegados de Mérida o de Badajoz, jóvenes nobles provistos de lanzas y altivos sobre monturas bellamente enjaezadas, con caireles y alamares plateados y lentejuelas doradas.

Eran caballeros apuestos, viriles y arrogantes que cabalgaban al trote de una punta a otra de la feria haciéndose notar, sin importarles atropellar a algún que otro mamarracho descuidado que se interpusiese en su camino. Los hombres y los niños los vitoreaban sin que ellos movieran siquiera levemente la cabeza para saludar al gentío.

Se dirigían derechos al coso taurino construido con troncos de madera especialmente para la feria. Y allí lidiaban fieros toros, burlándolos con sus cabalgadas mientras la gente abarrotaba los tendidos y aullaba estremecida ante los lances arriesgados o las frecuentes cogidas. En cada fiesta morían diez o doce animales, entre caballos y toros, los primeros corneados y los segundos alanceados, en aquellas feroces luchas sobre la arena fina y dorada del circo. Y raro era el día en que no caían heridos uno o dos caballeros. E incluso, en ocasiones, alguno resultaba muerto.

Una de aquellas tardes, cuando Francisco tenía diez años de edad, consiguió encaramarse a los primeros troncos del cercado, sobre la misma arena. Y cuando el toro andaba cerca, alguien le empujó con fuerza en la espalda y el chaval cayó desde lo alto a tierra. Quedó a unos cinco metros de distancia del toro, herido ya por alguna lanzada del lidiador de turno. El animal le vio y se giró hacia él. Bufó y escarbó la tierra. Y Francisco se quedó quieto, incapaz de moverse, atenazado por el miedo. Transcurrieron segundos que al chico se le hicieron días. Y, de pronto, la res se volvió sobre sí misma y echó a correr, renqueante, hacia el otro lado de la plaza, en donde el caballero la esperaba con un rejón de acero alzado sobre su cabeza.

Nunca había notado el peligro tan próximo. Nunca antes el azar de morir le rozó tan cercano. Y se dio cuenta de que aquella sensación de miedo y riesgo confundidos le complacía, serenaba su ánimo inquieto.

En el año 1526, durante la feria, cuando Francisco de Orellana tenía quince años, el emperador Carlos V se detuvo en la ciudad, procedente de Portugal. El muchacho no había visto jamás nada semejante: decenas de carruajes lujosos precedían y seguían al del soberano,

mientras centenares de soldados a caballo formaban una formidable guardia armada de apariencia indestructible. Las gentes, y el muchacho también, se arrodillaron al paso del monarca y Francisco apenas pudo distinguir una mano del gran hombre que saludaba desde detrás de los cortinajes de su carroza. Luego, la imponente procesión ascendió hacia el castillo, en donde el llamado Rayo de la Guerra se alojaría esa noche, después de disfrutar de una suntuosa cena con la nobleza y los clérigos importantes de la región.

Pero esa tarde, un buen número de soldados del séquito acudieron a la feria a beber o a regodearse con las prostitutas. Uno de ellos, algo borracho ya, se sentó en la escalinata y convocó a la gente que andaba cerca. Francisco se acercó: le imponía su aspecto de guerrero. Era un hombre fornido, que vestía calzas bermejas, botas de cuero vueltas en la rodilla, chaleco oscuro y camisa de mangas anchas. Sus cabellos alborotados eran rojizos, como los de Francisco. Se sujetaba a la cintura un pesado sable de hoja de vibrante acero y empuñadura de bronce. En la mano sujetaba una jarra de vino de la que daba largos sorbos.

—Venid, venid, amigos y paisanos. ¿Queréis oír una buena historia? Escuchadla en la voz de Guzmán de Igüeña, leonés, soldado del emperador, que combatió en los famosos tercios de Flandes y, hace bien poco, en la conquista de México, a las órdenes del gran Hernán Cortés, ilustre capitán nacido en vuestras tierras.

Dio un hipido antes de añadir:

—Y luego dejadme unas monedas si la historia os complace. Y ninguna si os da sueño el escucharla.

Ante el asombro de los espectadores, con buen oficio de narrador, el soldado comenzó a relatar la crónica del sitio de Tenochtitlan, la muerte de Moctezuma, la llamada Noche Triste, la victoria de Otumba, la destrucción del sagrado templo y de la ciudad de los aztecas, el robo del oro de los indios, las luchas feroces, la venganza implacable de los vencedores, la extinción de los vencidos… En suma, la aventura disfrutada y dolorida entre la vida y la muerte. Nada ocultó el hombre sobre la crueldad de la guerra, y su mirada le pareció a Francisco que refulgía como el rayo entre los cielos negros

de una tormenta.

—Y ahora, amigos y paisanos —concluyó mientras miraba el interior de su jarra ya vacía—, ¡escapad de esta guarida de gorrinos!, ¡id a América a hacer fortuna y ganar fama! Y nada más os digo, necesito más vino y tengo gana de mujer. Así que espero algo de vuestra generosidad, puesto que yo he volcado la mía relatándoos las hazañas del caballero Hernán Cortés, vuestro gran vecino.

El soldado se levantó para marcharse después de recoger algo de beneficio. Pero Francisco corrió a su lado antes de que desapareciera.

—¡Señor, señor!

—¿Qué quieres, zagalillo?

—Ir a América.

—Pues ve.

—¿Y cómo lo hago, señoría?

—Fácil: viaja hasta Sevilla y toma un barco. De allí salen muchos, primero Guadalquivir abajo y, desde Sanlúcar, al mar, rumbo al nuevo mundo. Tendrás sitio si trabajas en la travesía como grumete. Y luego encontrarás tropas en las que alistarte. He oído hablar de un paisano tuyo, Francisco Pizarro…, creo que hace fortuna en el Perú.

—Y vos, ¿no regresáis, señoría? Iría con gusto como sirviente vuestro, sin cobrarle nada a vuesa merced.

—No sé si regresaré, muchacho. En todo caso, siempre viajo solo, y te aconsejo que así lo hagas: la mejor aventura se hace en soledad. Con Dios, chiquillo.

—Quisiera volver a veros.

—Tal vez me encuentres en los muelles del Guadalquivir. Pero te insisto: siempre viajo solo.

Francisco vio alejarse al soldado con pasos torpes. Ya tenía decidido, desde ese instante mismo, irse a América.

3

Las caravanas

Apenas tenía nada que llevar consigo salvo a sí mismo cuando aquella mañana de principios de 1527 partió de su pueblo con un morral al hombro en el que portaba un pan y algunos embutidos. No había cumplido aún los dieciséis años y su padre podría haberle retenido como menor de edad acudiendo al alguacil. No obstante, Trujillo estaba acostumbrada a ver como se marchaban muchos de sus hijos menores hacia América, en busca de fortuna y escapando del hambre. Y para la familia, la marcha de Francisco era más alivio que dolor: dos brazos menos para trabajar, bien cierto, pero también una boca menos que alimentar en la casa. Su madre le entregó unos cientos de maravedíes y Francisco partió una mañana de principios del mes de marzo, con los campos cubiertos por la escarcha de las heladas de la noche.

Tomó el camino real que iba hacia Mérida, adonde tardó ocho días en llegar. Dormía en los pajares de las ventas y se alimentaba con los restos de la comida de los viajeros a cambio de limpiar las cuadras. A veces le permitían viajar en un coche de postas durante unos kilómetros, agarrado al pescante trasero, con riesgo de caer y tragando el polvo de los caminos. Pasaba frío y le empapaba la lluvia, y a duras penas combatía la rudeza del clima con el gabán de paño hosco que su padre le había dado al partir. Y reforzaba con hierbas el interior de sus zapatos para evitar la formación de llagas y ampollas en las plantas de sus pies. Jamás creyó que la existencia pudiera ser tan dura como la que ahora le tocaba vivir. Pero en ningún momento pensó en volver atrás.

Cuando cruzó el Guadiana, cerca ya de Mérida, le pareció que dejaba atrás un mundo perdido para entrar en uno nuevo. El acento de las gentes sonaba ya distinto al castellano recio de Trujillo; ahora parecía más alegre e informal. En la Venta de La Coja, un par de leguas más al sur, ya en la afamada Ruta de la Plata, el dueño tuvo lástima del muchacho y pudo cenar gratis un caldo caliente con unas patatas braseadas en la chimenea, tomar un trago de vino y dormir en un jergón en la cuadra, cerca del pesebre de las mulas.

En Almendralejo se unió a una tropa de gitanos que le hicieron hueco en uno de los carromatos de su caravana a cambio de despojar de arreos a las caballerías y de limpiarles los lomos, crines e ijadas cuando hacían campamento para dormir. Eran gentes que comerciaban con paños y que formaban tres familias de hombres y mujeres jóvenes, ancianos y niños. Por las noches, antes de acostarse, la tropa organizaba parranda al fuego: se entonaban cantos antiguos acompañados de guitarras y las mujeres danzaban a la lumbre haciendo resonar sus castañuelas.

Había una mozuela de unos quince años que era flexible como un junco y bailaba con la elegancia y frescura con que vuela un vencejo. Era morena de cabellos y de piel y ya mostraba un busto de formas de mujer que impregnaba su danza de turbadora sensualidad. Francisco no podía quitarle ojo mientras bailaba y ella se daba cuenta y, en ocasiones, cuando pasaba cerca del chico, clavaba sus ojos negros, como brasas de tizón, en los de él.

Una mañana, en Villafranca de los Barros, los gitanos montaron sus tenderetes en la plaza principal de la población. Era día de feria y, mientras hombres y mujeres se afanaban en vender sus mercancías, Francisco vio a la niña apartarse de los carromatos y salir caminando de la plaza, como si fuera a dar un paseo. No lo dudó y echó a andar tras ella, hasta alcanzarla.

—¿Os importa si me uno a vos, señora? —dijo al llegar a su altura.

La chica rio con ganas.

—Es la primera vez que oigo a alguien llamarme «señora». Venid conmigo si queréis.

—¿Cómo os llamáis?

—Esmeralda.

—Nombre que os acomoda con justicia. Yo soy Francisco.

—Ya sé vuestro nombre.

—Me gusta veros bailar. ¿Dónde aprendisteis?

—¿Dónde ha de ser si soy gitana? En casa, de niña. ¿Y vos, no sabéis?

—Ni el pasodoble.

Volvió a reír con la muchacha, como quien canta. Tenía una dentadura blanca y regular y unos labios del grosor de un dedo meñique de hombre. Y al reír, su pecho se movió levemente de abajo arriba. Francisco sintió un golpe de calor en las sienes.

Se sentaron en un tronco de árbol junto a un arroyo y ella comenzó a arrojar chinarros al agua. Lucía un sol invernal que aliviaba de frío el aire.

—¿Y adónde vais, Francisco, si se puede saber?

—Voy a Sevilla, primero.

—Queda muy lejos.

—Y de allí me embarcaré a América.

—¿Qué es América?

—Una tierra muy grande al otro lado del mar.

—¿Y qué hay allí?

—Tengo oído que selvas, indios muy guerreros sin cristianizar y oro y plata en abundancia.

—Vais, pues, en busca de riqueza.

—No solo. También de aventura y fama.

Quedaron callados unos instantes y luego, de súbito, se miraron a los ojos, con fijeza.

—Quisiera besaros —dijo Francisco sin pensarlo.

—Hacedlo, pues —respondió ella sin retirar la cara.

El muchacho dejó un leve beso sobre los labios de la chica. Eran tibios y esponjosos.

—Os llevaría con gusto conmigo como mi esposa —dijo apartándose—, si aceptaseis serlo.

Ella le miró asustada.

—Loco me parecéis. Una gitana nace y muere entre gitanos. Y se

casa con gitanos y tiene hijos gitanos. Si mi abuelo os oyera decir lo que habéis dicho, os cortaría el cuello con la navaja.

La niña se levantó.

—Vuelvo a la plaza. Ya me estarán buscando.

—Pero nos hemos besado…

—He sido loca…

Y escapó con prisas de su lado.

Francisco la siguió de lejos, y al llegar al mercado, ella se perdió entre los carromatos de los suyos. Le latía el corazón con fuerza y sentía, de pronto, que haría cualquier cosa con tal de volver a estar con la muchacha.

Un hombre se aproximó a él. Era el patriarca del clan, un anciano grueso, de bigote oscuro ornado de recias guías. Levantó el bastón al llegar a la altura de Francisco y le apuntó al pecho.

—Ni te vuelvas a arrimar a mi nieta, payo. Si lo haces, entras en territorio sagrado y tu vida peligra. Pero, por si acaso, ahora mismo coge tus cosas del carro y lárgate. Ya no sigues con nosotros.

A la tarde, Francisco vio partir la caravana mientras la plaza se iba vaciando de feriantes. Contra lo que demandaba su ansiedad, la chica no se asomó desde el interior de ninguno de los carros. Y sintió un agujero hondo en el pecho. Era la primera vez en su vida que comprendía lo que significa el amor y la locura que entraña. Si hubiera tenido fuerzas y dinero, habría contratado una tropa de hombres armados y galopado en busca de Esmeralda, para secuestrarla y tenerla a su lado toda la vida. Pero los carromatos se perdieron de vista al doblar al fondo de una calle, y no tuvo valor para seguirlos.

Esa jornada le permitieron pernoctar en el pajar de una venta de las afueras de Villafranca, en el camino que seguía hacia el sur. No logró dormir apenas. Y lloró recordando a Esmeralda, a la que ahora imaginaba bailando al pie de las carretas, al son del rasgueo de las guitarras, alumbrada por el fuego de las hogueras y, quizá, llorando también por él. La blandura y la calidez de sus labios seguían vivos en los del muchacho.

Tardó cuatro días en alcanzar Fuente de Cantos, cerca ya de las estribaciones de la sierra de Tentudía. Y el frío le mordía la carne hasta prácticamente alcanzar los huesos. Estaba flaco y el costillar se le marcaba bajo la camisa. Casi finalizaba marzo, pero el frío seguía agarrado a la tierra y los sabañones no daban tregua a sus dedos y a sus orejas. Llovía a menudo en aquel territorio serrano y su gabán, empapado de lluvia, pesaba sobre sus hombros como el yugo de una yunta de bueyes.

Durante una quincena, a principios de abril, permaneció alojado en una venta que llamaban del Culebrín, cercana a un antiguo monasterio de la Orden de Santiago y al sur del pueblo de Monesterio. La dueña, doña Inés, era una viuda entrada en años y carnes que sintió lástima por aquel muchacho andrajoso y macilento. Le dio de comer unas sopas de ajo y le preparó un jergón en un almacén en donde guardaba, a salvo de las ratas, judías y habas secas, patatas y manzanas. Cuando Francisco, mientras cenaba, le habló de su intención de cruzar en los días siguientes la cordillera de Tentudía, pasar luego Sierra Morena y seguir hasta Sevilla, la patrona señaló hacia los picos más altos y le dijo:

—Aún hay nieve en las alturas, chiquillo. Morirás de frío si no encuentras resguardo o quien te ayude. Y te comerán los lobos, que en estos días salen hambrientos a los caminos y no temen a nadie. Y menos aún a quienes viajan solos como tú.

Francisco había terminado en apenas unos minutos el plato de sopa. La ventera sonrió y se lo llenó de nuevo.

—Quédate aquí hasta que se vaya la nieve. Ayudarás en la limpieza para ganarte la cama y un plato caliente. Y, además, te hace falta recobrar fuerzas para trepar los caminos que llevan al puerto y cruzar la serranía. Quizá pueda encontrarte gente de paso a la que unirte para llegar a Sevilla. Por aquí se acercan muchos arrieros y algunos se alojan en mi casa antes de ganar el puerto de las Marismas.

Luego le proveyó de camisas, calzas, zapatos y un gabán casi nuevo.

—Eran de mi marido. Murió en agosto y ya no le harán falta.

Poco tardó Francisco en reparar en cuál era el carácter de aquella venta. Cierto es que pasaban numerosos viajeros solitarios para alojarse una o dos noches en la posada y, a menudo, pernoctaban también grupos de buhoneros con carros que recorrían los pueblos de los alrededores. Pero cuando caía la tarde, una de las grandes estancias del parador se convertía en ruidosa taberna que rebosaba de clientes de los pueblos aledaños. Media docena de mozas, que se alojaban en la misma posada y que, durante el día, eran apenas vistas, salían a la noche, con camisas escotadas y faldas que se ajustaban a sus nalgas, a servir jarras de vino y a bailar entre jaleo de palmas, guitarras mal tocadas, fandangos mal cantados y vocerío desmedido de borrachos. Mientras ayudaba en el servicio de las mesas, Francisco observaba el tráfico incesante de hombres y mujeres en las estancias traseras.

Entre las mozas destacaba por su belleza una muchacha de cabellos rubios, quizá algo mayor de veinte años, que sonreía con frecuencia al chico. Menuda de cuerpo, pero bien proporcionada y desbordante de pechos y posaderas, se llamaba Teresa, era de las más solicitadas por la clientela y no le hacía ascos al vino. Muchos días se retiraba borracha antes de que las otras cesaran de trabajar.

Una noche de frío, ventiscas y heladas, ningún cliente acudió a la fonda y las mujeres se sentaban en vana espera en la estancia de luces mezquinas, alrededor del fuego de la chimenea. Teresa se arrimó a Francisco, que se acomodaba en una mesa cercana a la lumbre. Traía con ella una jarra de vino y charlaron un buen rato mientras ella bebía sin cesar.

Doña Inés, a eso de las once, decidió cerrar la taberna.

—Ya no vendrá nadie con este tiempo —dijo—. De modo que id a dormir cuando queráis, yo echaré los candados y me iré a la cama.

Todas se levantaron menos Teresa. Cuando Francisco iba a imitarlas, la otra le sujetó el brazo.

—Espera, chico. Hazme compañía, tengo ganas de más vino.

Obedeció. Ella le contó que había nacido en Azuaga, un pueblo grande situado hacia el oeste, y que se había escapado de casa hacía dos años.

—Estaba harta de pasar hambre y cuidar puercos, sin catar hombre…, y buenas ganas que tenía. Conocí en fiestas a un titiritero: me sedujo, le di mi flor y me marché con él. Luego, cuando se cansó de estar conmigo, me dejó abandonada y me refugié en esta venta. Es un trabajo fácil. Tengo plato y cama y pago a la vieja la tercera parte de lo que gano cada vez que meto a un hombre en mi cama. El ama es buena persona. —Se tocó los pechos—. Y todavía tengo cuerpo para dar guerra.

Tomó la mano de Francisco y la llevó hasta su seno derecho.

—Aprieta un poco… ¿Lo ves?

Francisco se sintió arder por dentro.

Al punto, la mujer le retiró la mano y bebió más vino.

—Cuando el cuerpo envejezca, me meteré a monja de clausura. Y vida arreglada. Lo que sea con tal de no volver a criar puercos.

—¿Monja vos…?

Teresa rio.

—¿Y por qué no? A veces vienen aquí como clientes, no solo alguaciles de Fuente de Cantos, sino algún que otro monje del monasterio cercano de Calera de León, un pueblo de al lado, vestidos de paisano. Conozco a uno de ellos que siempre me busca a mí: paga bien y se alivia rápido. Me ha prometido recomendarme a un convento de teresianas, no lejos de Llerena… Más le vale cumplir su palabra si no quiere que me presente al abad y le cante sus aficiones.

Se levantó y llenó de nuevo la jarra tomando el vino de un pellejo.

—Y tú, ¿cuáles son tus planes? —preguntó al regresar a su lado.

—Cuando pase el frío, me iré a Sevilla. Y desde allí, a América.

—¿América? Eso queda muy lejos.

—Llegaré. Estoy seguro.

—Llévame contigo.

—No bromeéis.

—No bromeo, me gusta ir a lugares que no conozco.

—Viajo solo.

Ella sonrió y movió la cabeza hacia los lados, con un gesto de tristeza.

—Ya sé…, las rabizas no contamos para los hombres más que para

un rato. ¿No es verdad?

—Yo no conozco mujer.

Teresa le miró con gesto divertido.

—¿No?

Volvió a beber antes de preguntar:

—¿Dónde duermes?

—En un almacén, en la parte trasera de la casa, junto a las cuadras.

Ella se levantó y dio un traspié antes de tomarle de la mano.

—Vamos allá.

Por primera vez, aquella noche de vientos aulladores y llovizna helada, entre patatas y manzanas extendidas sobre el suelo y ristras de judías y habas secas que colgaban del techo, Francisco conoció mujer.

Entrando abril, comenzaron a soplar vientos más calientes y desaparecieron las coronas de nieve que cercaban los picos más altos, dejándose ver la roca viva que hendía los cielos claros.

—Ahora podrás cruzar las sierras sin helarte, muchachillo —le dijo un día la ventera—. Tengo noticia de que, dentro de unos días, pasará por aquí una caravana en dirección a Sevilla. Van en ella frailes franciscanos desde un convento de Soria a poblar uno nuevo en gloria y honra de Nuestra Señora de Loreto, en la comarca sevillana del Aljarafe. No creo que les incomode tu presencia si propongo que les sirvas como criado a cambio de comida y un sitio en un carro.

—Os estaré siempre agradecido, doña Inés.

El ama le dio un pequeño cachete en la mejilla.

—Te he tomado cariño, Francisquillo. Podrías quedarte si quisieras, serías como un hijo para mí.

—Sois muy buena conmigo, mi señora. Pero América es mi destino.

—Siento que allí harás algo grande.

—Eso busco.

Unos días después llegaron los frailes, en número de más de treinta, y ocuparon un ala entera de la venta. Las dos noches que permanecieron alojados en ella no hubo jaleo ni juerga en la taberna.

—La Iglesia paga bien y no quiero líos con ella —dijo la viuda a las

mujeres—. Y yo os repondré vuestras pérdidas con lo que me abonen los clérigos.

El prior aceptó que el chico viajara con ellos en calidad de sirviente. Era un hombre de edad avanzada, muy grueso y calvo, y por el olor que despedía, no muy amigo del agua y sí del vino.

El convoy partió con el alba el décimo día de abril. La ventera le dio al chico un beso en cada mejilla y una cesta con queso y algunas manzanas, mientras le miraba con una sonrisa apenada pintada en los labios.

Al subir al pescante del vehículo que le asignaban, el cuarto de la fila, que guiaba un carretero malencarado, Francisco casi brincó de su asiento, preso de una enorme sorpresa, cuando vio descorrerse la cortina y asomar, en la trasera del carruaje delantero, el rostro sonriente de Teresa. Los dos carromatos estaban casi pegados el uno al otro y los separaban tan solo los cuerpos de las dos mulas que tiraban del que ocupaba Francisco.

—Pero ¿adónde vais…? —dijo Francisco, perplejo ante la presencia de la muchacha.

—¿Adónde ha de ser, sino a Sevilla?

—¿Y dejáis el trabajo de la venta?

—Yo tengo trabajo seguro en todas partes.

—¿Y vuestros planes de entrar en un convento de monjas?

—Los conventos abundan en España. Y ya encontraré un clérigo que me recomiende.

La caravana echó a andar.

—Nos seguiremos viendo —dijo Teresa sonriendo con picardía, antes de correr la cortina.

—Buena hembra —dijo el carretero mientras agitaba las riendas y el vehículo comenzaba a moverse—. ¿No será tuya la moza, chaval?

—Callad. Esa es novia del mundo, vuesa merced.

4

Los bandoleros

El prior, fray Julián, gobernaba con mano firme aquella tropa de jóvenes clérigos y ellos le obedecían como si se tratara de un dios. Ocupaba la trasera del primer carromato, acomodado en un ancho y mullido colchón, con sabrosos embutidos y finos buñuelos de los que echar mano a su gusto, y cantimploras y botas que iba rellenando con caldos tintos en su viaje desde el lejano Valladolid. Alrededor del vehículo, a una distancia de tres o cuatro metros, se percibía el olor agrio del vino. Y si cualquiera se acercaba un poco más, podía sentir el aroma inconfundible a suciedad corporal.

La primera noche la pasaron al raso, cruzado el puerto de las Marismas, al arrimo de un denso castañar que les ofrecía un lugar seguro y los protegía algo del frío. Hicieron círculo de carretas alrededor del fuego y allí hirvieron una sopa con tropezones de tocino salado y hojas de berza. Todos los viajeros, a excepción de fray Julián, se sentaron en las cercanías de la hoguera para la cena, los frailes cubiertos con gruesas pellizas sobre sus hábitos y los rostros casi ocultos bajo las caperuzas. Nadie hablaba.

Teresa se acercó y se sentó al lado de Francisco, un poco retirados del fuego.

—¿Cuándo calculas que llegaremos a Sevilla, chico? —preguntó la muchacha.

—Dos semanas, quizá.

—Ufff… Mucho tiempo. Llegaré harta.

—¿Cómo se os ha ocurrido viajar a Sevilla, señora?

—Hay que cambiar. A lo mejor me voy a América; como tú,

zagalillo. Y me hace reír que me trates de señora, nadie me lo ha llamado nunca.

—No sé cómo trataros… Pero, en todo caso, América es aventura de hombres.

—¿Y te parezco yo poco aventurera? Lo soy más que muchos hombres. Y me gusta irme de los sitios antes de echar raíz.

—No entiendo cómo habéis logrado que os admitan en esta caravana de hombres santos.

Ella contuvo la risa para no convertirla en carcajada. Y señaló con el dedo hacia atrás, hacia el carromato del prior.

—No tan santos. ¿Qué supones que quiere de mí el prior?

Francisco enrojeció.

—No quiero suponer…

—Pues imagina. Y yo se lo daré cuando lo demande. Pero barrunto que este viaje me va a ser muy cómodo. Hoy mismo está borracho, no anda para meterse en bullas de la carne. Y me parece que eso puede sucederle casi a diario. A lo mejor alcanzamos Sevilla sin estrenarme.

—Me asombráis.

—¿Qué te asombra? Yo uso mi cuerpo para ganar mi libertad y mi viaje. Y tú, para lograr lo mismo, limpias el culo de las mulas… No sé qué es peor.

Se quedó callado. Ella le sonreía, burlona. Luego le tocó el brazo.

—Anda, chico, no te abrume lo que digo. Alguna noche me necesitarás e iré con gusto a darte placer. Y pienso embarcarme contigo a América.

—No lo haréis.

—Ya verás que sí, zagalillo.

Se adentraron al día siguiente, ya en tierras sevillanas, en los estrechos, solitarios y tortuosos caminos de Sierra Morena, deteniéndose a dormir a la vera de un arroyuelo, entre encinares. Teresa se arrimó a él, como la noche anterior, a despachar un guiso de patatas con huesos casi mondos de cabrito. Los frailes, entretanto, comían con voracidad y sin ocultarse la carne asada de unos chotos

comprados esa tarde en Santa Olalla del Cala, y enviaron un jugoso costillar a la tienda del prior. Hacía frío y Teresa se apretó contra el cuerpo del muchacho. A Francisco le excitaba notarla tan cerca y su sexo sintió aún mayor estímulo cuando distinguió entre los pliegues del gabán y la blusa de la mujer el borde de uno de sus senos.

—¿Hoy no tenéis trabajo con el fraile? —preguntó el muchacho.

—Ya estaba borracho a la caída del sol. Como te digo, no creo que me dé mucho quebranto.

—¿Y qué haréis?

—Pues dormir a pierna suelta.

Francisco se apretó más aún contra el cuerpo de Teresa. Ella le miró burlona.

—Yo… —musitó el chico.

—Ya entiendo —dijo la joven—. El cuerpo te pide guerra.

—Sí —respondió él con voz temblorosa.

—Solo entraré en combate contigo si me prometes que iremos juntos a América.

—Pero eso es locura… Una mujer como vos en un barco lleno de hombres… Sería la guerra.

—Me sé bandear con los hombres, vivo entre ellos. Y puedo disfrazarme de mozo para el viaje.

—No es posible.

Ella se apartó.

—Me voy a dormir al carro.

—Esperad…

La tomó del brazo.

—De acuerdo, iremos juntos a América.

—Júralo.

—Lo juro. Pero lo haremos cada día que el prior os deje libre.

—En eso no hay problema, eres agradable y me gusta enseñar a las criaturas a ser hombres.

Francisco miró hacia los lados.

—¿Y dónde…?, ¿en el bosque?

Ella se levantó.

—No, chaval; en mi carro. Duermo sola entre equipajes frailunos,

misales, botafumeiros, crucifijos, bolsas de hostias sin consagrar, sacos de legumbres y botellas de vino de misa.

—No parece un lugar muy apropiado.

—Lo mío es el pecado. Pero tú no mires a los lados, yo me ocupo de todo.

—¿Y si nos ven?

—Esos no se interesan por lo que sucede alrededor ahora que ya han cenado; es su hora de rezos y meditaciones. Y el prior ha caído en trance de vino y no está para nada ni para nadie.

Media hora más tarde, Francisco dejaba el carromato de Teresa y volvía al suyo. Se tumbó al lado del carretero. Apenas había cerrado los ojos cuando oyó decir a su compañero de vehículo:

—Quienes viajan juntos deben compartirlo todo, muchacho. Y esa mujer me calienta.

—Vuesa merced, compartir lo que es gratis me parece justo. Pero no hay trato en lo que se logra pagando.

—¿Y tú pagas?

—¿Cómo, si no, vendría esa mujer conmigo, señor?

—¿Guardas dineros escondidos, zagal?

—Nada tengo. Pero hay otras maneras de pagar, señor carretero.

—¿Cuáles?

—Vuesa merced debería echarle imaginación.

El otro respondió con un gruñido y, al poco, Francisco escuchó un par de sonoras ventosidades, dirigidas hacia él, que le obligaron a taparse las narices. Sonrió sintiendo que había ganado una extraña batalla.

Entraban en tierras montaraces, de caminos rudos, senderos pedregosos rodeados de árboles y barrancadas, en pleno corazón de Sierra Morena. Las dos primeras noches escucharon los aullidos de los lobos, no muy lejos de donde acampaban, y Teresa le pidió que se quedara a dormir con ella.

—He oído muchas leyendas sobre lobos —le dijo ella—. Dicen que atacan en jauría y que prefieren la carne de hembra humana a la de

macho.

—Lo mismo les sucede a la mayoría de los hombres —convino el muchacho, y al punto se sonrojó ante su audacia.

—No bromees, tengo miedo. ¿Me defenderás si vienen?

—Os defendería con mi vida si fuera preciso. Pero no sé si los frailes me dejarán dormir con vos.

—En todo manda el prior. Y, como siempre, esta noche no está para mandar nada. Borracho le dejé ya a la atardecida sin tener que quitarme ni una prenda de ropa. Anda, métete entre las mantas y abrázate a mí. Tengo ganas de acariciarte, tienes aún la piel de un niño.

Dos días más tarde, antes del ocaso, acamparon en un claro de un bonito valle, rodeado de cumbres todavía pintadas con manchones nevados, una legua más allá de una aldea llamada Las Nieves. Corría cerca un arroyo de aguas claras y rodeaban el calvero bosques de abetos, robles y pinos piñoneros.

Mientras Francisco desataba a las caballerías y las libraba de arreos, los frailes más jóvenes encendieron una gran hoguera y dos de ellos se dispusieron a preparar la cena con porciones de carne de cerdo salada. El prior fray Julián descendió de su carro con una bota de vino en la mano y abrigado con un grueso gabán. Se apartó algunos metros del fuego para orinar y luego regresó a reunirse con sus frailes.

—¿Cuánto nos queda para Sevilla, carretero? —preguntó a uno de los servidores.

—Cosa de diez o doce jornadas, señoría.

Y en ese instante comenzó a oírse un ruido de galope de caballos que se alzó primero como un sonido liviano en la distancia y pronto se convirtió en clamor de cascos y relinchos. Nadie se movía, todos escuchaban temerosos el tamborileo que resonaba sobre la tierra. Teresa se acercó a Francisco y se agarró de su brazo.

Era una partida de al menos veinte hombres que, de súbito, irrumpieron en el claro. Montaban altivas caballerías de raza árabe, seguidas por una reata de varias mulas, portaban arcabuces en

bandolera, pistolas sujetas a la faja y de sus cinturas colgaban largas espadas. Eran hombres jóvenes y fuertes, de apariencia ruda, barbados en su mayoría. Detuvieron sus monturas junto al fuego y uno de ellos, de inmediato, se destacó como el jefe de la banda. Era muy fornido, de unos cuarenta años, de pelo crespo y negro y una barba poblada que parecía hincar sus raíces en el pecho, bajo la camisa abierta levemente en el cuello. Adelantó su caballo y con voz terminante y marcado acento andaluz dijo:

—¿Quién manda esta caravana?

Los clérigos miraron hacia el carro del abad fray Julián, y este, que se había ocultado junto a las ruedas traseras, asomó la cabeza.

—Yo soy —dijo con voz temblorosa.

—Venid aquí —le conminó el jinete al tiempo que desmontaba de su yegua ruana.

El fraile se acercó sin soltar la bota de vino y el otro le contempló llegar con gesto burlón.

—Soy Ginés García de Utrera, sevillano de Écija y jefe de esta partida de hombres libres que imponen sus leyes y no respetan las ajenas —proclamó—. Como comprenderéis, no vivimos del aire y precisamos tomar lo que a los otros les sobra. La Iglesia es rica y caritativa, de modo que no creo que encontréis problema en darme todo el dinero que lleváis con vosotros y que mis hombres se hagan con comida y cuanto de valor puedan encontrar en vuestros carros.

El prior se arrodilló, soltó la bota de vino y juntó las manos rogando:

—Tened piedad, señor bandolero… Somos frailes pobres, dados a la contemplación y al amor a Dios. Poco llevamos con nosotros, salvo lo justo para sobrevivir en nuestro camino hacia el Aljarafe.

Ginés sacó la espada y apuntó al pecho del fraile.

—No me gusta que me llamen bandolero, cura del Diablo. ¡En pie!

El clérigo obedeció.

—Daos la vuelta.

Fray Julián se giró.

—Y ahora alzad los faldones del hábito y bajaos los calzones.

No bien las nalgas de color y tamaño cerdunos se mostraron a la

luz, Ginés propinó un recio espadazo y plano del acero en las posaderas del abad, lo que le hizo aullar, saltar hacia delante y caer de bruces al suelo. El jefe de banda preguntó:

—¿Dónde ocultáis el dinero?

—¡En mi carro, en mi carro! —lloriqueó fray Julián mientras señalaba su vehículo—. ¡Debajo del colchón!

Ginés se volvió hacia sus hombres.

—Registrad todos los carros y los faldones de los curas. Y llevaos cuanto os parezca.

Salían los bandidos de los carromatos con cruces doradas, rosarios de cuentas plateadas, cálices de pedrería y sacos de carne en salazón y de legumbres. Y en apenas un cuarto de hora vaciaron la caravana de cuanto guardaba de valor, acomodándolo todo en las bestias de carga que traían con ellos. El propio Ginés se ocupó del carro del prior y salió cargando dos bolsas de monedas.

El bandolero se acercó entonces a Francisco y Teresa. Hizo sonar las talegas que llevaba en la mano.

—Están llenas de ducados de oro y de reales. La Iglesia es rica.

Miró hacia el pecho de la mujer y añadió:

—Bonita cabalgadura…

Francisco dio un paso y se colocó ante ella. Ginés sonrió.

—¿Quién eres, mozuelo? ¿El hermanito?

—Soy su amante.

El bandolero dejó escapar una sonora carcajada.

—¡Valiente ratoncillo!

Movió la cabeza y preguntó:

—¿Y qué harás si me la llevo un rato ahí detrás, entre los árboles?

—Tendríais que matarme primero.

El bandido volvió a reír al tiempo que dejaba las bolsas a sus pies y sacaba de nuevo la espada.

—Si así lo deseas, mozuelo…

Teresa empujó al chico y se colocó delante.

—¡No lo hagáis, voy con vos adonde me llevéis!

Pero Francisco volvió a situarse ante ella, ofreciendo el pecho a la espada.

—Vaya, vaya —dijo Ginés sin cesar de sonreír—. Parece que de verdad estáis enamorados.

Guardó la espada en su funda antes de añadir:

—Sea. Ginés García de Utrera es famoso por su coraje y los valerosos admiran a los hombres valientes. Y tú lo eres, chiquillo, aunque dudo que esta mujer sea tu amante. —Señaló el escote de Teresa—. Más bien me parece una meretriz de fonda.

Se volvió hacia a sus hombres y ordenó:

—Preparaos para partir.

Y se dirigió de nuevo a Francisco:

—¿Hacia dónde viajáis, mozuelo?

—A Sevilla y, de allí, a América.

—¿No es eso muy lejos?

—Llegaremos a América.

Ginés se acercó y puso la mano en el hombro del muchacho.

—Si el hombre de valor persigue un sueño y lucha por ello, lo logrará, no cabe duda. Esa es la razón última de la vida. Buena suerte.

Y la partida se alejó a trote vivo del claro.

—¿Cómo has hecho eso, Francisco? —preguntó Teresa—. Si muchos hombres me usan, ¿por qué no uno más?

—A este no le habéis dado vuestro consentimiento.

—¿Y eso qué importa?

—Nunca debemos hacer nada que sea contrario a nuestra voluntad.

—¿En dónde has aprendido eso?

—Lo acabo de pensar.

—Es una bonita idea.

Tres semanas después, a media mañana, la caravana dejaba atrás Sevilla por un camino de postas, hacia el Aljarafe, sin detenerse en la populosa ciudad, en tanto que Francisco y Teresa bajaron de los carros cerca de la puerta del Arenal y se quedaron con sus bolsas en la afamada localidad. Mediaba el mes de mayo.

5

Sevilla

Ninguno de los dos había pisado nunca una gran ciudad, salvo en el viaje que ahora habían emprendido: ni Teresa había salido una sola vez de los territorios manchegos ni Francisco de los extremeños. Ahora el mundo entero parecía abrírseles y ambos lo miraban atónitos.

Les maravilló la vista del inmenso gentío y la cantidad de carruajes y reatas de animales que entraban y salían por el estrecho arco de la puerta del Arenal, y la vivacidad de aquella urbe de callejuelas repletas de hombres y mujeres, de fondas y tabernas, de ruidos y polvareda. Buscaron un hostal en donde alojarse mientras encontraban la forma de viajar hacia América y no tardaron en hallar posada por unos pocos maravedíes. A ninguno de los dos los habían registrado los bandoleros y ambos guardaban sus pocas pertenencias en dos bolsas de viaje de tosco paño: ella llevaba algunos vestidos, un refajo y calzas, además de las ganancias ahorradas en la venta de doña Inés, ocultas en la faltriquera; y él, un par de camisas y calzones, más los dos reales que le quedaban de cuanto le dio su madre.

La dueña del hostal era una suerte de mujer arisca, moño negro, perfil huraño y dientes en desbandada. Les exigió el pago de tres noches por un real cada uno y luego miró a Teresa.

—Se te ve de lejos el oficio.

—¿Y a usted qué le va en ello?

—Nada, pero aquí en mi casa no se permite traer cliente para tu empresa. Ahí fuera, entre la puerta del Arenal y la de Triana, tienes buen negocio de mancebía y cuchitriles en donde ejercerlo.

—Agradecida por sus sabios consejos —dijo Teresa, burlona,

mientras Francisco apenas ocultaba su sonrojo.

Señalando primero al chico y después a la muchacha, la mujer agregó:

—Tú dormirás en el cuarto de hombres y tú en el de mujeres. Aquí no se aceptan parejas pecadoras, esta es posada cristiana.

Luego hincó la mirada en Francisco.

—Y tú, mozo, ¿qué buscas?

—Algún quehacer con que ganarme la vida —respondió el muchacho.

—En los muelles del mismo Arenal —hizo un gesto la mujer mirando hacia la puerta— tienes todo el trabajo que quieras como muchacho de esportilla. Siempre hay flota que llega de Huelva y de los pueblos de la costa, y muy a menudo galeones que zarpan de las Indias o que parten hacia ellas. A toda hora se precisa de brazos fuertes para descargar equipajes y mercancías, y tú pareces un joven bien criado. Hazte con una espuerta y tienes ya empleo asegurado. En Sevilla se ganan bien la vida hasta los pordioseros. ¿No os han dicho que somos el centro del mundo?

Comieron un guiso de pescuezo de oveja en una taberna repleta de hombres y mujeres vocingleros.

—Yo te invito —dijo Teresa—. Después de todo, somos buenos camaradas.

—¿Qué haréis ahora?

—Buscarme la vida, como hago siempre.

—Se me hace raro viajar, yacer con vos y que, al mismo tiempo, vayáis con otros.

—No hemos hecho compromiso alguno, chico. ¿O acaso sí?

—Claro que no.

—Y tú, ¿qué harás?

—Iré al puerto a informarme.

—Si hay viaje, toma dos plazas.

Se separaron y quedaron en verse por la noche en la misma taberna.

Francisco caminó hacia las orillas del río. Había un buen número de galeras atracadas en los muelles y un incesante ir y venir de gente: marineros, estibadores, mendigos y viajeros que buscaban acomodo en los barcos que partían río abajo hacia Sanlúcar y al más lejano Puerto de Palos.

Vio a un grupo de muchachos que, rodeados de espuertas, esperaban a la sombra de una arboleda y se acercó hasta ellos. El más grande de todos, un chicarrón fornido y de aire chulesco, se adelantó a los otros cuando llegaba a su altura.

—¿A qué vienes, chiquillo? —preguntó con un fuerte deje andaluz en la voz.

Francisco se detuvo cerca de él mientras los otros chavales se aproximaban y le rodeaban.

—Busco trabajo, me han dicho que se necesitan esportilleros en este puerto.

—Falta hacen. Pero yo decido quiénes sirven y quiénes no.

—¿Y qué hay que hacer para que decidas que valgo?

Francisco no había notado que uno de los chicos se había desplazado a gatas por detrás de él y colocado a cuatro patas a sus espaldas.

—Lo primero de todo, rendir pleitesía a mi persona.

Y le empujó golpeándole en el pecho. Francisco dio un paso atrás, tropezó con el otro muchacho y cayó al suelo entre las risas de toda la cuadrilla.

Se levantó al punto y, como un animal furioso, se abalanzó contra el jefe de la pandilla, propinándole golpes con ambos puños en el pecho. El otro era fuerte y logró contenerle. Rodaron enlazados por el suelo. Y, al fin, el grandullón le inmovilizó, sentándose sobre su torso y con las rodillas sujetándole los brazos, abiertos en cruz.

—Eres un acérrimo, chaval. Veamos si te quito las ganas.

Y le estampó dos bofetones en ambas mejillas. Luego se levantó.

—Y ahora, ¡fuera de mi vista!

Francisco se incorporó, se palpó la cara y, con un movimiento rápido, se abalanzó sobre el otro, tratando de derribarle. El resultado fue el mismo: al poco, el chico grande le montaba y le dejaba cuatro

sonoros cachetones en el rostro.

—Un empecinado sin remedio, eso es lo que eres —insistió el líder de la cuadrilla—. Quédate quieto de una vez o tendré que romperte los dientes.

Pero la lid se repitió en dos ocasiones más. En la última, el jefecillo de la tropa no le pegó, sino que movió la cabeza hacia los lados.

—No sé si tendré que matarte… —dijo.

—O yo a ti —musitó Francisco.

El grande dejó escapar una carcajada.

—¿Habéis oído? —preguntó a los suyos.

Los otros se doblaban de risa.

—Vale —dijo volviendo el rostro—. ¿Cuál es tu nombre?

—Francisco.

—En Sevilla eres Paquillo. Yo me llamo Simón. Si te suelto, prométeme que te estarás quieto. Si no lo haces, te juro que esta vez te abriré la cabeza.

—¿Y qué me darás a cambio?

—¡Vaya, te perdono la vida y me pones condiciones!... Te daré trabajo. ¿Quieres esportillar?

—En busca de ello he venido. Suéltame.

Simón comenzó a levantarse, con lentitud, vigilante.

—Pues únete a la cuadrilla. Las condiciones son sencillas: mando yo, y del dinero que te den, me entregarás una décima parte.

—¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo, si quieres. Coge un capazo de esos que hay bajo los árboles. Cerca, en el muelle, se amarra la galera que estamos descargando. Acaba de venir de Sanlúcar. Trae manzanilla en tinas, y un cargamento de naranjas y zanahorias. Y baja el vino con cuidado, sujetando bien el asa, porque las tinajas que rompas las pagas tú. ¿Has comido?

—No.

Simón se volvió hacia los otros.

—Traedle alguno una sardina ahumada y un cacho de pan. Ya es de los nuestros; habéis visto que tiene redaños.

Francisco llegó a la taberna a eso de las nueve de la noche. Le dolían la espalda y los hombros, y las tripas le ladraban de hambre. Teresa le hizo señas desde una mesa del fondo de la ruidosa cantina, en donde casi medio centenar de hombres y algunas mujerzuelas de la vida consumían jarros de vino recio y cazuelas de garbanzos.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó la moza cuando él se sentó a su lado después de dejar escapar un quejido.

—Cualquier cosa que llene la barriga. Me muero de gazuza.

—Creo que solo dan potaje.

—Pues sea…, con un cuartillo de vino. Esta noche invito yo.

—¿Te fue bien?

—Se gana buen dinero en Sevilla. Hoy hice algo más de ochenta maravedíes. Pero los pagué en sudores. ¿Y vos?

—Lo has dicho con justeza: se gana buen dinero en Sevilla. Nunca he tenido tanta clientela. Y he trajinado hasta cansarme y no poder más de escocedura. Pero he echado casi trescientos maravedíes en la bolsa. De seguir así, tendré que utilizar billetes para dar hora y día a los parroquianos. Aquí, las rabizas por lo general son viejas y la oferta de una joven como yo tiene mucha demanda.

—¿Por qué no os quedáis en Sevilla? Os haríais rica.

—Vaya, me lo temía: ya me quieres apartar del viaje a América. ¿No recuerdas tu promesa?

—Siempre cumplo, soy de tierras extremeñas.

—¿Y eso qué tiene que ver? Conocí a un extremeño que mató a su madre a hachazos.

—Bah, fábulas. La madre, para un extremeño, es sagrada.

—También lo era Cristo y mira la que le dieron sus paisanos. De ningún humano te puedes fiar… aunque sea extremeño.

Teresa suspiró.

—En fin, podemos llegar a un acuerdo. Yo me quedo en Sevilla en el negocio y tú también; y te asocias conmigo como administrador. Buscas una buena casa en donde instalar la mancebía, contratamos chicas jóvenes… Nos haríamos ricos en un año, Sevilla es una mina de hombres: negociantes, buhoneros, marinos, capitanes, frailes…

—Podéis buscaros otro hombre para eso, señora mía.

—¿Un mantenido, un chulo? ¡Tú estás loco, Francisquillo! Yo no quiero a mi lado machos de ese pelaje. Para un negocio así, se necesita un hombre de verdad, valiente de veras, no de fachada. Un hombre como tú…

Rio antes de añadir:

—Y extremeño.

—Lo mío es América —repuso Francisco.

—Pues me iré contigo. Tengo tu palabra.

—No hay barcos que acepten mujeres.

—Ya te dije que puedo disfrazarme.

—¿Y la voz?

—Dirás que soy muda.

—Son más de dos meses en un barco, lo descubrirían tarde o temprano.

—¿Y si logro seducir al capitán del barco?

—Para todo tenéis respuesta, señora.

—¿Cuándo dejarás de llamarme «señora»? Me incomoda.

—Ahora mismo…, si quieres.

Teresa le miró sonriente y le tomó la mano. Era hermosa.

—¿Te has enamorado alguna vez, Francisquillo?

—Una solamente.

—¿Quién era?

—Una gitanilla…, Esmeralda. Sus padres se la llevaron lejos de mí. No he vuelto a verla y nunca más me encontraré con ella. ¿Y tú?

—Varias veces. Y nunca me salió bien.

La muchacha hizo una pausa antes de añadir:

—Me han hablado de un galeón que sale dentro de tres o cuatro semanas para América. Llega mañana para desembarcar a la gente y las ganancias del rey. Luego volverá a América. Creo que viajan personas importantes.

—¡Ese es nuestro barco!

—Aguarda, no hay que precipitarse. Mañana lo buscamos y luego pensaremos con cautela y detalle cómo hacer. ¿Has terminado de comer?

Él asintió.

—Apura el vino.

Obedeció.

—¿Quieres mis caricias esta noche?

—No tenemos dónde.

—¡Quita de ahí, niño! El Arenal está lleno de cuartuchos que alquilar por un rato. Lo pago yo. Y andando, que se hace tarde.

Siguió a Teresa, sumiso como un corderillo.

Más tarde, descansaba ya en la habitación común del hostal. Pero entre los ronquidos, las toses y las ventosidades, no lograba dormir. También los hedores le quitaban el sueño. Olía a ropones viejos, sudorosos, a pies y axilas sin lavar, y hacía calor en aquel aposento sin ventanas ocupado por una decena de hombres desconocidos que se tendían sobre ajados jergones.

Una palabra se cruzaba una y otra vez por sus pensamientos: «América». ¿Cómo sería aquella nueva tierra descubierta hacía tan pocos años por Cristóbal Colón? Las selvas intrincadas, los mares salvajes, las rudas montañas, los desiertos de arenas infinitas se cruzaban en su imaginación. Y pensaba también en las riquezas que esperaban a los hombres audaces. Y en la fama, aquella hermosa palabra que habían ganado hombres como Cortés y Núñez de Balboa, sus paisanos.

De pronto, recordó el pasado. Y no sintió nada. Era como si sus padres, sus hermanos y sus amigos se hubieran esfumado en el tiempo, cual fantasmas irreales. Y también la ciudad de Trujillo, sus murallas, sus castillos, sus iglesias… Todo el ayer había muerto y él solo era presente, una realidad que cabalgaba hacia el futuro. Y a su lado únicamente cobraban vida las figuras de Teresa y Simón, y la cuadrilla de chicos estibadores; y bullía la vivacidad de aquel puerto sevillano con su ir y venir de gentes, los muelles, los barcos encadenados a los noráis y mecidos por la corriente del Guadalquivir, que descargaban productos llegados de América y de las tierras onubenses mientras otros aguardaban alistando sus tripulaciones en espera de la hora de zarpar.

Tenía razón el ama de la posada: Sevilla era el centro del mundo. ¿Por qué no quedarse y hacer allí fortuna?, se preguntó.

No, no…, su destino era América, la palabra sagrada.

6

El viejo

El hedor del estiércol de las caballerías, mezclado con el de los orines de bestias y humanos, se imponía al aroma carnoso del azahar que desprendían los cientos de naranjos diseminados por la ciudad. El morado de las jacarandas surgía de pronto, como el trazo dislocado de un pintor, sobre la pared desnuda y encalada de un jardín que cerraba una plazuela. Las ratas correteaban súbitamente en los callejones oscuros y olía a refritos de grasas animales en las cocinas de las tabernas que abundaban camino del río. Sevilla era hermosa y sucia como un diamante sin pulir.

A la vera del Guadalquivir, desde primera hora de la mañana, el lugar se transformaba en una suerte de hervidero de vida ruda y al tiempo amable que a Francisco le fascinaba. Ese primer día, en la jornada siguiente de su llegada a Sevilla, se sintió ya atrapado por el vitalismo de la ciudad. Humeaban los puestos con una plancha de hierro en donde se asaban pescados recién sacados del río y otros traídos de la mar desde días antes, que ya empezaban a oler a podrido. También chacinas, tiras de lomo de carnero y morcillas de cebolla y de arroz. A lo largo de la orilla montaban sus tenderetes los sacamuelas, los barberos, los echadores de cartas, los aplicadores de sanguijuelas, los vendedores de hierbas curativas, o de brebajes contra el mal de ojo, y los curanderos. En la corriente del Guadalquivir, iban y venían las barquillas de pescadores capturando sus últimas piezas de habitantes del río: tímalos, bogas, pejerreyes, sábalos, jarabugos y anguilas. Sobre la ancha corriente del río se mecía el puente de barcas que llevaba a Triana, con un ritmo regular y pausado.

Las casas de juego, prostíbulos y mesones ya habían abierto desde muy de mañana y, a lo largo de toda la ribera fluvial, la mundana tropa sevillana vagabundeaba en procura de algún beneficio. Los miserables pedían su limosna con voz desesperada y no eran pocos los ciegos que, en esa hora, ya recorrían el paseo guiados por su lazarillo y haciendo sonar el cazo de metal en donde bailaban unas pocas monedas. Había un leproso apoyado en un arbolillo cerca de la Torre del Oro al que la gente esquivaba; y los tullidos formaban un ejército desordenado, entristecido y siniestro que marchaba en desorden de un lado a otro del infame paseo. Dos caballeros paseaban curiosos, montando sendas jacas jerezanas lujosamente enjaezadas, una de capa torda y otra blanca, contemplando con guasa a la lastimosa muchedumbre.

Soldados y marineros acudían por decenas a los asaderos y, en las terrazas de los mesones, cataban ya los primeros vinos del día. Algunas mujeres compraban frutas y verduras en los puestos cercanos a la plaza de toros. Olía a podrido por todos lados. Y un cura viejo, que semejaba una cabeza montada sobre una barriga, caminaba seguido de un monaguillo con un incensario que, agitado por la cadena plateada, iba dejando su rastro de humo y aroma de hierbas quemadas tras los faldones del clérigo. Una patrulla de cuadrilleros de la Santa Hermandad vigilaba con discreción a los transeúntes desde una arboleda junto al Arenal, los cuatro armados con espadas, pistolas de chispa y escopetas pequeñas, luciendo bajo los coletos de piel vacuna las mangas verdes de sus camisas de paño.

Francisco se dirigió al muelle del Puerto de Indias, en donde atracaban los barcos que iban a América cargados de hombres de armas y regresaban con ricos fletes de plata.

No había más que dos goletas sin hombres a bordo. El muchacho miró en lontananza del río y tampoco distinguió ningún velamen. Se acercó a un viejo que remendaba, allí cerca, una red de trasmallo. Después de saludarle con cortesía, preguntó:

—¿Sabéis si llegarán nuevos barcos de América?

—Hablan de uno que debe de andar cerca. Unos carreteros lo vieron ayer atracado en Sanlúcar.

—¿Un galeón, por ventura?

—Eso dicen. Y con una rica carga de plata para el emperador don Carlos, que Dios guarde.

—¿Cuándo creéis que llegará a Sevilla?

—Si ha salido esta mañana con el alba de Sanlúcar y son buenos los vientos y la corriente en contra del río no lleva mucha fuerza, estará aquí antes de la noche. Pero quién sabe: puede ser que el capitán haya dado a los hombres licencia de uno o dos días para olvidar la soledad del mar y desfogarse. Hasta que no asomen las velas Guadalquivir abajo, no sabremos si hoy llega o no llega. El río está calmo, en todo caso.

—Vendré más tarde.

—Espera a la caída del sol. De todas formas, si el velaje no se deja ver, oirás el clamor de la gente dando la bienvenida. Es la costumbre. ¿De dónde vienes, chaval?

—De Trujillo, en Extremadura; aquella es mi patria. ¿Lo conocéis?

—Anduve por allí cuando era soldado, cuando aún había moros en guerra con nosotros los cristianos. Pero Trujillo…, no, no lo recuerdo.

—Es la ciudad más hermosa de aquellos lares.

—A todos nos parece nuestra tierra la más hermosa…, sobre todo cuando estamos lejos della. ¿Has visto alguna vez un barco de las Indias?

—Nunca.

—Te quedarás mudo de asombro cuando contemples uno. Es como encontrarte delante de ti a una hermosa mujer desnuda…, una sorpresa impensable. ¿Conoces ya el aire de una mujer sin ropa?

—Sin todo el vestido, no las he encontrado. Solo algunos cachos de cuerpo. Y las tetas y el vientre.

—No imaginas a una nave así. Grande, poderosa, capaz de enfrentarse a las olas y a las tormentas, gruesa como un obispo bien cebado y con el palo de proa apuntando al cielo de través, como si fuera una lanza. Los hombres que viajan en ella van orgullosos de sentirse a bordo, como los que pasean con una bella mujer ante la mirada envidiosa de todos. ¿Solo quieres verla o también embarcarte?

—Quiero viajar a América.

El viejo bajó la cabeza.

—¡Ay, ay! ¡América, América! Yo estuve a punto de ir cuando era joven. Pero, al final, no me atreví. Y me quedé aquí, en Sevilla, remendando redes. ¡América! ¿Por qué no fui? Falta de coraje. Si hubiera marchado allí, o habría muerto o sería otro hombre. Pero no este viejo entristecido que ves aquí, muchachito. Cuando se es joven, hay que vivir en aventura. La vida no merece la pena sin riesgo.

—Y sin ganar fama y dinero…

—Eso es lo de menos. En el último momento, al morir, ¿para qué quieres riquezas y renombre? En cambio, lo que has vivido... Eso viaja siempre contigo. ¡La aventura!, ¡América! Sube a ese galeón cuando esté listo para partir, no lo dudes. Si no lo haces, acabarás preso de tus propias redes, como yo. Ya me ves…, remendando mis ataduras.

Francisco se alejó del viejo en busca de Simón y el grupo de muchachos de esportilla.

Pasó la mañana cargando una galera que partía hacia Huelva en los muelles del Arenal. Eran barricas de madera que portaban aceitunas y otros encurtidos curados en vinagre y que pesaban, al decir de Simón, más que el mármol de Macael.

—¿Y qué es eso de Macael? —le preguntó Francisco.

—Un pueblo.

—¿Y dónde está?

—Eso lo sabe todo el mundo.

—Yo no.

—Pues apréndelo.

—Dímelo tú.

—A mí no me pagan por dar lecciones de mundo.

—Lo que sucede es que no lo sabes.

—Sé mucho más de lo que imaginas, Paquillo.

—¿Seguro? Por ejemplo, ¿sabes leer?

—Para nada me hace falta la lectura en esto de las esportillas… ¿Y tú, sabes de letras?

—Pues claro, en mi tierra sabemos todos.

Francisco sintió ganas de reír al ver la perplejidad del otro. Y siguió cargando toneles.

Cerca de la una de la tarde hicieron un alto para comer y se acomodaron en una arboleda que daba al río, del otro lado de Triana. Uno de los chicos trajo cucuruchos con pescaditos fritos, tripas de carnero asadas y mendrugos de pan. Francisco devoró su rancho con el ansia de un náufrago.

Se había apartado para comer, pero al poco vio venir a Simón, que se sentó a su lado. Después de la breve charla de la mañana, el otro no había cesado de mirarle de una manera extraña, y ya no se pudo contener más:

—¿Es cierto lo que me has dicho, que sabes leer y escribir?

—Tan cierto como que tengo ojos.

—¿Y qué lees?

—Ahora, nada. Antes, los Evangelios y libros de historias de griegos y romanos. Pero sé que hay otros muchos libros más interesantes, que enseñan cosas, y tengo el propósito de hacerme con ellos cuando pueda.

—¿Y para qué te ha servido leer?

—Sospecho que hay muchas cosas hermosas que no sirven para nada. ¿Para qué es útil una flor, por ejemplo? A mí me gustan las amapolas de los trigales, hay muchas en mi tierra. Lo malo es que no tienen olor. ¿Las has visto?

—Solo conozco las flores de los geranios, Sevilla está llena de macetas con ellas. Son de todos los colores.

—Esas tampoco huelen, como las amapolas.

—Pero sí el azahar. ¿No lo sientes algunas tardes?

—¿Y para qué sirve un olor?

—Para nada.

—Como los libros.

Guardaron silencio unos instantes.

—Oye, Paquillo —dijo al poco Simón—. ¿Vas a quedarte mucho tiempo en Sevilla?

—¿Por qué lo dices?

—Por saberlo. ¿Qué piensas hacer más adelante?

—Me iré en cuanto pueda.

—¿Adónde?

—¡A América!

Simón dio un respingo.

—¡Tan lejos!

—Tomaré el primer barco en el que me admitan —añadió Francisco.

—Pero si no sabes nada de buques.

—Limpiaré las letrinas con la lengua si hace falta. Pero me iré.

—Tú estás loco…

—¿Y no es locura ser toda la vida un chico de esportilla? Ese no es trabajo para mí.

—¿Y qué buscas en América?

—Dinero y nombre…

Quedó callado y, antes de seguir, recordó al viejo que cosía las redes en el Puerto de Indias:

—… y aventura.

—Bah —señaló el otro, despectivo, mientras se levantaba—, esas son cosas reservadas a los ricos.

—Todos los ricos necesitan sirvientes. Yo serviré a quien haga falta antes de que mi ambición me lleve más lejos.

Trabajaron toda la tarde, hasta cuando se barruntaba cercana la caída del sol. Y a eso de las siete escucharon un creciente aullido compuesto por decenas de voces que iban extendiéndose y creciendo a lo largo de las riberas del río.

—¡Llega un barco de América! —gritó Simón.

Francisco dejó la barrica que cargaba en el suelo y clamó:

—¡Vamos!

Corrió como una liebre, sorteando a quienes se apresuraban por delante de él por llegar los primeros a los muelles del Puerto de Indias. Y se detuvo jadeante al lado del viejo que, dejadas a un lado las redes, fumaba en una pipa. El otro vio al chico.

—Ahí está tu nao, chaval.

Francisco se arrodilló y se santiguó. Una emoción inmensa le embargaba. La nave plegaba en ese instante las velas y doblaba hacia el puerto, ya muy cercana a los muelles. Los mozos de amarre esperaban con los cabos dispuestos para el atraque. La gente se iba agrupando sobre el espigón, casi al arrimo del agua, y muchos aireaban sus pañuelos a modo de saludo. Del castillo de proa brotó el ronco sonido y el rastro de pólvora del disparo de fogueo de una culebrina.

Amarraron el barco de costado. Francisco no sabía el rito, desconocía que era costumbre que los caballeros lanzaran desde las bordas de los buques monedas de plata americana a quienes acudían a recibirlos. Vio caer alrededor suyo unas cuantas de a real, las recogió y las guardó en sus bolsillos. Era un buen dinero.

Pero, sobre todo, admiró la nave, el porte de aquel galeón de tres palos, su casco vigoroso, el altivo bauprés de la proa y el mascarón con un orgulloso leopardo rampante que retaba a la fuerza del mar. Medía más de cuarenta metros de largo, calculó el muchacho, que desconocía aún la palabra «eslora» y todo lo referido al océano. Y pintaba en el castillo de popa un airoso nombre: «El Porfiado».

Tiraron la rampa al muelle con sogas de sujeción. Se hizo de pronto el silencio entre la multitud y los pañuelos dejaron de agitarse. Y asomó en lo alto la altísima figura de un hombre que se cubría entero con una armadura damasquinada, punteada de incrustaciones de oro, y rodeaba su cuello con una golilla de encajes de seda. Su cabeza relucía al descubierto. Era rubio como la mies y dibujaba una leve sonrisa entre el bigote y la poblada barba.

Un susurro cercano de mujer pronunció el nombre:

—Es don Pedro de Alvarado, el gobernador de Guatemala.

—Los indios le llaman «Tonatiuh», que significa «el Sol» —añadió la voz de un hombre.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Francisco.

—Las leyendas sobre sus hazañas vuelan por encima de la mar.

Notó que le tocaban el hombro y se levantó. Era Simón.

—Quiero que me enseñes a leer —dijo sin mediar más palabras.

—Eso no es fácil —respondió Francisco mientras se azotaba las rodillas para desprenderse del polvo.

—Si lo haces, te liberaré de la décima parte que te cobro esportillando.

—¿Y si me voy a América?

—Tú empieza con tus lecciones mientras puedas. Ya me ocuparé yo del futuro.

—De acuerdo. Mañana, cuando terminemos la carga, daremos la primera de todas. Hazte con un cuaderno y lápiz.

—Gracias, Paquillo.

Esa noche, cenando con Teresa arenques en salazón y después de guardar un rato de enigmático silencio, Francisco dijo de improviso:

—¿Sabes la noticia? Llegó el barco, nuestro barco.

—Ya. El galeón de Alvarado. Todo se sabe en los puertos sevillanos en cosa de minutos.

—Te he dicho «nuestro» barco —recalcó.

—¿Tienes ya «nuestros» contratos? —le imitó ella.

—Los conseguiré en pocos días.

—No te precipites y no cantes victoria antes de tiempo. Tenemos que trazar un plan. Y si falla, podremos esperar a otra nave. Y a otra y a otra…

—Calla. Iremos en esa, supe que era la nuestra nada más verla. ¡Cómo recogía las velas! Parecían las de una cigüeña que se posa en su nido, en lo alto de un torreón, como en mi tierra. Iré con El Porfiado, aunque sea nadando detrás de su popa.

—¿Sabes nadar?

—No.

—Pues ve aprendiendo por si acaso.

7

El galeón

Francisco alteró sus hábitos. Se levantaba más temprano de lo que acostumbraba y bajaba al Puerto de Indias a observar El Porfiado. Nada variaba, el barco permanecía allí, solo, amarrado al muelle, mecido por la leve marea, como si disfrutara de un merecido descanso después de su largo esfuerzo por atravesar el inmenso océano. Solía haber un guardia vigilante, con una escopeta corta y un espadín al cinto, que paseaba en paralelo al casco y, a veces, acomodaba sus posaderas en un noray. Francisco se le acercó en una ocasión.

—Buenos días, señor —saludó al hombre.

—¿Qué se te ofrece tan temprano, chaval?

—¿Se sabe ya cuándo partirá el galeón para América?

—¿Y a ti qué te importa, mocoso?

—Es que quiero enrolarme.

—Eso no es cosa mía; por mí, como si quieres apuntarte en una lista para un viaje al infierno. Anda, lárgate si no tienes nada que ofrecer.

Un día distinguió la figura del viejo tejedor de redes, que bajaba con torpeza el terraplén que llevaba al muelle. Se acercó al punto.

—Hola, muchacho —saludó el hombre con jovialidad.

—Hace tiempo que no os veía, señor.

—Yo vengo más tarde. Hoy me he adelantado algo. ¿Qué haces aquí?

—Me asomo a ver el galeón.

—Hermoso, ¿no es verdad? Ahora trabajo para ellos: les remiendo algunas velas. ¿Quieres aprender el oficio? Siempre hacen falta manos para esto y yo necesito ayudantes para las redes y el velamen.

—¿Acaso no recordáis? Yo me voy a América.

—Ah, sí, claro, lo había olvidado.

—Por eso me acerco todos los días, desde muy temprano, para ver cómo enrolarme. Pero no encuentro con quien hablar. Ese guardia, por ejemplo, no sabe nada de nada.

—Es un merluzo. Del barco, nadie sabe cuándo partirá. Dicen que don Pedro de Alvarado espera ser recibido en la corte para hablar con el emperador; quiere el cargo de Adelantado de Guatemala y está decidido a conquistar nuevas tierras. Es ambicioso.

—¿Y cómo consigo alistarme?

—Un día de estos vendrá el contramaestre a organizar la carga con los estibadores y los marineros. Entonces podrás apuntarte como grumete. No hay otro oficio para ti; como soldado, no das la edad.

—¿Qué tarea tiene un grumete?

—Es un trabajo duro: limpiar cubiertas, letrinas, dormir junto a las ratas, comer de mala manera…

—Pero llegas a América.

—Si no naufragas…

— El Porfiado no se hundirá.

—¡Fíate del océano, chiquillo! Buques más grandes se ha tragado. Y escuadras enteras.

—Este me llevará a América.

Trabajaba duro toda la jornada, esportillando en la goleta de Huelva, y, a la muerte del día, buscaba una taberna con Simón, que le convidaba a compartir un cuartillo de vino, y al que trataba de enseñar a leer. Nunca hubiera imaginado que podría dedicarse a alfabetizar a nadie, pero le divertía inventarse una forma. Primero le hizo memorizar las letras y luego juntarlas y extraer de ellas los sonidos. La primera palabra que Simón aprendió fue «mesa». Y la segunda, «vino». Sonrió ufano ese día.

—Mañana me enseñarás las letras de América.

—¿Y para qué las quieres?

—Porque voy a ir contigo.

—Ni lo sueñes. Bastante problema me da la compañera…, quiero decir, el compañero que me sigue.

—Ah, ¿no ibas solo?

—Voy con otro.

—Pues ya somos tres.

—Te equivocas, no acepto más gente en mi grupo. Con dos grumetes tendrán de sobra.

Simón soltó una sonora carcajada.

—Hay buques que enrolan hasta diez zagales.

—Y tú, ¿qué sabes?

—Llevo toda la vida en este puerto, Paquillo, nací en Triana y aquí mismo me crie. Nunca he salido de la vera del agua. ¿Y te atreves, tú, que eres una oveja extremeña, a darle lecciones de la mar a un salinete sevillano?

—¿Qué es un salinete, Simón?

—Un pez del río, chaval.

Una noche, Simón le dijo:

—Estate presto mañana. Nos toca esportillar para El Porfiado. Vete allí directamente, yo estaré con la cuadrilla.

—¿Y dejamos la goleta sin terminar el trabajo?

—Los del galeón nos pagan mucho más. Y hay cargadores de sobra en el puerto para que los de Huelva se busquen otros.

Esa noche dio la noticia a Teresa. Pero, como siempre, ella ya lo sabía.

—Trato con muchos hombres. Y a los hombres les gusta hablar, sobre todo cuando les pides que te cuenten sus hazañas. Dicen algunas que a ellos se los conquista por la barriga, pero yo creo que es por las orejas. Ando estos días con uno de los capitanes de El Porfiado y me cuenta muchas cosas.

—¿Y qué más te ha dicho?

—Que el barco sale dentro de diez días. Va cargado de armas y pólvora, además de caballos, y alojará a más de ciento veinte

soldados. Lo manda un almirante como capitán. Los oficiales de mar son más de doce; los de tierra, unos pocos menos. Lleva veinticinco marineros, una veintena de artilleros, además de dos pilotos, un timonel, tres músicos, un médico, el capellán, el despensero, un calafate… y de alguno me olvido. Pero cuanto es necesario viaja a bordo. Te dejarás los lomos transportando carga en estos días, pero ganarás bastante. Y al mando de la jornada viaja el famoso don Pedro de Alvarado, al que el emperador ya ha nombrado Adelantado de Guatemala. ¿Quieres saber más?

—Solo si podremos enrolarnos. Yo cumplo mis promesas: vendrás conmigo.

—Yo ya estoy enrolada.

—¿Cómo es eso?

—Mi capitán me lleva… disfrazada. Seré grumete, pero no haré el trabajo de un grumete, sino ese que tú sabes y que conozco bien. Exclusiva para mi capitán, un hombre de guerra.

—Si te descubren…

—Es común ese equipaje entre los oficiales, y el almirante hace como que no se entera.

—¿Y yo?

—Tendrás que arreglártelas. O buscarte un oficial al que le gusten los del otro lado…

—Calla, veneno.

—Inténtalo a partir de mañana. Ya veremos a ver si te hago falta para echarte una mano.

—Al cuello te la echaría yo ahora mismo —dijo él haciendo amago de levantarse.

Ella rio.

—Quieto, Paquillo. Ya sabes que no te voy a dejar tirado. Pero inténtalo como habías pensado, así te curtes cual hombre. Además, ya no tienes que ocuparte de mí, me he descolgado de tu espuerta. A no ser que te quieras casar conmigo…

—¡Víbora! ¡Búscate un indio en América!

Teresa siguió riendo, ahora a carcajadas.

El bullicio se había apoderado de pronto del muelle en donde atracaba El Porfiado. ¡Todo era tan distinto a los días anteriores…! Las cuadrillas de muchachos iban y venían cargando sus espuertas repletas de mercancías, o haciendo rodar barriles por la escala del galeón, y los pajes de los nobles caballeros y capitanes de la tropa azuzaban a los caballos para que ganaran la empinada rampa. Dentro de la nave, los estibadores distribuían el cargamento con pericia, equilibrando el peso de los toneles, las barricas, los sacos y las cajas. Las órdenes del contramaestre y los oficiales se alzaban junto a los balidos de un rebaño de cabras, los mugidos de un puñado de vacas y los relinchos de los equinos. Muchos curiosos se arremolinaban en el muelle para contemplar las tareas del imponente navío. Y Francisco admiraba fascinado aquel espectáculo soberbio. El viejo se arrimó a su lado.

—Nunca viste nada igual, chiquillo. ¿O me equivoco?

—Ni siquiera en la feria de mi pueblo.

—Mira a aquel hombre… —dijo el tejedor señalando a un marino que no cesaba de dar órdenes a todos cuantos trabajaban en la estiba. Era largo de estatura, flaco, fibroso y de pelo pajizo.

—Ya le había visto. ¿Quién es?

—El contramaestre… Ellos se ocupan de contratar a los nuevos marineros. En realidad, ellos son los que mandan en los barcos, más que los almirantes. Lo saben todo, en tanto que el almirante no sabe casi nada, salvo alardear de un título de noble. Si ganas su voluntad, ya estás a bordo.

—Voy a él.

El hombre tomaba notas sin cesar en unas cuartillas que apoyaba en una tabla.

—¿Qué quieres, muchacho?

—Enrolarme como grumete.

—Ven luego, ando ocupado.

—¿Cuándo?

—Al cerrar la jornada de carga, con el atardecer.

Esperó sentado junto al viejo mientras las horas transcurrían. Apenas hablaron. Francisco estaba nervioso, no quería escuchar otras palabras que las de su propio interior. ¿Le admitirían?

Al fin, al golpe de silbato de un oficial, la actividad cesó. Esperó siguiendo el caminar del contramaestre, que despachaba asuntos con el capitán al mando. Y cuando quedó solo, se acercó.

—Buenas tardes, usía —dijo inclinando la cabeza.

—Ya veo, el chico que quiere ser grumete —dijo el otro—. Acércate.

—A las órdenes de usía.

—Yo no soy usía. A mi rango se le dice «nostramo»…

—A las órdenes de nostramo.

—Eso está mejor. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—Casi un hombre. Podrías ser marinero si conocieras algo la mar.

—Soy extremeño, allí todo es tierra seca.

—Otras cosas sabrás.

—Leer y escribir.

—Eso sirve de bien poco en el océano y en la guerra. ¿Conoces lo que debe hacer un grumete?

—Es trabajo de pollino, dicen.

—Duro, sucio y mal pagado: treinta maravedíes al día. Comida y jergón gratis. Y un cuartillo de vino diario. Si nos abordan los piratas, tendrás que combatir.

—La lucha no me asusta.

—De todos modos, no creo que osen atacarnos: llevamos a bordo muchos hombres armados.

—No me importa pelear.

—Eso está bien. En cuanto a tu salario, cobrarás lo que es justo. ¿Cómo te llamas?

—Francisco de Orellana.

Le latió el corazón con fuerza cuando vio al otro anotar su nombre.

—¿De dónde eres?

—De Trujillo, en Extremadura, la misma cuna que la de los Pizarro.

—Bravos capitanes. Pero no lo digas muy alto, no son buenos amigos del Adelantado. Algún oficio tendrás.

—Solo sé leer y escribir.

—Ya me lo has dicho y eso es mucho en la vida. Pero te repito que en la mar no es nada.

—¿Quedo enrolado?

—Ya lo estás.

—¿Y qué debo hacer para embarcarme?

—Ven el día anterior al de la partida, temprano, yo pasaré lista. Los grumetes asearéis el barco y buscaremos acomodo para cada uno.

—¿Cuántos somos?

—De momento, siete. Faltan ocho para completar los precisos.

Oyó de súbito una voz a su lado. Se volvió. Era Simón.

—Siete quedarán, si su señoría me acepta —dijo dirigiéndose al contramaestre.

—Se dice «nostramo».

—Si nostramo me da la venia…

—Pareces fuerte. Dime tu nombre.

Los dos muchachos salieron juntos de los muelles. Simón se mostraba eufórico.

—¿Creías que te ibas a librar de mí, Paquillo?

—Pero a ti… ¿qué diablos se te ha perdido en América?

—Todavía no has terminado de enseñarme a leer. Y también quiero aprender a escribir. A lo mejor termino como monaguillo en América: es más descansado que cargar espuertas. Leer me ayudará en todo, estoy seguro.

—Eso no sirve de nada.

—Bah. Te pagaré las lecciones.

—¿Cuánto?

—¿Te parece medio real?

—Hecho.

8

El océano

Era junio bien entrado cuando la nave partió río abajo. En el castillo de popa se recortaba la figura alta y enhiesta del Adelantado Alvarado, al lado del timonel, que manejaba la rueda de puente. A sus espaldas sonaban el pífano y los dos tambores en señal de despedida.

Francisco, Simón y los otros grumetes terminaban de restregar con los estropajos la cubierta del buque, que se movía con lentitud, empujado por la corriente y tirado por dos largas lanchas en las que varios marineros ciaban con vigorosos golpes de remo. Al doblar el primer recodo, la fuerza del río y el viento aumentaron y Francisco oyó con claridad la voz del capitán:

—¡Largad la mayor!

Un ruido semejante al aleteo de una bandada de grandes pájaros acompañó a la vela cuadrada que descendía desdoblándose desde lo alto del palo mayor. Los marineros cantaban siguiendo el ritmo del pesado trapo al caer. Francisco, mientras frotaba con un cepillo de gruesas cerdas las tablas del entarimado, contempló la lona con asombro y le pareció de pronto que El Porfiado se convertía en un ser vivo, independiente, solo sometido a las órdenes de un amo: el capitán de la nave. Las barcas de los remeros se apartaron del buque recogiendo sus cabos de arrastre y el galeón pareció de repente elevarse en el aire, flotar en el vacío. A Francisco le gustaba el cosquilleo que recorría sus piernas y su vientre. Y le confortaba el sonido del viento que soplaba con suavidad desde la popa. Se sentía volar.

Habían zarpado esa mañana de miércoles muy temprano, al

despuntar el alba. Francisco y los demás grumetes, desde el día anterior, trabajaron sin apenas descanso hasta dejar las cubiertas como si hubiesen sido entabladas con porcelana. Incluso las letrinas refulgían, a pesar de que los viejos olores permanecían agarrados a las paredes de madera y a los agujeros que conducían los desechos al mar.

Vio subir primero a los marinos, después a los soldados y sus oficiales, y en último lugar al Adelantado con su séquito. Y en un resquicio entre la tropa de capitanes distinguió por apenas unos segundos la figura menuda de Teresa. Iba vestida con un traje marinero, de camisa azul y calzón listado blanco y azul; le venía grande y aparentaba más bien un muchacho enfermizo antes que un grumete. Parecía que las tetas le hubieran desaparecido como por milagro. Ella no le vio. Caminó desde la rampa a resguardo del cuerpo de un oficial y se perdió en el interior del castillo de popa.

Pequeñas poblaciones asomaban a las orillas del río, y en algunas distinguían pañoladas de despedida. El aire era vivificador y, acodado en la borda de babor, Francisco disfrutaba de las sensaciones de libertad que aquel comienzo del viaje le comunicaba.

Simón se acercó y le pasó el brazo por el hombro.

—Te tengo que dar las gracias, Paquillo.

—¿Por qué?, ¿por enseñarte a leer? Ya me pagas por hacerlo.

—No; por descubrirme América.

—Esa ya la descubrió Colón, no yo.

—Quiero decir que me has despertado la gana de ir.

—Todavía no sabes cómo es.

—¿Y eso qué importa? Casi nunca he salido de Sevilla, y siempre a pueblos cercanos. Y ahora me veo de pronto en un barco camino del otro lado del mar. ¿No es cosa de milagro? Me he dado cuenta de que es mucho más fácil irse que quedarse. ¿Adónde? Adonde sea. Pero irse.

Francisco le miró perplejo.

Y en ese instante le vio. Caminaba con paso altivo, descuidado de todo, la mirada perdida río abajo. Francisco corrió hacia él.

—¡Don Guzmán de Igüeña! —gritó al llegar a su altura.

El otro se detuvo asombrado.

—¡Quién demonios conoce mi nombre!

—¿No me recordáis, señor?

—Veo mucha gente por mi oficio de soldado, muchacho.

—Vos me disteis el impulso.

—¿Cuál impulso?

—Ir a América… ¡Y aquí me tenéis!

—No me acuerdo.

—Fue en Trujillo, cuando la visita del emperador. Contabais historias de la conquista de América a la gente a cambio de unas monedas.

—Eso lo hago en muchos sitios. La paga de un soldado es escasa y yo tengo hechuras de poeta.

—Me aconsejasteis que viajara a América, y aquí estoy.

—Has hecho bien.

—Yo me ofrecí a haceros de sirviente si me permitíais acompañaros.

—¿Y qué te dije?

—Que vos viajabais siempre solo.

—Y verdad es, aunque esta vez me he enrolado con el Adelantado. Pero si quieres limpiarme las botas…

—Ahora yo viajo también solo y lo que limpio lo cobro.

—Sigue así, muchacho, y Dios te guarde. ¿Algo más?

—¿Puedo pediros un consejo?

—Los que quieras… pagando.

—Tengo algunos maravedíes.

—Venga, dame cincuenta.

—¿Treinta?

—Ni para mí ni para ti…, cuarenta.

Francisco hurgó en su bolsa y le entregó las monedas. Se apartaron de Simón.

—¿Qué quieres saber? —dijo Guzmán.

—Voy a tratar de hacerme soldado al servicio del Adelantado, y combatir en las nuevas empresas de conquista que quiere organizar desde Guatemala.

—¿Y qué puedo yo aconsejarte?

—Al mismo tiempo, tengo parientes lejanos en el Perú, los famosos

Pizarro, a quienes no conozco personalmente. Podría irme allá, buscarlos y ponerme a sus órdenes. Vos conocéis América. ¿Qué me aconsejáis?

—Si buscas aventura, cualquier sitio es bueno, empezando por Guatemala. Si deseas riquezas, el Perú es el lugar. Si pretendes fama, cruza a Nueva España con Cortés. Y no confíes mucho en el Adelantado —miró para los lados—, es hombre de caprichos que puede llevar a otros a la ruina.

—Quiero las tres cosas: dinero, renombre y hazañas.

—Entonces ve al Perú, no lo dudes. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—Muy joven para la guerra.

—¿Y cómo entro en la milicia?

—Eso es otro consejo…

—No tengo más dinero —mintió.

—Haré una excepción. Sencillamente, al llegar a Guatemala, inscríbete en el cuartel general del Adelantado. Añade un par de años a tu edad: no van a preguntarte mucho, hacen falta soldados. Y si te piden que elijas el cuerpo del que quieres formar parte, escoge arcabucero. El futuro está en la pólvora, no en el acero.

—Y vos, ¿qué sois?

—Pues eso mismo: arcabucero. Pero no se me da mal el sable.

—Y ahora, ¿adónde vais?

—Como tú, a Guatemala. Pero no sueñes en venir detrás de mí, voy siempre solo.

—Nos veremos estos días, de todas formas.

—No lo dudes; desde fuera, estos navíos parecen barcas para cíclopes; pero una vez que estás dentro, se te quedan chicos.

A la tarde llegaron al estuario del río. En el lado de estribor quedaba Almonte, un pueblo de Huelva, y en el de babor, el gaditano Sanlúcar de Barrameda. Pero, a pesar de la llegada próxima de la oscuridad, El Porfiado no se detuvo en la bocana en donde moría el río. Francisco escuchó el grito del capitán: «¡Rueda a babor!». Y el galeón se internó

en el Atlántico apacible, hacia el suroeste.

Llegó la noche, fresca, con viento favorable y una luna roja como una sandía, cortada por la mitad en los altos del cielo. El océano se mostraba tranquilo y la nao se deslizaba sin sobresaltos por la superficie del agua. Francisco contemplaba por primera vez el mar desde la borda de estribor y se maravillaba ante aquella inmensidad que superaba en lejanías a todas las llanuras de su tierra. El reflejo de la media luna corría en el agua como si los persiguiera. Resonaban los lengüetazos del leve oleaje contra las amuras, se quejaban las maderas al engordar por la súbita avalancha de humedad, los cabos chirriaban en sus garruchos y las velas, cuando se hinchaban y se recogían, parecían levantar ecos semejantes a remotos disparos de cañón.

Habían terminado los trabajos a bordo, la tripulación holgazaneaba en cubierta y, en algún rincón de proa, al arrimo de pequeños candiles, unos marineros y soldados se jugaban la paga del día a los dados. Francisco vio entre ellos al arcabucero Guzmán de Igüeña, que de vez en cuando, si el azar le guiñaba un ojo cómplice, dejaba escapar una sonora risotada.

¿Era aquel océano parecido a la eternidad?, se preguntó el muchacho. Imaginó la euforia de Núñez de Balboa al avistar por vez primera la extensión del océano Pacífico. ¿Y él?, ¿tendría la fortuna de ser el primer hombre que descubriera algo nuevo, una cordillera, un lago, un río, un nuevo océano?, ¿alguna geografía llevaría su nombre en el futuro? La fama…, la gloria…, la aventura…

Oyó la voz del grumete de guardia:

—¡Alerta y vigilante!

Y se retiró en busca del jergón cercano a la sentina en donde habría de dormir las próximas semanas. El hedor que inundaba la estancia en donde se apretaba la marinería pareció que podía arrebatarle la vida. Pero se consoló pensando que ya se acostumbraría a ello.

Durante los días siguientes conoció la dureza del oficio de grumete. Limpiaba ollas y calderos, y cepillaba, arrodillado, cubiertas y letrinas peleando con las ratas. Cumplía guardias nocturnas y aseaba los

camarotes de los oficiales. Cosía velas y arreglaba sogas. Comía con ansiedad el cuenco de garbanzos del mediodía e, incapaz de soportar el olor de las letrinas, defecaba sin vergüenza como muchos otros, incluido el capellán, por la borda de popa del lado de babor.

Lo que más le complacía eran los turnos arriba de las cofas, con la vista tendida al anchuroso océano para avisar de la presencia de otras naves, en particular si eran piratas, y la cercanía de la costa africana. Allí arriba, en los altos de los palos trinquete o mayor, disfrutaba de una sensación de libertad inmensa y su espíritu se llenaba de vigor.

Viajaban rumbo sur, a unas pocas millas de las orillas de Marruecos, y el viento era ya muy cálido. Pronto asomaron las dunas del desierto a la espalda de los salvajes farallones donde el oleaje rompía con el furor de un titán. El capitán dio orden entonces de dar caña a babor y el navío viró a estribor. A mar abierta. Cinco días después de abandonar el estuario del Guadalquivir, atracaban en el Puerto de la Cruz, en la isla de Tenerife. El imponente Teide pareció saludarlos con una humareda larga y recta brotando de su picacho.

Antes de eso, una tarde, mientras remendaba los bordes deshilachados de un foque del bauprés, reparó en que se le acercaba un capitán. Era un hombre barrigudo, de unos treinta años y, desprovisto de gorro, mostraba una calvicie temprana de la que salían, cayendo sobre los hombros como brotes de una esmirriada ortiga, raquíticas guedejas rubias a la altura de las sienes y la nuca. De andares torpes, su aspecto resultaba algo ridículo.

—¿Eres el grumete Francisco de Orellana?

El muchacho se levantó y saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Sí, señoría; y a la orden de vuecencia.

El otro se acercó y dijo, casi rozándole el oído:

—Tu hermana quiere verte.

—¿Quién habéis dicho?

—¿No eres hermano de Teresa?

Cayó en la cuenta.

—Ah, claro, Teresa… Estaba distraído con la vela.

—Sígueme a mi camarote. Y con discreción.

El oficial condujo al chico hasta el castillo de popa. Una vez dentro, abrió una de las puertas y dio paso a Francisco.

—Tenéis veinte minutos, ni uno más.

Se encontró en brazos de Teresa al tiempo que el otro cerraba la puerta y echaba la llave.

Ya solos, ella le llevó hasta la cama y juntos se sentaron en el borde, con las manos cogidas.

—¿Me echas de menos? —preguntó ella.

—No tengo tiempo para pensar mucho, trabajo como un borrico.

—Yo, sin embargo, me aburro.

—Te cambio tu situación por la mía. ¿Y qué tal te va con tu…?, no sé cómo llamarle. Resulta algo desagradable.

—Llámale mi «protector». No es un bello ejemplar de hombre, desde luego, pero da poco la lata. Me pide servicios cada dos o tres días y eso que es joven. Y todo lo hace en un visto y no visto. Estoy cómoda…, pero te echo de menos.

Ella comenzó a acariciarle, y Francisco se excitó. Quince minutos después, él se arreglaba las ropas y se ponía en pie.

—Tu protector estará al caer y no quiero que nos sorprenda en pleno…, en pleno incesto, ¿no?

Teresa rio.

—Me gusta tu piel. Cuéntame, ¿cómo es el mar? Solo lo he visto por una rendija.

—No parece tener fin. Y cambia de colores de un rato para otro. Ayer, desde la cofa, vi una ballena enorme: echaba chorros de agua por el lomo como si fuera una cañería rota.

—¿Qué es la cofa?

—Una especie de plataforma en lo alto del trinquete y del palo mayor. Casi se puede ver América desde ahí arriba.

—Cuánto has aprendido. Me cambiaría por ti. Estoy igual que en una cárcel.

—¿Y cepillar la cubierta, esquivando ratas, hasta que te duelen los dedos? No te lo deseo, no hay peor oficio que el de grumete. Al menos, el contramaestre es una persona amable.

—Si pudiera hacer algo por ti…

Se oyó la llave girar en la cerradura de la puerta.

En el Puerto de la Cruz permanecieron tres días, aprovisionándose de alimentos frescos y haciendo aguada. Por las tardes, los marineros y los soldados salían a la población, atestaban las tabernas en donde se jugaban sus ganancias a las cartas y los dados, daban sustancioso negocio a los prostíbulos y bebían ron hasta el desmayo. Una patrulla numerosa de guardias recogía a última hora a los borrachos y los llevaba a bordo, a veces en volandas.

Francisco, cuando les daban licencia, recorría las calles del Puerto hasta que cumplía su permiso, acompañado casi siempre por Simón, cuyo aprendizaje en la lectura iba tan rápido como un rayo. Mientras él observaba a la multitud que llenaba las calles, el otro leía en voz alta todo cartel que encontraba en su camino. A Francisco le irritaba ver a los soldados y los marinos dilapidando sus ganancias. ¿Qué era el hombre?, ¿un ser absurdo que trabajaba como una bestia para ganar un salario de miseria, que luego gastaba echando al azar unas figurillas en forma de cubo y grabadas con puntos que significaban números?, ¿que apostaba todos sus dineros al albur de que cayera en su poder un payaso vestido de rey con una copa o un garrote en la mano?

Un atardecer se cruzó con el arcabucero Guzmán de Igüeña. Iba el soldado caliente de licor y con un par de fulanas colgadas de sus brazos. Reconoció al chico.

—¡Aquí tenéis al futuro señor de las Indias! —dijo mientras daba un sonoro palmetazo en el trasero de una de las rameras.

La moza le respondió con un sopapo y Guzmán replicó a carcajadas:

—¡Fiera mujer! ¡Eh, chico!, ¿quieres prestada a esta pantera? Me sobra una de las dos.

—Dejadlo.

—Ya correrás detrás dellas dentro de unos meses, cuando te apriete el cuerpo. Pero en América te van a sobrar hembras, aquello está lleno de indias. Las llaman «nativas», como si solo se pudiera nacer en América.

Partieron del Puerto de la Cruz finalizando junio. El Teide se ocultó, con vergüenza de aquella tropa, entre fumarolas espesas que eran como nieblas de un blancor primitivo y sedoso.

9

Rumbo a las Indias

Los trabajos y las penalidades crecieron conforme se internaban en el océano. Tras dos semanas de viaje, la comida iba reduciéndose, pues muchos alimentos se pudrían con la humedad o eran devorados por los roedores, que parecían a veces ejército. Y los primeros hombres enfermaron de males del estómago y el intestino. A Francisco casi se le doblaron las labores, pues algunos grumetes fueron dados de baja. Entre reparaciones y friegas de cubierta, dar de comer a los animales vivos, como gallinas, cabras, ovejas, mulas y borricos, el tiempo se le iba volando. Odiaba achicar el agua de la sentina, ya que los fétidos olores llegaban a marearle. Solo se sentía feliz en lo alto de la cofa, oteando el horizonte marino. ¿Y si atacaban los piratas? Cerraba los ojos e imaginaba que peleaba bravamente contra ellos. Y vencía.

A la noche escuchaba cantar a un gitano y oía cerca las risas del leonés Guzmán de Igüeña, que con presteza y fortuna desplumaba a los ingenuos marineros que osaban apostar con él. Francisco estaba seguro de que el soldado hacía trampas, pero no era capaz de adivinar cómo.

La suciedad reinaba en todos los rincones del barco, por más que se esforzaban los grumetes en eliminarla. Pero era imposible lavar todas las ropas y desterrar los malos olores de los alimentos en mal estado y de los desechos de los animales. Casi nadie se libraba de piojos y de pulgas.

Antes del toque de queda del corneta, se formaban las guardias. Y todos los tripulantes seguían las oraciones del capellán, que pedía a la patrona del mar, la Virgen del Carmen, bonanza y buena travesía. Se

cantaba la salve marinera y, tras ello, casi todo el mundo se retiraba en busca de su catre —los oficiales— o de su jergón. Salían entonces de sus resquicios en la madera los batallones de chinches para picotear a los indefensos viajeros. Se oían juramentos, obscenidades, toses y ventosidades antes de que el silencio se echara sobre el barco. A veces el gitano se quedaba solo y todavía regalaba un par de cantes a quien quisiera oírle. Francisco hubiera querido que no callara nunca, pero siempre surgía una voz que le conminaba a guardar silencio. Uno de aquellos fandangos decía:

Cada vez que me recuerdo que me tengo que morir,
tiro la manta en el suelo y me jarto de dormir.

Llevaban casi dos semanas de viaje cuando murió el segundo piloto. Amortajado con un pedazo grande de vela de lona y con un lastre de tinajas de barro ya vacías, su cuerpo fue arrojado a la mar después de que el capellán le dedicara una oración y el primer piloto hiciera un breve discurso laudatorio. Cuatro soldados, por orden de Alvarado, dispararon al cielo una salva con sus escopetas. Los tripulantes de El Porfiado guardaron un respetuoso y atemorizado silencio mientras el bulto del cadáver descendía por la rampa al agua y se hundía lentamente en el Atlántico. Cada uno de ellos, con toda probabilidad, pensaba con miedo en sí mismo y en un destino semejante.

Aquella desgracia significó para Francisco, paradójicamente, un alivio en su lastimosa situación de grumete. El hombre muerto era uno de los pocos tripulantes que sabían leer y, al término de su trabajo, en las horas que no estaba de guardia, escribía el cuaderno de bitácora que le dictaba Alvarado. A menudo, también le leía libros de la nutrida biblioteca de El Porfiado, que un capitán de antaño, al morir de disentería, había dejado en las estanterías de su camarote.

Fue Teresa quien cogió al vuelo la ocasión e informó a su protector de que su hermano el grumete sabía leer y escribir con letra primorosa. El oficial comentó el asunto a uno de sus superiores y este, a su vez, puso en conocimiento de ello a don Pedro de Alvarado. De suerte que, de la noche a la mañana, Francisco fue relevado de sus

penosos trabajos y asignado como ayudante de aquel para las tareas de escribir al dictado el cuaderno de bitácora cuando el Adelantado lo demandase y leerle, generalmente de anochecida, algunos capítulos de los libros que este escogiera.

Fue el contramaestre quien le dio la noticia.

—No imaginaba yo que la lectura sirviera para algo en la mar océano. Tendrás la mayor parte del día para no hacer nada, chico, y me alegro por ti, aunque todos los brazos hacen falta en estos días. Pero si lo dispone el Adelantado…, podrás dormir colocando tu jergón en la puerta de su camarote. —Y añadió con una sonrisa malévola—: Como los perros en la vecindad de su amo…, pero al raso.

—Cualquier lugar será mejor que descansar entre ratas y junto a la sentina. Y no me importa empezar mi empresa americana cual perro si la llevo a su término como león.

El Adelantado era una persona de unos cuarenta años, poco hablador, altivo y hombre de guerra, poco dado a los saberes de la ciencia y de las artes, y prácticamente analfabeto. Avispado, sin embargo, en grado sumo y listo como un zorro, tenía fama de generoso con quien le servía y cruel con quien se oponía a sus proyectos. Había participado en la conquista de Cuba entre 1509 y 1511, lo que le había procurado bien ganada fama en la corte del emperador Carlos. Era cuidadoso en el vestir y atlético de cuerpo, un apuesto soldado que arreglaba su espeso cabello rubio como quien acaricia a un gato. Le gustaba que le leyeran historias, en particular sobre las hazañas de los conquistadores del Nuevo Mundo. Anhelaba alcanzar la fama de Hernán Cortés, Núñez de Balboa y Francisco Pizarro. Y era considerado por muchos el responsable de la injusta y terrible matanza de los principales nobles aztecas en el Templo Mayor de Tenochtitlan, la capital del reino del rey Moctezuma, que fue el preámbulo de aquella Noche Triste en la que numerosos españoles murieron a manos de los indios. Tenía algo de mito, y la leyenda le atribuía una hazaña singular: haber logrado realizar un salto para salvar el paso de un ancho canal, mientras huía de sus enemigos, utilizando a modo de pértiga su lanza.

Alvarado mandaba escribir poco al muchacho en el cuaderno de bitácora, aunque sí leerle cada noche, durante un largo rato, alguno de sus libros favoritos. Pero entrado julio, la monotonía de la navegación dio paso a diversos acontecimientos que alteraron la vida a bordo y que movieron al Adelantado a anotarlos en el cuaderno.

Una noche se desató una furiosa tormenta que la tarde siguiente don Pedro relató con detalle para que Francisco lo escribiera:

> Navegose en medio de este recio temporal, aunque en popa, acreciendo la fuerza del viento, con tan grandes y gruesos mares que pasaban desde un borde de la nao al otro, dejando la cubierta hecha un lago, llegando el agua hasta la tolda de manera que mojaba a todos los que en ella venían. La mucha agua impedía de hacerse las faenas, porque era ya de más de dos pies de alto, pero el mucho ánimo, prontitud y destreza de los marineros eran admirables, porque con andar casi desnudos y mojados con tan riguroso frío, no faltaban a todo lo que convenía acudir y remediar sin impedillo ninguna destas dificultades. En otro navío menos grande y fuerte de lo que era el nuestro, pudiérase tener esta por gran tormenta, mas en él no se sentía como tal, hallándose los que venían en los camarotes casi sin molestia. Porque si bien los mares eran gruesos, terribles y levantados, los costados desta gran nave se venían encorvando hasta las bordas y resistían con mucha dureza el ímpetu y la furia del mar. De amanecida continuó el mismo temporal y un golpe de viento arrebató y arrojó a la mar, hecha pedazos, la vela de gavia del trinquete, aunque pasado este ímpetu comenzó a ser menos el viento hasta quedar en la noche muy flaco.

A Francisco le gustaba aquel oficio de escribano. Tenía una letra menuda y cuidada y le complacía escribir con lentitud, trazar las hileras de las frases con regularidad y detalle; y don Pedro le ayudaba con voz clara y disfrutaba haciéndolo lentamente, buscando las mejores palabras y deleitándose con la exactitud de sus significados.

Unas jornadas después, los asaltó una súbita calma que duró casi una semana. Alvarado dictó:

> Poco antes del amanecer, se tuvo alguna poca de borrasca. Mas casi cesó luego que fue de día. Las fragosas olas rompían al principio, mas luego llegó el calor, el agua se hizo calma y amainamos las velas. El viento se arrinconó, el sol cayó de plano sobre nosotros y los hedores despertaron hasta hacerse insufribles. Las gallinas cacareaban, los cerdos gruñían, las caballerías y las reses pataleaban en las bodegas, colgadas como iban de las cinchas desde el techo…, y los hombres

entraban en una perezosa laxitud, como si anhelaran la muerte.

Llegó el calor en todo el punto de su aumento, ofuscado y cubierto el aire, no de nubes, sino de una muy oscura niebla, no distinguiéndose en nada del agua, sino del mismo color de la ceniza, y no había en ella el mínimo movimiento. El número de los enfermos en esta grande y rigurosa destemplanza era mucho más que los sanos y convalecientes de los que antes habían enfermado, echando los que morían a la mar, sin haber lugar cómodo en la nao para los que estaban muriendo.

A Francisco le fascinaban los peces, en especial los más grandes, como los cetáceos, y los más peligrosos, como los escualos. Alguna tarde en que el capitán sesteaba, escapaba a cubierta y, si el contramaestre le daba permiso, trepaba a la cofa. Y desde allí contemplaba a menudo las ballenas y las manadas de delfines, que como alegres titiriteros se arrimaban a las bandas, pareciendo jugar con el barco.

Al Adelantado parecían interesarle las mismas cosas novedosas. Un día le dictó así:

Seguían a la nao gran cantidad de tiburones, pero de mucha menos grandeza de como vulgarmente se figuraban de las personas que antes hablaban dellos. Y aunque tienen dientes muy espesos, son menudos y con poca diferencia de los cazones, pero tan voraces y golosos que no solo cortan y deshacen la carne salada que la gente de la mar lleva colgando en cuerdas por el agua para que se desale, pero también las camisas y otros paños, que de la mesma manera llevan para que el agua las limpie, y los tiburones los rompen y tragan muchas veces. Su grandeza, comúnmente, es de 7 u 8 palmos o un poco mayores; la cabeza es roma y más gruesa que el vientre, y la boca, tan baja que muchas veces, para arrebatar las cosas que se han nombrado o el cebo de tocino que se pone a los anzuelos para pescarlos, vuelven la barriga para arriba. Son tan descuidados y bestiales que prendiéndose ordinariamente en los anzuelos y soltándose dellos cuando los suben por el costado de la nao con la fuerza que hacen, luego vuelven los mesmos segunda y tercera vez, hasta que del todo los prenden. Hoy, buenos vientos.

Una tarde, sin embargo, dieron con una gran bestia de la mar, y Francisco lo escribió de esta guisa:

Ese día apareció por estribor, muy cerca del costado de la nao, un gran marrajo, que los marinos llaman tintorera, que al principio se creyó era tiburón. El marrajo que aquí se vio ahora era, sin comparación, el mayor de los tiburones que en todo

el viaje atrás se habían hallado, y andaba tan seguro y poco recatado que, habiéndose prendido dos veces en un grueso anzuelo que unos grumetes tenían en una gruesa cuerda, y otras tantas veces soltándose después de haberlo tenido un gran rato colgando, volviendo la tercera vez a caer en el propio anzuelo, quedando preso, y echándole otra cuerda con un lazo, con gran trabajo más de veinte hombres lo subieron a la nao en donde con un hacha lo mataron. Y midiéndose tenía más de diez pies de largo y dos de grueso. Tenía la cabeza muy larga y prolongada, con un gran hocico muy afuera, y en la gran boca dos órdenes de mayores dientes que, aunque no eran tan grandes, conforme a su ferocidad, sí el efecto que ellos hacían, despedazando, con tanta presteza y violencia, los brazos y piernas de los hombres. La gente de la mar, que venían con deseo de pescado, lo comieron todo, fuera de la cabeza. Ya entre los trópicos de Cáncer y de Capricornio, el viento alisio sopló toda la noche desde el sureste.

Cruzaron los bordes del sureste del mar de los Sargazos y Francisco se maravilló de ver tanta planta verde flotando sobre la superficie del agua, que le parecieron berros o hierbas de ensalada metidas a remojar.

A veces, con el permiso de su protector, entraba a ver a Teresa, cuyo camarote no se encontraba lejos del que ocupaba el Adelantado. Siempre concluían los encuentros en un gozoso revolcón de los dos jóvenes sobre el lecho mullido del oficial, al que la vida, pensaba el muchacho, no solo le había dotado de una apariencia física que a Dios o la naturaleza nada les debía, sino que, además, parecía haberle añadido un par de cuernos como remate.

Tras uno de los encuentros, ella le dijo un mediodía:

—Lo pasamos bien tú y yo, ¿verdad, Francisco?

—No te hagas ilusiones, no pienso casarme contigo.

—¿Quién ha hablado de boda? Nunca me ligaría a un hombre que huele a zahúrda.

—Ya me bañaré en tierra y entonces querrás boda. Te veo venir. Pero ni con esas, yo viajo solo e iré a la guerra.

—Apestas a gorrino. Y no me imagino a un cochino en batalla, sería carne de matanza; quizá es lo que te mereces. Anda, vete ya.

Pero dos días más tarde se reunían de nuevo en la cabina.

En ocasiones se encontraba con Simón en cubierta. El muchacho estaba muy delgado, se le veía debilitado, pero mantenía el tipo. Ya leía de corrido y eso le hacía feliz. Francisco robó uno de los libros de la biblioteca del Adelantado y se lo pasó a su amigo. Escogió al azar, a conciencia de que don Pedro no repararía en ello, pues ignoraba cuáles eran los textos que llenaban sus anaqueles. Y Simón se encontró leyendo una traducción de *La Eneida*, sin saber de qué trataba el libro. Pero le entusiasmaba, y en cada encuentro con Francisco se lo manifestaba con alborozo.

—¿Tú crees, Paquillo, que habrá otros igual de emocionantes?

—No lo sé, pero ya nos enteraremos. De todos modos, cuando termines con este, robaré otros para ti. Así tendrás para ilustrarte en América.

—Si todos los libros fuesen como el de ahora, no haría otra cosa en mi vida que dedicarme a leerlos.

Unos días después vio al capellán reposando al aire libre bajo la toldilla del castillo de proa. Pensó que aquel hombre debía de ser sabio en cuestiones de letras y se acercó.

—Perdonadme, padre, ¿puedo haceros una pregunta?

—Adelante, chiquillo, te escucho.

—¿Conocéis un libro que se llama *La Eneida*?

—¿Cómo no? ¡De Virgilio!

—Dicen que es muy emocionante.

—Es buen trabajo, pero pagano. No es preciso conocerlo.

—¿Y cuáles me recomendáis vuecencia?

—Los Evangelios.

—Esos ya los tengo leídos varias veces de cuando vivía en Trujillo.

—¿Y qué te parecieron?

—Que cuentan más o menos lo mismo. Me aburrí…

—¿Y para decirme esto me interrumpes el descanso? Anda, lárgate de mi lado, engendro del demonio, antes de que te suelte un guantazo por hereje.

—Quedad con Dios, padre.

—Con el Diablo vayas, malnacido.

Uno de esos días en los que dedicaba el tiempo a leer al Adelantado algunos pasajes de libros que relataban grandes gestas, don Pedro se dirigió a él:

—Yo cumpliré una hazaña de valor semejante a la del almirante Colón, grumete.

—Yo quisiera estar junto a vos en la jornada.

El otro le miró con gesto de sorpresa. Y antes de que el Adelantado replicara, añadió:

—Soy extremeño como vos, excelencia.

—¡Ah, vaya! ¿Y de qué población?

—De Trujillo, señoría.

—De allí son los Pizarro…, antaño mis amigos.

—Y parientes míos lejanos.

—¿Y qué quieres, chico?

—Unirme a vuestra tropa como arcabucero, tomar parte en las nuevas conquistas… Deseo gloria y guerra, señoría.

—Las tendrás. Al llegar a nuestro destino, te incorporarás a mi ejército. Simplemente, dirígete al cuartel de la ciudad de Veracruz, cuando lleguemos a Nueva España, y habla en mi nombre con cualquier sargento. Yo respondo. Soldado de arcabuz, ¿no?

—Me han dicho que es la mejor arma.

—Tendrás una para ti.

A la caída de la tarde de uno de los primeros días de agosto, Francisco anotó al dictado en el cuaderno:

> A las siete se unieron muchos alcatraces y el agua pareció más gruesa, de manera que comenzó al poco a verse algo verde, en lontananza, creciendo más los alcatraces en bandos conforme se alejaba el día hacia los aposentos de la noche.

El Adelantado no quiso decir más. Se retiró a lo alto del castillo de popa mientras que Francisco corría a acodarse en la banda de babor de El Porfiado. Hasta los enfermos querían levantarse para disfrutar de la llegada a su destino. Y todos en la tripulación contenían el aliento esperando el primer grito que pronunciara la sagrada palabra:

«¡Tierra!».

Notó que un brazo poderoso se posaba en su hombro derecho. Volvió el rostro y encontró la faz jovial de Guzmán de Igüeña.

—Ahí tienes tu América, zagalillo. Ya has llegado.

—Gracias por vuestros consejos, señoría.

—De señoría, nada. Soy un sencillo soldado que se gana la vida como puede: con el arcabuz y, a veces, con los dados.

—Decidme una cosa: ¿hacéis trampas?

—Con el arcabuz es imposible —ironizó el soldado—. O das en el blanco o estás perdido —se mofó Guzmán.

—Me refiero a los dados.

—Me rebanarían el cuello si lo demostrasen. De modo que he aprendido a hacer que no me descubran, caso de que lo hiciera, y, en consecuencia, no hago trampas que puedan implicarme, sino que organizo mi juego en espera de la estulticia del contendiente. He aprendido a perder cuando es preciso halagar la pericia de los otros y es poco lo que hay en juego, y a ganar cuando te toman por estúpido y la ganancia puede ser abundante. Es como la vida: me humillo ante el idiota y huyo del sabio. ¿Lo entiendes? Una cosa es ser burlador, y otra muy distinta ser un necio. Pero ¿eso qué te importa? ¿Qué harás ahora, muchacho?

—Estoy en el ejército, como vos. Seré arcabucero. Lucharemos juntos, aunque os pese. En la guerra nadie puede estar solo.

—¡Tierra! —gritó la voz desde lo alto de la cofa.

Un aullido entusiasta y desesperado se alzó desde las bordas y las cubiertas. Los marineros se abrazaban. Y el capitán al mando ordenó abrir varias barricas de ron y de vino.

Guzmán desapareció, camino de un barril. Y Francisco hundió la cabeza entre los brazos. Solo era capaz de repetir una y otra vez la misma palabra:

—América. América…

Y dos horas después, solemne, conteniendo la euforia que pedía escapar a gritos de su garganta, el Adelantado descendía la rampa y

ponía pie en la isla de Dominica y saludaba al teniente de la guarnición militar que acudía a recibirle y a ponerse a sus órdenes. Iba seguido de un séquito de oficiales, el piloto y el capellán. La orquestina hacía sonar el pífano y los dos tambores con el ritmo cadencioso de una marcha militar. Y tras ellos, el grumete Francisco de Orellana pisaba por vez primera el continente americano. Se inclinó, tomó un puñado de arena y lo guardó en el bolsillo.

10

América

Permanecieron dos días en la isla, haciendo nueva aguada y recogiendo abundante fruta. De allí partieron hacia la vecina Martinica, en donde reposaron otras dos jornadas. La siguiente escala, esta de seis días, fue en Veracruz, en tierras ya de Nueva España. Hicieron reparaciones del barco, dejaron algunos enfermos en el hospital y los hombres del Adelantado prepararon la partida por tierra hacia Santiago de los Caballeros de Guatemala.

Francisco, siguiendo las instrucciones de don Pedro, se presentó en el cuartel de la guarnición a poco de llegar a la ciudad. Allí lo alojaron y fue designado para formar parte del pelotón de reclutas que se iniciaban en el oficio de las armas.

Una tarde, el día anterior a su marcha, el protector de Teresa se presentó de improviso en el cuartel. Consiguió para el muchacho un permiso de tres horas y le llevó a un mesón del centro de la ciudad. Allí esperaba su supuesta hermana. Vestida ya de mujer, lucía su sinuoso cuerpo, de cuyo escote parecían escapar como dos silvestres y hermosos frutos sus espléndidos pechos. El capitán los dejó solos.

—Ahora estás en tu sazón —dijo Francisco—, da gloria verte sin el ridículo uniforme que llevabas a bordo.

—Vuelvo a ser mujer.

Hablaron mucho rato, contándose sus respectivas peripecias desde la llegada de El Porfiado a Veracruz. Ella y su mantenedor iban a viajar con la tropa y el séquito del Adelantado hasta Guatemala.

—Y ahora viene la sorpresa… —añadió la muchacha—. Nos vamos a casar.

El chico la miró sorprendido y luego rompió a reír.

—¿Tú, casada? —dijo al fin—. Pero ¿es que él no sabe tu oficio?

—Claro que lo sabe. Pero dice que, en América, toda vida da marcha atrás en el reloj del tiempo y todo empieza de nuevo. Está enamorado de mí.

—¿Y tú?

—¿Cómo voy a enamorarme de ese pedazo de tocino con greñas?

—Pues no lo entiendo.

—Él es un buen hombre. No me agobia en nada, aunque me quiere solamente para él, cosa natural. Y me ofrece una vida respetable. En mi profesión, los años cuentan más que en ninguna otra, y dentro de pocos mi clientela serán unos viejos desdentados y fétidos. Entiéndeme… Si fuera hombre, me pondría el mundo por montera. Pero ser mujer es duro en estos tiempos. Ni siquiera la Virgen estaba contenta con serlo.

—¿Cómo lo sabes?

—¿La has visto sonriente en algún cuadro? Y al Hijo siempre le miraba con tristeza, adivinando lo que iba a pasarle.

—Te comprendo, Teresa, y te deseo muchas felicidades…

—Doy por hecho que tú no te casarías conmigo, claro.

—Desde luego que no. Has pasado por tantas manos…

—Calla, mozuelo. Pero necesito que me hagas un favor.

—Tú dirás.

—Me hace falta un padrino de bodas. ¿Y quién mejor que mi hermano?

—¿Yo, padrino? Tú estás loca.

—He hecho más cosas por ti que tú por mí. ¿O es que has perdido la memoria?, ¿a quién debes tu posición de escribano? Irás con tu uniforme de soldado y no hay más que hablar. Don Fernando del Soto, mi protector, quiere que nos casemos en una iglesia de Guatemala.

—¿Y no podría ser en una pocilga? Una vez me llamaste «cochino».

—Búrlate cuanto quieras, pero serás mi padrino. Y recuerda que mi nombre es Teresa de Orellana.

—Sea, hermanita.

—Y soy mayor que tú, hermanito… No lo olvides.

Tardaron casi diez días en recorrer la distancia entre Veracruz y Guatemala, que era algo más de unas doscientas treinta leguas. Al principio, siguiendo en paralelo la costa atlántica y por un camino bien allanado, el Adelantado viajaba en coche de caballos, como algunos de los oficiales de su séquito, mientras que los soldados lo hacían en grandes furgones tirados por mulas o en jacas pintureras traídas de España si podían permitirse comprarlas.

Uno de estos últimos era Guzmán de Igüeña. A veces pasaba al lado del carromato en donde viajaba Francisco y se acercaba a saludarle y charlar un rato.

—Duele el trasero, ¿no, zagal?

—Veo que lleváis la montura bien enjaezada. Esas plumas blancas que habéis puesto en las crines llaman la atención.

—Es para que las vea un oficial y se acuerde de su montura. Se lo gané jugando, ya imaginas. ¿De dónde iba a sacar dinero para hacerme con un corcel semejante?

—Ya veo, ¿usasteis dados trucados?…

—Fue con naipes. Y no eran míos. Pero el rival sugirió que había hecho trampas, que sabía manejar demasiado bien las cartas… Por eso le he puesto plumas al animal, para recordarle que era suyo y que es hermoso.

—Le humilláis.

—¿Y qué quieres, chico, que le rete a un duelo? Le tumbaría con el primer pistoletazo, o si fuera a sable, con la primera estocada. Cuando tengo un arma en la mano, olvido todo menos el deseo de vencer; por eso soy soldado. Y por matar a un oficial, me mandarían ahorcar. Si le humillo, él pierde algunos gramos de honor, pero salva la vida. Y, de paso, salva la mía. Y mi honra no se resiente.

—Algún día perderéis todo: arriesgáis demasiado… En la vida, quiero decir, no solo en el juego.

—Pero no me aburro nunca. El hastío solo conduce a la muerte, zagalillo. Pero zambullirnos en el azar nos llena el alma de aventura. ¿Hay algo más placentero que llegar a un puerto desconocido, por ejemplo, o yacer por vez primera con una bella mujer? Estos consejos te los doy gratis.

Fueron pocos días de travesía, pero llenos de dificultades y dureza. Abandonaron la vecindad del océano Atlántico después de dos jornadas de camino en dirección al este. Y emprendieron la ruta del sur, por el Yucatán. Allí se desprendieron de los coches y los carros, y los oficiales siguieron a caballo, mientras que varios suboficiales montaron en las mulas que arrastraban los carros. La mayoría de los soldados marchaban a pie, entre ellos Francisco, y también los cincuenta indios que les servían como esclavos, todos ellos descalzos. Una reala de veinte alanos, conocidos como «perros de guerra», de pavorosos dientes y collares con pinchos, cerraba la caravana. Algunos de ellos llevaban bozales de cuero para impedir que atacasen a los sirvientes indios, tarea para la que habían sido entrenados desde cachorros.

Todo cuanto los rodeaba era una selva espesa, insalubre, oscurecida por los altos árboles que cubrían el cielo, en donde abundaban los mosquitos transmisores de malaria y las mortíferas serpientes. Guzmán cazó una mañana, de un certero disparo con su arcabuz, un gran jaguar. Fue el asombro de todos aquel enorme felino de hermosa piel por cuya boca asomaban unos temibles colmillos y de cuyas acolchadas patas brotaban uñas que eran como cuchillos curvos. Los soldados comieron su carne aquella noche y Francisco la encontró dura y dulzona. La piel quedó para una de las mujeres de los capitanes.

Atravesaban tierras pantanosas y tupidos bosques en donde se abrían paso a golpe de espada, siendo tan gruesas algunas de las raíces de los árboles que los hombres debían esforzarse en soberbios mandobles con ambas manos, imitando el golpe de las hachas. Un caballo y dos mosqueteros murieron de fiebres súbitas y otro soldado por la picadura de una mamba de pequeño tamaño, que le hizo pasar de la vida a la nada en apenas dos horas.

Vieron pájaros desconocidos de extraños cantos y una boa enorme que subía con pasmosa lentitud hacia la copa de un árbol y a la que nadie se atrevió a disparar. Asistidos en la tarea por los indígenas, cazaron pavos, venados, tapires y capibaras.

Francisco vio tres o cuatro veces a Teresa, que iba en la parte

delantera de la partida, montada a caballo y vestida con un traje de soldado y el pelo recogido bajo un gorro. Ella le saludó con un gesto fatigado, moviendo la mano derecha mientras sujetaba con la izquierda las riendas de su cabalgadura. El Adelantado, a menudo, recorría las filas de hombres dando ánimos a la tropa y, en un par de ocasiones, le dedicó un guiño cómplice a Francisco. En cierto modo, el muchacho se sentía un soldado privilegiado.

Llegados a la costa del Pacífico, el camino se hizo más fácil, por la vecindad de las playas. Ahora comían frutas en abundancia y, ocasionalmente, pescados de la mar, en cuya busca iban antiguos marineros integrados en la tropa de don Pedro.

Y el décimo día, a primera hora de la tarde, la tropa entraba en Santiago de los Caballeros de Guatemala. Una orquesta salió a recibirlos y el gobernador provisional de la plaza, que sustituía al Adelantado, leyó un discurso de bienvenida. El domingo se celebró una misa mayor para agradecer a Dios la arribada feliz de la partida. Asistieron todos los habitantes españoles de la capital de los nuevos territorios, que en ese momento eran doscientos cincuenta y que alcanzaban las cifra de casi mil si se sumaban los indios instalados en ella.

Y para su sorpresa, durante la celebración, Francisco reparó en que, entre los ayudantes del obispo que oficiaba el acto litúrgico, se encontraba, vestido con alba blanca sobre la sotana negra, su amigo Simón. ¿Cómo habría llegado hasta allí?

Concluida la misa, Francisco le esperó en el pórtico del templo.

—¿Qué haces aquí, diantre? —le espetó cuando el otro, vestido con hábito negro benedictino, cruzó el umbral de la puerta.

—¡Diablos, Paquillo…, eso mismo digo yo!

—Llegué con la tropa del Adelantado. Pero ¿tú?…

—Cuando alcanzamos Veracruz, me arrimé al capellán. Le había tratado en la travesía de El Porfiado. Y me buscó hueco en un bajel que nos llevó a la costa de San Pedro Sula en dos jornadas. De allí cruzamos hasta Guatemala por sierras bien dentadas, pero a lomos de buenos mulos. Y llevo aquí más de una semana…

Se palpó la tela de la túnica.

—Soy aprendiz de fraile de la Orden de San Benito. Los «negros», nos llaman.

—Para eso podías haberte quedado en España.

—No creas. En Sevilla muchos quieren ser clérigos para comer gratis, cantar todo el día y ejercer el oficio de contemplativo. Hay mucho vago y el control es muy estricto sobre los aspirantes. Aquí es más fácil: necesitan gente de fe, hay muchas almas que convertir y muchas misas que dar. Yo estudio todos los días para llegar a ser un buen monje. Y ya conozco el oficio de monaguillo.

—No te hacía hombre religioso.

—Ni lo soy. Pero me disgusta trabajar, y este es el mejor oficio para alguien como yo.

—¿Y las mujeres?

—Con las indias no hay pecado, me lo dijo el capellán. No son exactamente humanas.

—¿Y qué son, animales?

—Son eso, indias…, medio animales, medio humanas.

—Yo no lo creo. Son como las mujeres nuestras: cuando desnudes a una lo verás.

—Tonterías. Todos, ellos y ellas, son igual a los monos…, están cerca del hombre, pero no a su altura. ¿No has reparado en que hay pocos indios que sepan nuestro idioma y ninguno el latín o el griego?

—¿Y qué sabías tú, hijo del Diablo, antes de que yo te enseñara a leer?

—Bah, no quiero seguir esta charla… ¿Qué haces con uniforme de soldado?

—Sirvo al Adelantado y al emperador Carlos. La guerra me llevará a la fama.

—Ganar renombre es muy trabajoso y conseguir gloria requiere hacer mucho ruido.

—Nos veremos, Simón —dijo Francisco con fastidio.

—Que Dios te bendiga, Paquillo —respondió el otro con un tinte de ironía en la voz.

—Más confianza tengo en mi espada y en mis sueños que en tu Dios.

Los esponsales se celebraron con gran ceremonial y un coro de chiquillos españoles que cantaban en latín. Oficiaba el capellán de la nao que los trajo a América y Teresa lucía un vestido blanco, ajustado, del que asomaban los inicios de los senos y un hilo del canal que separaba el uno del otro. Llevaba una suerte de corona de flores sobre el pelo y, cubriendo los hombros desnudos y la espalda, un gabán de piel de alpaca del altiplano, enviado como regalo por el Adelantado, quien había excusado su presencia. El novio, don Fernando del Soto, portaba un uniforme reluciente de caballería prestado para la ocasión por un amigo caballero, aunque él era oficial de infantería y cuanto sabía de equinos era por aquel bayo que, siendo joven, le tiró haciéndole volar por encima de las orejas cuando, por primera vez, intentó subirse a los lomos de una cabalgadura. Cinco meses pasó recuperándose de la cojera y juró no volver nunca a poner el pie en el estribo de una silla de montar.

Francisco, colocado al lado de la novia, se mantenía erecto como un palo. Le adormilaba el ritual y le fastidiaba el sacerdote. Poco antes de empezar, el capellán le había dicho en voz baja: «Mira quién está aquí, el chico al que le aburrían los Evangelios. Espero que te reciban pronto con aplausos en el Infierno». No respondió a la afrenta.

Cuando terminó la misa, se despidió de los novios en la puerta. «Tengo guardia nocturna», se excusó. El ya marido de Teresa le abrazó y le llamó «hermano». «Nuestra casa será siempre la tuya», añadió. Y Teresa le apartó unos instantes del grupo de hombres y mujeres que se acercaban a felicitar a los recién casados.

—Me hubiera gustado que fueras tú el novio —dijo sin rubor.

—Ya sabes que era imposible: viajo solo. ¿Vas a serle siempre fiel a tu esposo, como has prometido ante Dios?

—Fernando no es bello ni atractivo, pero me ha dado mucho más que ningún hombre, incluido tú. Seré leal con él, no lo dudes.

—Te creo.

—Tal vez tú y yo no nos veamos nunca más.

—Tal vez.

—Fue muy bonito conocerte, Francisco. Siempre estarás en mi corazón.

—Y tú en el mío, Teresa.

Se alejó con un extraño hueco abriéndose en su alma.

Durante un año largo, Alvarado dedicó sus esfuerzos a organizar un aguerrido ejército de conquista. Hizo construir naves, mandó traer de España cañonería, instruyó en el arte del combate a sus soldados, organizó las compañías y los escuadrones, y nombró suboficiales y oficiales en función de sus méritos, no por su antigüedad o a causa de su noble cuna.

Francisco aprendió a montar y a luchar a caballo, dominó en poco tiempo el tiro de arcabuz y se convirtió en un excelente espadachín, sobre todo en el manejo del sable. Cuatro meses después del comienzo de la instrucción, ya era sargento. Y al poco ganaba el rango de alférez. Cuando la tropa estuvo lista para comenzar la marcha, se había convertido, con solo diecisiete años, en el oficial más joven de la partida y uno de los hombres de confianza del Adelantado. A menudo leía para su señor traducciones de textos de la *Ilíada*, así como de Heródoto, Tucídides, Julio César y Tito Livio. Las hazañas del pasado entusiasmaban a los dos hombres. Alvarado, cuando bebía en exceso, se veía a sí mismo como Aquiles y comparaba a Orellana con Patroclo.

Partieron trece meses después de llegar a Veracruz. Asolaron aldeas y ciudades, rindieron a la Corona inmensos territorios y se dieron al pillaje sobre la mayoría de las poblaciones de Centroamérica durante cerca de tres años. Nicaragua, el Salvador y Honduras fueron sometidas al poder de Alvarado, una gran parte de los monarcas indígenas murieron ajusticiados, en la horca o el garrote, y miles de indios quedaron reducidos a la esclavitud, cientos de ellos incluso herrados como las caballerías. Francisco contempló aquella obra de destrucción con asco y el corazón herido, pero se dejó llevar por la ola de furor y violencia.

Cuando en 1531 concluyó la campaña, era poseedor de una pequeña fortuna y había ascendido al grado de maestre de campo, al mando de un batallón. Y tan solo tenía veinte años, cuando lo normal, para detentar un rango semejante, era andar cercano a los cuarenta.

Una tarde se topó con Guzmán en un campamento de la selva nicaragüense.

—Llevaba tiempo sin verte, soldado.

—¡Vaya, el jovencito extremeño! ¿Cómo te va, zagalillo?

—Borra ese apelativo de tu cabeza. Se me trata de vos y con el tratamiento de vuecencia. ¿No has visto mis insignias?

—A la orden de vuecencia…, maestre.

—¿Y tu jaca blanca?

—La perdí a los dados, no me dejaron usar los míos.

—Y ahora, ¿qué haces?

—Nadie quiere apostar conmigo, ha corrido la voz de que soy un truquista. Así que me dedico a guerrear, como todo el mundo. Y aprendo con los indios su lengua, que, por cierto, es complicadísima. ¿Sabéis vos que, para definir la corriente de un río, existen más de veinte palabras? ¡Y pensar que haya quien los considera idiotas o medio animales!

—¿Y tú no?

—¡Quia! Fijaos en sus ojos, capitán. Unos miran con ternura a sus hijos, otros con pasión a sus esposas, los hay que reflejan en la vista la tristeza de sus almas esclavizadas y en algunos sorprenden el furor y la cólera. Lo mismo, pues, que nosotros. ¿En qué somos diferentes? Solo en la forma de vestir y en el habla que utilizamos. Peleo contra indios y mato si es preciso, pero los respeto como seres humanos y no me gusta que a muchos dellos los encadenen por la noche para que no escapen.

—¿Quieres ingresar en mi compañía? Me hacen falta hombres como tú.

—¿Y qué gano yo con ello?

—Te daré el grado de sargento. ¿Qué dices?

Guzmán se rascó la cabeza antes de responder.

—Nunca me ha gustado ordenar… —dijo al fin—, ni tampoco que me digan lo que tengo que hacer; por eso he sido siempre de esos que llaman «soldados aventureros», que no queremos mando fijo sobre nosotros por mucho tiempo. Aunque también reconozco que es más cómodo siempre obedecer que mandar. Pero esto es el ejército y una

subida en la soldada me vendrá bien, ahora que no puedo ganar nada con mis dados y los naipes. Acepto.

Francisco señaló a un grupo de hombres.

—Por allí anda el alférez. Háblale de mi parte y que te asigne al puesto. Dile que, si tiene dudas, me consulte. Bienvenido, sargento Igüeña.

—A la orden de vuecencia.

Una noche hubo una pequeña revuelta de indios esclavizados, apenas una veintena. Mataron al vigilante y trataron de librarse de los grilletes. Pero fueron detenidos con facilidad por soldados bien armados.

Por orden de Alvarado, se los echó al día siguiente a un corral, encadenados, y sus cuidadores soltaron los fieros alanos. Fue una carnicería. Entre los vítores de los españoles, los perros mutilaron a mordiscos a los indígenas, acabaron con la vida de todos ellos e, incluso, devoraron algunos de los miembros amputados.

Francisco no quiso verlo y se prometió que, en cuanto pudiera, abandonaría el servicio al Adelantado. Pero calló discretamente. Había aprendido a ser cauto.

11

Los Pizarro

La campaña concluyó y la tropa regresó orgullosa a Santiago de los Caballeros de Guatemala, ufana por sus conquistas y las riquezas logradas. Pero la paz en aquellas regiones tan lejanas no estaba cerca y las ambiciones de Alvarado iban mucho más allá de lo conseguido. Pidió por carta permiso al emperador Carlos para conquistar tierras del sur del Perú, las que no habían sido concedidas a los Pizarro, y el monarca se lo otorgó con gusto. El Adelantado comenzó a reorganizar sus tropas y a alistar una flota de barcos, «para descubrir los secretos de la mar del Sur, por tener noticia de muy ricas islas e de otras tierras en la costa de aquella mar».

Partieron en 1533 en ocho naves hacia las costas de la provincia de Quito, que pertenecía entonces al imperio de los incas, y descendieron cercanos a la orilla para internarse luego en las selvas. Constituían un numeroso ejército de 500 hombres bien armados, con 227 caballos y 2.000 indios auxiliares. Y parecía invencible.

Pero los incas eran un pueblo belicoso en grado extremo, sabían practicar la guerra de guerrillas y, al tiempo, su resistencia resultaba tenaz. Los enfrentamientos se sucedían constantemente y muchos españoles morían, en tanto que los indios esclavizados desertaban de los campamentos a la menor ocasión, pese a la amenaza que suponían los perros.

En el Perú, los españoles vivían no solo en guerra de conquista, sino en conflicto entre ellos. Desde Chile, en donde su campaña había fracasado, avanzaba el ejército de Diego de Almagro para disputar su predominio sobre estas tierras a los Pizarro. Alvarado, aunque lleno de

audacia, no era un loco y calibró que su ocasión estaba perdida. De modo que decidió retirarse de la empresa, mientras que Francisco entendió que era el momento de apartarse de quien había sido su señor durante tantos años. Cuando don Pedro vendió sus naves y sus caballos al recién llegado Almagro y dio libertad a sus hombres para regresar con él a Guatemala o quedarse en el Perú, Orellana optó por la segunda opción.

—Te comprendo, muchacho —le dijo Alvarado en la despedida—. Me has servido bien en estos años y mereces comenzar tu propia empresa. Que el buen Dios sea contigo.

Sin embargo, no solo se despidió del Adelantado, sino que también rechazó la oferta de Almagro para integrarse en sus tropas, evitando revelar cuáles eran sus verdaderos propósitos. Así pues, con un contingente de treinta soldados que decidieron seguir los pasos de su capitán, entre los cuales estaba el soldado de aventura Guzmán de Igüeña, Francisco de Orellana marchó en dirección a Quito, la antigua capital de los incas, mientras don Pedro de Alvarado partía de regreso a Guatemala. Corría el año de 1535.

Orellana y su reducida tropa, tras arduas jornadas y en las que tuvieron que salvar los empinadísimos pasos de montaña de la cordillera central andina, llegaron a Cuzco. El ejército de Francisco Pizarro había tomado la capital incaica en 1533, saqueado el tesoro de oro y plata de los emperadores indígenas e iniciado la construcción de una catedral católica. Pero en el momento de la arribada de Francisco, las tropas de Almagro habían ocupado la plaza y expulsado a los Pizarro de la ciudad. Orellana decidió desviarse entonces hacia Quito, uno de los bastiones de los pizarristas.

Aquella familia de trujillanos, que dominaba una buena parte del Perú entre los establecimientos de Quito y el Cuzco, acogió con calor a su paisano y lejano pariente Orellana, quien de inmediato se ofreció a entrar a su servicio. En particular hizo una buena amistad con Gonzalo, que le llevaba algo más de un año de edad. Los dos capitanes se encontraban a menudo para hablar de la lejana patria y compartir

sus proyectos de riqueza y conquista.

Francisco comenzó luchando contra partidas de indios rebeldes que acosaban a los españoles en todo el territorio peruano. Y nunca olvidaría el amanecer de aquel sábado de finales de año, cuando fueron atacados sorpresivamente por una partida de indios manabíes, aliados del imperio incaico. La tropa española había acampado en un territorio abrupto la noche anterior y se encontraba imprudentemente desperdigada. Francisco dormía con unos pocos hombres de su compañía en una zona despoblada de árboles. Los aullidos de los asaltantes hicieron al capitán español salir de la tienda a medio vestir, empuñando su espada con la mano derecha y un pistolete con la izquierda. Disparó enseguida contra un enemigo que se le echaba encima, logrando derribarle, y corrió hacia unas peñas que dominaban el espacio de la acampada desde un cerrillo. Al poco vio llegar a Guzmán de Igüeña, que se colocó a su lado.

Protegidos por la defensa del roquedal, dispusieron sus armas. Igüeña colocó su arcabuz sobre un peñasco y Francisco recargó su pistolete. Un grupo de indios reparó en el lugar y seis de ellos corrieron en dirección a las rocas profiriendo sonoros gritos de guerra, blandiendo lanzas y mazos, los carcajes de dardos al hombro y el pecho cruzado por la cuerda de los arcos.

—Aguardemos a que estén más cerca —señaló el sargento.

Cuando los manabíes llegaron a unos ocho metros de distancia, Igüeña gritó:

—¡Ahora!

Fueron disparos hechos casi a quemarropa. Dos adversarios cayeron fulminados y tres escaparon despavoridos hacia el fondo de la explanada. Pero el sexto, rápido y preciso, alistó y lanzó una flecha contra los españoles, y el ojo izquierdo del capitán sintió de pronto una terrible escocedura, hundiéndose en una ceguera absoluta.

Guzmán saltó sobre el indio y le derribó de un golpe de sable. Arrancó de un brioso tirón el dardo del ojo de Orellana, que aulló de dolor, echó al capitán sobre sus hombros y corrió fuera del campamento a ocultarse al bosque. Nadie le siguió.

Esa noche, el médico de la tropa extirpó el órgano destrozado, cosió

la honda rajadura en vivo y envió al herido a una tienda con camastro. Gonzalo Pizarro acudió a ver a su subalterno, pero Francisco se sintió incapaz de hablar.

Un mes más tarde, ya sin dolores, paseaba con un parche negro que le cubría la horrenda cicatriz. Para consolarse, pensaba que aquello podría tomarse como un rastro de honra, una huella de su heroísmo.

Francisco Pizarro, el mayor de los hermanos y jefe de todos ellos, distinguió enseguida a Orellana como uno de sus súbditos de confianza y, en 1536, le encargó desde su sede en Lima la dificultosa empresa de refundar la ciudad de Guayaquil, que había sido destruida por los indios en 1534. Pocos meses tardó el joven capitán en cumplir la misión, empeñando en ella no solo la vida de algunos de sus hombres, sino también una buena parte de las riquezas que había logrado durante sus batallas en Centroamérica. En 1537, la nueva Guayaquil se alzaba a las orillas del océano Pacífico. Orellana solicitó por carta el nombramiento de gobernador por parte del emperador y lo obtuvo merced al apoyo de Pizarro y por causa de los servicios prestados a la expansión del imperio de Carlos y el crecimiento de las riquezas llegadas de las Indias al tesoro real. Fueron años de luchas con los indígenas y de administración del nuevo asentamiento, en los que la fortuna de Francisco se acrecentó en grado sumo. En esos días, además, dedicó buena parte de su tiempo a aprender las lenguas indígenas, algo que le sería de gran utilidad en el futuro.

De sus viejos compañeros de aventura, solo quedaba a su lado Guzmán de Igüeña, el arcabucero en quien depositaba su mayor confianza.

—Ya no viajas solo, Igüeña —le dijo Francisco en cierta ocasión en que los dos descansaban sentados en las raíces de una ceiba.

—Me hago viejo y, puesto que no tengo quien me cuide, necesito alguien a quien cuidar.

—Por mi parte, resulta grato tener cerca a alguien que te salve la vida de vez en cuando, Guzmán.

—Ver cómo matan a un hombre joven siempre me ha resultado

desagradable. Nadie debe morir joven.

—¿Ni siquiera los héroes?

—Esos alborotan mucho. Habría que acabar con todos al nacer.

Francisco acarició el grueso y liso tronco del gigante arbóreo.

—¿Cuántos años crees que tendrá?

Guzmán se encogió de hombros.

—¿Quién lo sabe? Quizá quinientos o puede que mil.

—Las selvas son viejas.

—Pero América es joven. Y nos queda mucho por hacer, señor mío.

Estando en Guayaquil, un día le llegó una carta a Francisco traída con urgencia en diversas postas. La firmaba Gonzalo Pizarro. Era breve, directa, sencilla: «La tropa del traidor Diego de Almagro, desde Cuzco, se siente fuerte y trata de conquistar todo el Perú. Necesitamos vuestro concurso y vuestra espada. Venid con cuantos hombres podáis». Orellana reclutó a toda prisa ochenta voluntarios y partió al encuentro de los hermanos Pizarro.

El choque armado tendría lugar en las salinas de Cuchipampa, cinco kilómetros al sur de Cuzco. Aquella mañana de abril de 1538, los infantes de Gonzalo, a los que se había unido Orellana con los suyos, esperaban bajo la lluvia, junto a un riachuelo y un terreno pantanoso, la llegada del ejército de Almagro, que asomó una hora después y desplegó su potente caballería, superior en número a la de los pizarristas. Y comenzó la batalla, con miles de indios diseminados a lo largo de los cerros que flanqueaban el campo, como si aquel escenario fuera un circo romano y no el sangriento teatro de una guerra.

Gonzalo ordenó el ataque. Era una acción muy arriesgada. Cruzó con sus hombres la corriente de agua bajo el fuego de los arcabuces almagristas. Pero logró resistir el envite y atravesó las aguas cenagosas del fangal, conteniendo el desorden de los suyos. Y cuando sus infantes dejaron atrás el lodazal y se asentaron en tierra firme, respondiendo al fuego enemigo con sus arcabuces y mosquetes, la caballería de su hermano Hernando cargó sobre la de los hombres de Almagro. El encuentro fue feroz. Los infantes de Gonzalo y Orellana

avanzaron sobre las posiciones enemigas y entraron en el cuerpo a cuerpo. El joven Francisco, hombro con hombro con Guzmán de Igüeña, ensangrentó la hoja de su espada como nunca antes lo había hecho. Recibió una pequeña herida en una pierna, pero siguió luchando, sintiendo cerca de él el calor protector del soldado amigo.

Vencieron. Y días más tarde, en Cuzco, Diego de Almagro fue ejecutado a garrote y su cadáver, decapitado horas después en la plaza mayor.

La noche de la victoria, Guzmán se acercó a Orellana. Había bebido una generosa cantidad de vino para celebrar el éxito de la batalla.

—Es curioso —le dijo—, he cambiado el oficio de las armas por el de niñera.

—No sigas por ese camino o pasarás unos cuantos días en el calabozo.

—Oído, mi capitán.

Era el único hombre en el mundo a quien el joven gobernador de Guayaquil podía consentir tratarle de tal guisa. Pero Francisco comprendía que era una forma sutil, por parte del otro, de mostrarle amistad y lealtad.

Francisco Pizarro le recibió en Lima, le colmó de elogios y regalos y organizó un banquete en su honor. Sin duda, el virrey era un hombre de aspecto singular; de facciones angulosas y bien marcadas, como si su rostro estuviera labrado en piedra, no parecía haber aprendido a sonreír y exhibía en su mirada una determinación que para sí hubieran querido muchos reyes. Era diferente a su hermano Gonzalo, este de cuerpo recio y apretado, y no mostraba en sus ojos la melancolía que brillaba en el fondo de los del otro hermano vivo, Hernando. El último de los Pizarro, Juan, había muerto tres años antes luchando contra los incas en Cuzco.

—Sois un hombre leal, querido primo, y merecéis que os llene de riquezas —le dijo el Conquistador—. Decidme qué deseáis y vuestras peticiones serán atendidas sin demora. ¿Queréis un alto rango militar en mi cercanía?

—Os lo agradezco, excelencia. Pero tan solo quiero regresar a Guayaquil y ocuparme de mi gobierno…, por ahora.

—Sea como pedís, aunque me desagrade un poco. Hombres como vos escasean en el mundo y más aún en mi virreinato. Si un día cambiáis de propósito, hacédmelo saber y estaré presto a satisfaceros.

—Así será, mi señor. Gracias os sean dadas.

Sin embargo, antes de la partida hacia Guayaquil, tuvo un encuentro con Gonzalo Pizarro que iba a cambiar el rumbo de su vida. Conversaron largo y tendido en el palacio de gobierno de Cuzco y el hermano del virrey le comentó su decisión de marchar en busca de El Dorado y del País de la Canela, dos mitos que entonces incendiaban de ambición la imaginación de los españoles.

—Llegar es duro, pero nos esperan incontables riquezas si las leyendas son ciertas —señaló Gonzalo.

—¿Quién os asegura que no es todo ello una quimera? —preguntó Orellana.

Gonzalo le tendió una carta.

—Tomaos vuestro tiempo en leerla, pues se comprende mal.

La misiva, nutrida de incorrecciones sintácticas y faltas gramaticales, con letra dislocada y a menudo escasa de tinta, venía firmada por un tal Juan Martínez, fechada en Puerto Rico el año 1530, y se hacía difícil de entender. Pero Orellana emprendió la tarea.

Martínez se presentaba como soldado que había sido apresado por los indios en una desdichada exploración en las riberas el río Orinoco. Con los ojos vendados, fue conducido a una ciudad llamada Manoa, en donde reinaba un poderoso monarca de nombre Inga. La fortaleza estaba protegida por imponentes muros de piedra y se levantaba junto a un gran lago. En su interior, sin embargo, se mostraban sin pudor sus riquezas: calles empedradas de lingotes de oro, nobles armados con escudos, lanzas y espadas del preciado metal y las paredes del palacio tapizadas con láminas áureas. El rey vestía siempre con ricos paños, embadurnados de polvo aurífero, y todas sus copas y cubiertos estaban labrados con el valioso mineral.

A los siete meses de su cautiverio, Inga ofreció a Martínez quedarse para siempre a su servicio u otorgarle la libertad si así lo deseaba. El soldado escogió la segunda opción. Inga puso entonces a su disposición una escolta de guerreros para llevarle hasta las orillas del Orinoco y le regaló tanto oro como él y los hombres pudieran cargar. Pero le impuso una condición al partir: que el viaje lo hiciese con los ojos vendados, como había realizado el de ida, para evitar que fuese guía, en el futuro, de alguna expedición en busca de las riquezas de su reino. Y así salió Martínez de Manoa, al que en su carta bautizaba como El Dorado. No obstante, en el camino de regreso, le robaron todo su cargamento de oro y, tras conseguir una embarcación, llegó a Puerto Rico más pobre de como había emprendido su viaje meses antes.

Francisco dejó la carta a un lado.

—¿Qué os parece? —preguntó Gonzalo.

—Martínez paréceme un hombre imaginativo.

—Puede, pero no es la primera vez que se oye hablar de El Dorado.

—¿Y qué hay de la canela?

—Por varios indios a los que he interrogado, al bajar al oriente de los Andes existen grandes bosques de este árbol. Y así lo ha confirmado un español, un tal Díaz de Punida, que viajó por esas regiones. Ya sabéis que los precios de las especias llegan a alcanzar en Europa a los del oro. Merece la pena ir en busca de todas esas riquezas, aun arriesgando la vida en el empeño, para comprobar si son o no fruto de la imaginación. ¿Qué opináis?

Orellana poseía en ese momento mucho de cuanto los hombres pueden desear: riquezas, poder, fama y juventud. Pero de pronto, sin pensarlo apenas, espetó a su amigo:

—Iré con vos.

—¿Estáis seguro?

—Tanto como de que la luz del sol sale por el este.

—Vendréis en la jornada como mi lugarteniente.

—Esperadme, pues, aquí. Debo ir a Guayaquil, reclutar hombres y dejar todo organizado para una larga ausencia.

—Os aguardaré en Quito. No tardéis. Quiero partir pronto. A más

tardar, finalizando febrero.

—Llegaré a tiempo, aunque sea volando entre las plumas de un pájaro.

Francisco añoraba la aventura, un virus que, cuando entra en tu cuerpo, ya no escapa jamás.

12

Los Andes

Orellana contemplaba las enormes montañas andinas que, de pronto, surgían ante él como murallas de una altura insospechada. Criado en las llanuras extremeñas, el capitán se asombraba ante aquellos colosos que, de no ser por su natural desdén de todo lo irracional, podría tomar por gigantes o por dioses invencibles.

Se había adelantado unas decenas de metros de sus hombres y ahora reflexionaba sobre sí mismo y su empresa. Y se preguntaba si no estaría algo loco. Haberlo abandonado todo por una utopía no era de gentes en su sano juicio, desde luego. No obstante, le apasionaba haberse implicado de lleno en aquella aventura. Si echaba la vista atrás y se veía en su palacio de Guayaquil, recibiendo a los notables, lidiando con los pleitos de los ciudadanos, atendiendo a la burocracia que suponía el gobierno de una ciudad y una provincia, le acometían deseos de bostezar. Él estaba hecho para las emociones, para cuanto significara luchar, para enfrentarse al caos, en suma; y si ahora, ante las montañas de apariencia infranqueable, percibía un sentimiento acuciante, no era otro que el deseo de atravesarlas y saber qué encontraría al otro lado.

Poco después de la alborada, la pequeña tropa, formada por veintitrés españoles, unas cuantas decenas de porteadores indios y algunos caballos, dejaba atrás las playas que ascendían por la costa desde Guayaquil y proseguían camino de Quito. Desayunaron copiosamente para acometer con fuerzas la jornada y Orellana conversó con el principal de sus guías nativos, un hombre fibroso, lampiño, delgado en extremo y de rostro surcado por arrugas, quien

había españolizado su nombre y se hacía llamar Pablo. En los últimos años, Francisco había aprendido a hablar con cierta soltura el quechua y conocía también expresiones de algunos otros dialectos locales. Y el contacto con los indios le había enseñado a respetarlos, no a tenerlos por bestias, al contrario de lo que era costumbre en la mayoría de los conquistadores. Esa era la razón por la que decidió no llevar consigo perros ni encadenar a los indígenas. Más aún: acordó con ellos un pequeño salario por sus servicios. Estaba convencido de que ninguno se fugaría durante la marcha.

Con Pablo se entendía en una mezcla de castellano y quechua.

Y este le informó de que no encontraría indios hostiles en el camino a Quito y que el aprovisionamiento estaba en buena medida asegurado.

—Bien, bien…, indios amigos, indios *qhuchu masi*, indios manabíes buenos cristianos…, bien, bien…, ¡comida *kusa, kusa*!

Se volvió hacia sus soldados de aventura y se dirigió directamente al sargento Guzmán de Igüeña, quien había sido el primero en alistarse en la reducida tropa de Guayaquil a cambio de una sustanciosa soldada.

—Llegaremos a tiempo —le informó—, al menos eso piensa Pablo. Ahora tenemos delante una gran cadena montañosa, estamos en lo que se conoce como los Andes centrales, un territorio bien abrupto; pero hay pasos y senderos practicables, abiertos por los incas desde muchos años atrás.

—Dejamos el mar, pues…

—Tomaremos la dirección de Riobamba. Es una región agrícola, con mucho rebaño de llamas y abundante caza, sobre todo de guanacos silvestres. Espero que comida no nos falte. Y, con suerte, llegaremos a tiempo de encontrarnos con el gobernador Gonzalo Pizarro. Nos espera en Quito hasta el final de febrero.

—¿Es zona de indios salvajes?

—No, eso al menos dice Pablo. Son tribus civilizadas y por lo general no andan desnudos, sino que visten paños.

—¿Cristianizados?

—Y eso ¿qué importa? Por mi parte pueden venerar al Diablo si es

su gusto con tal de que sean mansos.

—Vamos bien pertrechados de arcabuces y ballestas. Pero también yo prefiero un indígena hereje y en son de paz que un cristiano en pie de guerra. He conocido más sacerdotes quemando infieles que estrellas tiene el cielo de mis montañas leonesas. Y son pocos los frailes que, a cambio de unas monedas, no le dirían una misa a Satanás. Dios es un extraño personaje.

—Calla, Igüeña, ahorra tus blasfemias. Partiremos en cuanto quede todo preparado.

—Estamos listos desde antes del alba. Solo falta la orden de vuecencia.

—Pues, en marcha. ¡Y a la aventura, Guzmán!

—¡A ella, mi señor!

—Y sacúdete de las botas la arena de las playas.

Atravesaron valles feraces y arroyos de suave discurrir sin sufrir ataques de los indígenas de la región y, en Riobamba, admiraron la espeluznante presencia del Chimborazo. Los porteadores, a la vista del volcán, se arrodillaron, rezaron y entonaron un canto probablemente de sacra liturgia, como un susurro melodioso, cuya letra no entendió Orellana. Y siguieron la marcha por los arduos caminos de montaña.

Al cruzar cercanos a las cumbres andinas, los senderos se tornaron ariscos, empinados, pero continuaron siendo practicables. Como había previsto el capitán, ni uno solo de los indios que los acompañaban en la marcha desertó.

—Parece cosa de milagro, no se han ido —comentó Igüeña durante una acampada, a la luz de la hoguera con que mantenían alejados a los pumas del altiplano.

—Si tratas bien a un hombre, será siempre leal.

—No seáis ingenuo, mi señor. Lo que ocurre es que ninguno se quiere ir sin su salario cobrado.

—¿Ingenuo? ¿Por qué crees que no les he dado ni siquiera un maravedí de lo prometido? Y Pablo me lo pide una vez tras otra. Pero yo quiero pensar que es por lealtad.

—La palabra «lealtad» casi nunca aparece en el diccionario del comportamiento humano, sea para el indio o para el cristiano.

—¿Tú no eres leal, amigo Guzmán? —preguntó irónico Orellana.

—Ahora solo soy niñera, ya os lo dije.

—Vete al diablo.

—Prefiero vuestra compañía…, ya que no puedo viajar solo.

Llegaron a Quito quince días después, a comienzos de marzo de 1541, tras un viaje sin apenas incidentes, aunque dificultoso por lo empinado de los senderos andinos. Y Orellana, entrando en la ciudad, se dirigió sin tardanza al palacio del gobernador.

Un guardia de la entrada le informó de que Gonzalo Pizarro ya había partido unos días antes y que el secretario le esperaba para darle noticia de todo ello. Subió deprisa las escaleras de la mansión. Nadie le detuvo al entrar en el despacho de aquel hombre pequeño y de aspecto enfermizo.

—¡Su excelencia prometió aguardarme! —gritó colérico Orellana.

—Y os esperó hasta final de febrero; su promesa fue esa, según me hizo saber.

El capitán se calmó. Era cierto. Se sentó dando frente al hombrecillo.

—Dijo que os esperaría en el valle de Zumaco, no muy lejos de aquí —siguió el secretario—. Y allí estará, no lo dudéis. He dispuesto que viajen a vuestro servicio unos guías indios de la región. ¿Con cuántos hombres contáis, señoría?

—Somos veintitrés españoles y unas decenas de indios porteadores. Pero no sé cuántos de esos querrán seguir conmigo.

—Ponedles grilletes si no lo habéis hecho ya.

—Jamás en mi vida he encadenado a un hombre ni lo haré nunca.

—¿«Hombre» llamáis a un indio?

—Los hay que tengo en más honda estima que a muchos cristianos de nuestra tierra.

—Yo creo…

—¡Dejad eso, os los ordeno! Desde muy pequeño aprendí a no

discutir con los borricos. ¿Dónde nos alojaremos?

—Hay dispuesto para vos un aposento en palacio —respondió el otro, humillado.

—¿Y mis hombres?

—Tienen sitio en el cuartel de la tropa. Es lugar confortable.

—Bien está. Disponedme alimentos para un mes y treinta libras de pólvora; he gastado mucha en la caza. En unos días partiré para Zumaco.

—Os dije, mi señor, que el gobernador os esperaría allí. Pero en vista de la tropa que traéis…, no sé qué deciros. Hay indios belicosos, las montañas son muy altas, los caballos flaquean… y vuestros indios desertarán.

—Si Gonzalo Pizarro ha llegado hasta allí, yo llegaré.

—Él viaja con más de doscientos españoles, otros tantos caballos, armas sobradas, munición abundante, miles de cerdos, llamas para la carga y luego para alimentarse dellas, trigo, dos mil perros de guerra y cuatro mil indios porteadores…, por cierto, encadenados…, indias para cocinar y para la necesidad de carne de la tropa. Y algunos capellanes que pueden ayudarle a ganar el cielo si es preciso.

—Más ligero se anda más rápido.

—Pero antes te llega la fatiga. La expedición del gobernador era digna de verse en su partida. Parecía una ciudad en marcha. Hubo misa en la plaza de Armas y luego desfilaron al salir de la ciudad. Jamás se ha visto en toda la Conquista una campaña semejante… Lo juicioso, capitán, es que desistáis de la jornada.

—Os he pedido provisiones y pólvora, no consejos.

Y era en verdad de poco juicio emprender aquella expedición con tan escasa tropa e impedimenta. Al principio, en el ascenso a las grandes montañas, caminaron entre tupidos bosques de bambú y de helechos tan crecidos como palmas de aceite, siguiendo senderos abiertos por las llamas y algunos de ellos incluso empedrados por los incas. Luego, las sendas desparecieron devoradas por la vegetación y entraron en los bosques pluviales; allí la lluvia parecía no tener fin, tanto en livianos

sirimiris como en furiosos chaparrones, y la boira cegaba la visión de los hombres. Más adelante, al llegar a los páramos de altura, Orellana y los suyos pudieron distinguir cumbres coronadas de nieve y volcanes que arrojaban fumarolas de niebla hacia el espacio.

El frío cayó sobre la partida. Algunos de los indios que viajaban con ellos murieron por falta de abrigo y unos pocos abandonaron la expedición a la caída de los atardeceres. Orellana y los suyos sufrieron mayores calamidades en la provincia de Quijos, nunca antes explorada por españoles, en donde el terreno se volvía desnudo y reinaba la desolación.

Fueron allí atacados por los primeros indígenas, que, a media mañana de un día lluvioso, los esperaban en gran número, armados de lanzas y arcos, parapetados en la entrada de un desfiladero.

Pero Orellana no se amilanó. Dispuso dos filas cerradas de hombres, con los arcabuceros en la primera y los ballesteros en la segunda, dejando tras ellos la escasa escuadra de caballos con la que contaba, escasamente una decena de animales montados. Y atacó.

La primera descarga cerrada de las armas de fuego causó varias bajas y creó una gran confusión en el enemigo. Y de inmediato los ballesteros, saltando al frente de la tropa, lanzaron una lluvia de flechas que derribaron a numerosos nativos.

Poco margen le quedaba ya a Orellana para la sorpresa mientras los indios se reagrupaban. Pero decidió jugárselo todo a una carta y dio orden de atacar a su caballería. Los indios no habían visto nunca aquellas gigantescas bestias que cargaban sobre ellos, llevando a sus lomos hombres que gritaban como jaguares heridos y enarbolaban relucientes sables. De modo que escaparon sin dar batalla en la creencia de que se enfrentaban a dioses y no a humanos. Orellana no perdió ni un solo hombre.

Un volcán entró en erupción poco después y la partida hubo de buscar refugio en una aldea abandonada que, por fortuna, encontraron a su paso. Esa noche sintieron temblar la tierra y contemplaron cómo volaban a su alrededor vendavales tan cargados de ceniza que ensombrecían la tierra y el cielo. Otros pocos indios escaparon y el capitán reparó, al final de la jornada, en que solo quedaban con él

trece de los cuarenta que salieron de Guayaquil, entre ellos, Pablo.

Tras la tormenta, la erupción del volcán y el terremoto, descendieron envueltos en la niebla, como fantasmas, azotados por la lluvia tropical. Debían abrir trochas a golpe de machete. Y a toda hora estaban empapados, sin que los breves espacios de tiempo tranquilo alcanzaran a secar sus ropas. Constantemente encontraban torrentes y barrancas y hubieron de construir puentes colgantes con lianas y maderos para atravesar el vacío que se abría sobre los abismos. El barro cegaba el suelo y las rudas raíces de las ceibas obligaban a los hombres a hacer hercúleos esfuerzos para lograr que pasaran sus caballos. Viajaban entre bosques de árboles cubiertos de espinas.

Lo peor vino más adelante. Una noche hubieron de abandonar a toda prisa el campamento y ponerse a salvo de una violenta avenida de agua formada en las alturas por la inmensidad de la lluvia. Salvaron la vida, pero les costó caro, pues perdieron casi todas las provisiones que aún llevaban con ellos. En los días siguientes se comieron los pocos equinos que quedaban.

Y conforme dejaban en lo alto las sierras y se acercaban a la selva, el calor aumentaba. Con la altura de los árboles y la humedad que despedía la tierra, la falta de luz volvía el mundo a su alrededor tétrico y angustioso. La lluvia no cesaba y los continuos chubascos se mezclaban con los aullidos de animales desconocidos, los gritos de los monos, los rugidos de algún felino y el croar de millones de ranas toro. Cuando por fin dejaba de caer agua, los mosquitos surgían por millones de las entrañas de la tierra, así como las temibles moscas negras, de honda picadura, y los ejércitos interminables de hormigas rojas. Entre las raíces de los árboles anidaban las víboras, las boas tan gruesas como vigas, las serpientes de cascabel y los escorpiones. Las cigarras no descansaban casi nunca en su clamor y los vampiros nocturnos atacaban a los hombres, hiriéndolos con sus afilados colmillos para después lamerles la sangre.

Aquella selva iba agotando las fuerzas de los españoles y los indios de Orellana. Cada soldado casi no podía cargar con otra cosa que sus harapos, la espada, y los menos, con un escudo de acero. Muchos tenían fiebres y otros comenzaban a sentir los efectos de la malaria.

Y, aun a rastras, lograron llegar a Zumaco.

Gonzalo Pizarro salió del campamento y corrió a abrazar a su amigo, que a duras penas conseguía tenerse en pie.

Entraba el mes de abril de 1541 y el capitán Orellana cumplía los treinta años.

13

El bergantín

Los dos hombres se relataron sus respectivas cuitas. No había sido más confortable la marcha de Pizarro, pero al menos pudo acometerla mejor con sus reservas de alimentos, su mayor número de hombres y de armas y el trabajo que desplegaban los indios esclavizados, que seguían sujetos con grilletes y, en las noches, eran encadenados los unos a los otros. De los casi doscientos cincuenta españoles que, sumados los de Pizarro y Orellana, iniciaron la marcha, restaban vivos cosa de doscientos. El número de indígenas, sin embargo, había descendido de cuatro mil a mil doscientos, una caravana de tristes sirvientes diezmada por el frío, la viruela, las enfermedades venéreas y las gripes. Y caballos no quedaban más que una veintena de los doscientos que habían viajado con Pizarro.

El jefe de la expedición propuso a su lugarteniente que se recuperara con su tropa en Zumaco, en tanto que él, con ochenta de los hombres que se encontraran en mejor estado, exploraba los alrededores en busca del árbol de la canela y de noticias sobre El Dorado. Orellana se quedó reposando en aquel valle fértil, en donde abundaban la caza y los frutos, y a salvo de los ataques de tribus belicosas. Gonzalo partió entrado el mes de abril.

Una tarde, paseando por el campamento, la sorpresa le dejó paralizado cuando se detuvo ante un fraile que le saludaba con una voz que reconocía.

—Hola, Paquillo. ¿Te acuerdas de mí?

Era Simón, que vestía la túnica y la capa negra de los benedictinos.

—¿Qué haces aquí?

—Eso te pregunto yo…, aunque ya lo sé. Eres el lugarteniente de Pizarro. Y famoso ya en todo el Perú por tus hazañas. ¿No es lo que querías?

—¿Y tú?

—Vengo de asistente del capellán de la tropa de don Gonzalo.

—Creí que lo tuyo era llevar una vida descansada en Quito o en Cuzco.

—Eso pensaba, pero soy hombre inquieto.

—Nunca te entenderé, Simón.

—Continúo mi vocación, pero de otra manera.

—Para mí sigues siendo un golfillo de las orillas de Triana.

—¿Eso crees? Entonces es fracaso tuyo. Fuiste tú quien me despertó las ganas de venir a América.

—Tal vez hice mal. Aquí sobran los tunantes.

—Y los héroes se saldan… Ve con Dios.

—El Diablo te bendiga.

La tropa de Gonzalo Pizarro dio finalmente con los árboles de canela, pero se encontraban tan dispersos que, como convino de inmediato el gobernador, su explotación resultaría más costosa que los beneficios que pudiera dar. Olvidó para siempre el fruto ambicionado y, dirigiéndose hacia el norte, trató de recabar noticias entre los indígenas de la región sobre la existencia del reino de El Dorado.

Aquello constituyó uno de los episodios más crueles de la historia de la Conquista. Encolerizado por no recibir informaciones precisas de los nativos y convencido de que estos mantenían en secreto cuanto sabían, Pizarro ordenó torturar a los prisioneros que hacía en el camino. Varios cientos perecieron quemados en parrillas y otros tantos descuartizados por los perros de guerra de los españoles.

Al fin, el comandante desistió. Era el mes de mayo cuando acampó junto a un gran río, el Coca, uno de los principales tributarios del gran Napo, a su vez afluente del Amazonas. Esa noche las aguas subieron intempestivamente y los hombres hubieron de escapar a toda prisa del torrente que se les venía encima. Y la mayor parte de sus provisiones

se perdieron corriente abajo. La condición de Pizarro cambió en unas horas: de ser un explorador en busca de riquezas pasó a convertirse en un fugitivo forzado a escapar del hambre.

Hizo nuevos prisioneros a los que exigió comida, pero los indígenas apenas contaban con algo de maíz de sus pequeñas plantaciones y el pescado que extraían del río. No obstante, sabedores de las atrocidades de que podrían ser objeto si guardaban silencio, informaron a Pizarro de que, yendo río abajo, encontrarían poblados abundantes en provisiones y un reino cargado de riquezas. No era verdad: solo le decían lo que él quería oír, una información que les permitiera salvar la vida.

Justo en esos días, mientras Pizarro pensaba en organizar una patrulla que regresara a Zumaco para ordenar a Orellana que se pusiera en marcha y le alcanzase, este último, adelantándose a los propósitos de su comandante, decidió partir a su encuentro. De modo que los dos hombres volvieron a reunirse en las riberas del Coca, ya con menos de doscientos españoles supervivientes.

Aquella misma noche parlamentaron sobre qué hacer. Orellana había dejado ya de creer en El Dorado, pero soñaba con una nueva hazaña: el descubrimiento de un curso de agua que, partiendo de los Andes, desembocara en el Atlántico, una sospecha que ya alentaban los geógrafos españoles, para quienes los ríos nacidos a la espalda de los Andes debían, por fuerza, verter sus aguas en ese océano, llamado entonces mar del Norte, de la misma forma que se conocía al Pacífico como el mar del Sur. Si lo lograba, su nombre entraría a formar parte de la lista de los más grandes entre los conquistadores: Colón, Cortés, Núñez de Balboa y el mayor de los Pizarro. Pero antes debía convencer a Gonzalo.

—La canela está perdida, señoría —explicó a su amigo y jefe—. El Dorado sigue en el horizonte, quizá río abajo, como afirman los indios. Y hay un reto nuevo que acometer, el encuentro de un río que vaya a morir a nuestro océano. El Dorado y el río pueden hacernos ricos y famosos.

—Pero las orillas de esta corriente de agua parecen muy abruptas, cubiertas de selvas insalubres, impracticables para la marcha de los hombres… No podemos seguir, Orellana. La única alternativa es regresar a Zumaco y luego a Quito.

—¿Y aceptar el fracaso? Eso no es digno de un extremeño. Y menos aún si es trujillano, como vos y como yo. Hay otra opción, señoría.

—¿Cuál es?, ¿volar igual que un pájaro?

—Construir un barco.

—Bah, eso es locura, Orellana. ¿Cómo podremos construir uno si no tenemos con nosotros ni un solo carpintero de ribera?

—Improvisando. Y pidiendo consejo a los soldados vascuences y andaluces, sobre todo a varios vizcaínos y gaditanos que van en la tropa. Y algo sabrán de barcos más que vos y yo.

—Seguiremos por tierra mientras podamos.

Orellana regresó al lugar en donde acampaban sus hombres. Guzmán de Igüeña permanecía despierto, fumando una pipa junto al fuego.

—No sabía que te quedara tabaco.

—Me lo han dado los indios. Es algo parecido al que traen a España los galeones desde Cuba, no sabe mal del todo. ¿Qué haremos ahora, capitán?

—Seguiremos río abajo.

—¿Adónde? La canela y el oro se han esfumado, por más que algunos locos sigan empeñados en encontrarlos. Nuestra única opción es salvar la vida.

—Hay algo más.

—¿El qué, señoría?

—La fama. Y esa es más valiosa que todo el oro que esconde la tierra. ¿No es así, Guzmán?

—¿Os referís a mí? Prefiero fumarme una pipa con vida a que levanten monumentos en mi honor cuando esté muerto.

Vieron acercarse una sombra. Era Pablo, el indio que había servido de traductor a Orellana en tierras incas.

—¿Qué quieres? —preguntó el capitán.

El otro se agachó y respondió, puesto en cuclillas:

—Indios marchar… Jefe español malo, malo, *saxra*… Matar indios, quemar indios, aperrear indios, matar, *vañuchina*…, manabíes marchar… Tú…, bueno…, *allin*… Tú dar *kgolkge*…, dinero.

—¿Qué dice? —preguntó Igüeña.

—Se van y quieren su dinero.

—¿Qué hará vuecencia?

—Lo que corresponde, se lo han ganado.

—Así debe ser, señoría. Me siento orgulloso de estar a vuestro servicio.

—Porque sabes que a ti también te pagaré, ¿no?

—Naturalmente, capitán. ¿Por qué otra razón habría de ser? —respondió riendo el soldado.

Orellana se levantó.

—Ven conmigo —dijo dirigiéndose a Pablo.

Y se encaminó hacia su tienda.

La corriente del río descendía rumbo al sureste, solemne, poderosa, y la expedición se puso de nuevo en marcha, siguiendo por la orilla izquierda del cauce. Era un recorrido muy trabajoso, en el que a veces debían apartarse más de una legua del agua para evitar la espesura de las riberas o los farallones de piedra que surgían de súbito en los cañones en donde se estrechaba el curso fluvial. Viajaban más lentos de lo que nunca antes lo habían hecho.

En el camino, Orellana fue convenciendo a Pizarro de la inutilidad de continuar a pie en lugar de construir un navío, por lo menos para transportar a los enfermos y heridos y cargar las mercancías, las herramientas y las armas más pesadas. El comandante aceptó al fin la propuesta.

Un mes emplearon en llegar a una playa del río donde la construcción de la nao podía emprenderse en mejores condiciones. Había además numerosos árboles en la zona, muchos de ellos desconocidos por los españoles, que aportaban una madera de excepcional calidad. Durante este último tramo del viaje, Orellana

había ido familiarizándose con expresiones y frases de los idiomas amazónicos, como el arawak y el tupí, comenzando a elaborar una suerte de diccionario con las oraciones más sencillas y útiles y anotando en su cuaderno los nombres de muchos peces del río y de los animales del bosque de carne comestible. Aprendió que existían criaturas en el agua, parecidas a las anguilas, que descargaban electricidad como para matar a un hombre, y que los murciélagos no debían comerse, pues muchos de ellos podían transmitir enfermedades malignas. Cada vez sabía más sobre el universo en el que la expedición había quedado enclaustrada.

Transcurriendo el mes de octubre de 1541, el campamento se convirtió en una suerte de astillero. La organización de las cuadrillas de trabajo fue dispuesta por el propio Orellana, que se ocupó también de colectar los materiales que precisaba la construcción del barco. Para obtener el hierro de clavos, herrajes y remaches, se utilizaron, fundiéndolos, herraduras de caballo. Los carpinteros derribaron cientos de árboles, alistando los dos palos de la nave y tallando con escrupuloso cuidado los maderos para los tablones de cubierta y las cuadernas del costillar del buque. A falta de betún y de pez, se cerraron las junturas de las maderas con resina, empleando como estopa ropas viejas de los soldados. Las sogas y cabos se fabricaron con lianas. La dirección de la armadura del barco quedó a cargo de un hidalgo cacereño, Juan de Alcántara, hombre de cierta experiencia en navegación, a quien prestaba su ayuda un marinero gallego, Sebastián Rodríguez.

Durante su estancia en el lugar, que bautizaron como El Barco, cazaron y pescaron, e intercambiaron, con tribus pacíficas, abalorios por yuca y maíz. Orellana convenció a Pizarro de no usar la fuerza para proceder a incautar cuanto de valor tuvieran los indígenas, a comenzar por los alimentos. El capitán había tenido noticias, por parte de los nativos con los que aprendía las lenguas amazónicas, de que numerosísimos indios permanecían ocultos en los alrededores del campamento español.

—No podremos resistir un ataque suyo —informó Francisco a Gonzalo—. Probablemente son miles y nosotros, apenas doscientos.

—Vuestra prudencia nunca está de más, amigo mío —acordó el comandante de la tropa española.

Sin embargo, ocasionalmente, alguna partida entraba en el campamento para robar cuanto encontraban, sobre todo los cuchillos, armas que apreciaban en grado sumo.

En una de esas incursiones, un grupo de ellos accedió a la tienda de los capellanes. Revolvían todo, copones y cálices, estolas y otros objetos de uso litúrgico, al tiempo que se comían las obleas sin consagrar y se bebían el vino destinado de las misas, cuando fueron sorprendidos por un fraile. Huyeron asustados al momento, pero uno de ellos se revolvió y apuñaló al clérigo. Luego, escapó. El herido era Simón.

Cuando Orellana llegó al lugar, su viejo amigo se encontraba a punto de entrar en la agonía. Aun así, le reconoció de inmediato y le hizo un gesto para que se acercara.

—Llega el final, Paquillo —dijo poniendo una mano sobre su hombro.

—No tiene por qué ser así. El médico te atiende.

—Los médicos no valen para nada cuando te apuñalan las tripas. No me gusta morir joven.

Dejó escapar un quejido.

—Pero debo darte las gracias.

—¿Por qué?, ¿por enseñarte a leer? Ya te cobré lo justo.

—Por enseñarme otra vida. América ha sido más que un sueño…, una forma de vivir intensamente, de no saber lo que harás de un día para otro.

—Eso no significa que vayas a morir.

—Esta vez, sí. Por cierto, es probable que me debas unos cuantos tortazos, aquellos que te di junto al Guadalquivir cuando te uniste a mi cuadrilla de esportilleros. Aprovecha para devolvérmelos, ahora que no puedo defenderme.

—De acuerdo.

Orellana dirigió la palma de su mano a la mejilla del otro y la acarició levemente. Simón expiró poco después.

Esa noche, Francisco dio un lento paseo, solitario, a la orilla del río.

Rugía el agua, y en el cielo, extrañamente libre de calima, un gajo de la luna navegaba entre pequeñas nubes apresuradas, como si las apartara de su camino.

Pensaba en Simón y en Teresa. Los tres habían salido juntos de España. Y solo quedaba él en América. ¿Qué habría sido de ella?

Enterraron al fraile sevillano bajo la raíz de un cinamomo.

14

Rumbo a Oriente

El 24 de noviembre, la nao, bautizada «San Pedro», estaba lista, con las dos velas hechas de retales de las ropas de los soldados y una eslora que superaba levemente los diez metros. Pizarro, además, había robado a los indígenas una decena de canoas, con las cuales componía una singular flota de unas quince pequeñas embarcaciones que asistían y protegían a la nave mayor. Casi treinta enfermos y heridos viajaban a bordo del San Pedro, cuyo mando había sido encomendado a Juan de Alcántara.

Los cuatro capellanes que acompañaban a la tropa —dos dominicos, un mercedario y un benedictino— dijeron misa. Se botó a renglón seguido el barco y la expedición preparó todo para partir temprano la mañana siguiente. Por las informaciones que habían recabado de los nativos de la zona, pensaban encontrar en menos de una semana abundante comida en las supuestamente numerosas aldeas que flanqueaban las orillas del río.

Casi dos tercios de los hombres marchaban por tierra, con Pizarro y Orellana al frente. Su ruta era muy penosa, sembrada de numerosos arroyos, ciénagas, lagunas en las que abundaban los caimanes y orillas en donde anidaban las temibles anacondas. Hubieron de construir puentes con árboles caídos. Y los hombres y los animales que quedaban con vida debían nadar para atravesar muchos de estos obstáculos. Algunos de ellos se ahogaron.

El hambre se hacía acuciante y los pequeños y escasos animales que encontraban a su paso resultaban muy difíciles de cazar. Desde las canoas se echaban curricanes a la corriente, con poca fortuna por lo

general, pues el río corría demasiado rápido. De nuevo los insectos atacaban a los hombres, en particular los mosquitos, y apenas llevaban diez días de marcha cuando comenzó a manifestarse el paludismo. La disentería apareció también entre la tropa. Varios hombres perecieron a causa de ambos males parasitarios.

En los atardeceres, el San Pedro atracaba en algún lugar apropiado y los embarcados esperaban a los hombres que marchaban a pie para formar un solo campamento, pues Pizarro no quería desperdigar a su tropa. Numerosos soldados penetraban en la espesura en busca de hierbas silvestres con las que calmar su apetito. Y algunos enfermaron por esa causa, ya que no contaban con indios que les aconsejaran sobre qué plantas eran comestibles y cuáles no. Y un par de ellos murieron por picaduras de reptiles ponzoñosos.

Una de aquellas noches escucharon gruñidos extraños. Y más allá de donde llegaban las llamas de la hoguera, Orellana distinguió el brillo de dos ojos rodeados por la inquietante oscuridad de la jungla.

—¡Una fiera! —exclamó mientras se ponía en pie.

A su lado asomó de pronto Guzmán de Igüeña. Iba desnudo, tal y como vino al mundo. En una mano portaba una antorcha y en la otra, su espada, que relucía por la lumbre de la hoguera. Sobrepasó a Orellana y se hundió en la oscuridad.

—¿Qué haces, loco? —gritó el capitán, que a su vez tomó el sable y salió del espacio luminoso en busca del otro.

Era digna de asombro aquella escena a la luz indecisa del hachón de Igüeña, que parpadeaba entre las tinieblas. El soldado azuzaba al puma y lo mantenía a raya con su haz de fuego. El animal, mostrando los enormes colmillos, rugía y hacía amagos de atacarle con sus garras. Pero se retiraba una y otra vez por temor a las llamas. Los dos seres, hombre y felino, componían una imagen primitiva, sus cuerpos brillando, su peculiar esgrima, la danza que solo podía saldarse con la muerte de uno de los dos rivales. Orellana contemplaba hipnotizado el combate, incapaz de moverse.

Al fin, el puma decidió retar al fuego y saltó hacia delante, sobrepasando a la antorcha. Pero Guzmán reaccionó con rapidez: brincó a un lado y hundió su sable en el costado de la fiera. Con el

acero hondamente clavado en su cuerpo, esta rodó durante un rato, de un lado a otro, tratando de liberarse del arma y tan solo consiguiendo hundirla aún más. Y así murió tras un largo rato de agonía.

Orellana golpeó el hombro sudoroso de Igüeña con afecto y admiración.

—Tú solo contra un puma… —acertó a decir, todavía impresionado—, eres un hombre intrépido, amigo.

—En España hacemos esto mismo con los toros bravos, capitán. ¿Cómo nos vamos a asustar de un gato?

Alcanzaron las cercanías de la confluencia del Coca con el Napo en las Navidades de 1541. Eran una tropa harapienta y famélica. Nadie creía ya en el País de la Canela, en El Dorado, ni en el encuentro del río con las aguas del océano Atlántico…, nadie excepto Orellana, que aún guardaba vivo el anhelo por llevar a cabo la gran hazaña geográfica de dar con la salida al mar. Se habían producido algunos conatos de amotinamiento entre los supervivientes, cuyo número era ya de ciento cuarenta.

El día 24, los capellanes dijeron misa, que no fue de acción de gracias, sino de desdichas. No eran los pioneros de una Tierra Prometida, sino los miserables soldados de un ejército derrotado por la escasez de todo. El último lugar en donde vivaquearon fue bautizado, irónicamente, como Campamento Navidad. Y la cena de Nochebuena se celebró con una suerte de gachas de maíz y finas láminas de cuero cortadas de las sillas de montar.

Pizarro decidió regresar a Quito y reconocer su fracaso. Pero, de nuevo, su lugarteniente le presentó un plan alternativo: descender él mismo el cauce del río a bordo del San Pedro, hasta dar con aldeas indígenas en donde abundara la comida, mientras Pizarro y los hombres más debilitados le esperaban en el Campamento Navidad. Por las informaciones que había recabado de los indios, comunicándose en su propia lengua, en doce días podría estar de vuelta con alimentos suficientes para todos. Si pasado ese tiempo no regresaba al encuentro de su comandante, este podría darle por

muerto y retornar a Quito como le fuese posible.

Pizarro aceptó la idea. Orellana escogió a los hombres que se encontraban en mejores condiciones, entre ellos Juan de Alcántara, que había gobernado hasta entonces con pericia la nave, y por supuesto Guzmán de Igüeña, que fue el primero en ofrecerse voluntario. Dos frailes, el mercedario Gonzalo de Vera y el dominico Gaspar de Carvajal, natural, como Orellana, de la ciudad de Trujillo, se unieron a la partida. Carvajal acabaría escribiendo la crónica de aquel épico viaje. Un guipuzcoano de nombre Francisco de Isásaga, nombrado escribano por Orellana, redactaría los documentos legales de la épica jornada.

Unos treinta soldados embarcaron en el San Pedro, entre ellos los tres arcabuceros y los seis ballesteros de la partida, todos bien entrenados para la guerra. Los otros se repartieron entre la decena de canoas que llevaban amarradas, para ayudar en las tareas de atraque y servir con sus remos al bergantín cuando este iniciase el camino de regreso con comida. Partieron a primera hora del 26 de diciembre de 1541. Eran cincuenta y cinco hombres, además de dos esclavos negros que servirían de remeros. Según la lista elaborada por Fernández de Oviedo, historiador contemporáneo de la expedición, la partida la componían once andaluces, ocho extremeños, cinco castellanos, cuatro aragoneses, tres gallegos, dos vascos, dos asturianos, dos portugueses, un valenciano, un madrileño y un montañés, además de otros quince españoles de variada procedencia.

La noche anterior había charlado un rato con Gonzalo Pizarro y, en la soledad de la jungla, había visto una enorme anaconda salir del agua y perderse luego entre la arboleda. No lo tomó como un presagio, pero le intranquilizó y despertó el miedo en su ánimo.

Los ruidos del bosque le adormecieron. Cuando despertó, aún de noche, al abandonar la tienda encontró a Guzmán de Igüeña, que le esperaba con una taza de la que brotaba un vapor blanquecino.

—Vuestro desayuno, señoría.

—¿Qué es?

—Sopa.

—¿De qué?

—De lengüeta de zapato. Sabe a cabra vieja.

El capitán tomó un sorbo y tiró el resto.

—Prefiero el hambre a este mejunje.

Se acercó a la orilla, seguido por Igüeña. Los hombres subían a bordo las últimas mercancías y Juan de Alcántara daba las últimas órdenes para el embarque y la partida. El fraile Carvajal, ya en cubierta, rezaba una muda oración de cara al río.

Orellana señaló al horizonte.

—¿Sabes, Guzmán? —dijo al soldado—. Me enardece navegar hacia no se sabe dónde, atracar en puertos desconocidos, perderme en las selvas en donde los árboles tapan el sol, acompañar al viento alrededor del mundo, pisar tierras ignotas, escuchar lenguas que no entiendo, encontrarme con otros humanos de distinto color de piel, entender la idolatría de los pueblos salvajes… ¿Es eso locura?

—Si es así, yo tampoco estoy cuerdo, mi señor… Pero no creo que haya nada más humano que esa fiebre de la que vuecencia habla.

—Antes viajabas siempre solo, Guzmán.

—Porque nunca encontré a nadie que quisiera lo mismo…, hasta que di con vos.

Pizarro se acercó a ellos. Sin mediar palabra, abrazó a Orellana. Permanecieron así unos segundos y luego el lugarteniente subió a bordo tras el soldado Igüeña. Fueron los últimos en abordar la nave.

Juan de Alcántara dirigió el bergantín al centro del río. Las hogueras del campamento se fueron empequeñeciendo. Una curva del cauce apartó enseguida al San Pedro de la vista de quienes quedaban en tierra. Poco después, la luminosidad del día alumbró de súbito la selva. Y todo se tiñó de verde alrededor del solitario barco.

15

Río Océano

¿Su destino estaba ligado al agua? Le hacía gracia pensarlo, precisamente él, que se había criado en una tierra reseca apartada del mar por cientos de kilómetros, en donde cualquier semejanza entre paisajes tan dispares solo podría buscarse en la atracción de las lejanías. Quizá era esa la razón que le empujaba, una y otra vez, a embarcarse, a adentrarse en la inmensidad de los océanos y en el destino incierto de los ríos: la nostalgia de lo remoto, la sed del infinito. Cada hombre tiene derecho a elegir su propia vida y su propia muerte, y él iba descubriendo las suyas. ¿Qué importaban al lado de todo ello las riquezas?

No hay sensaciones tan acuciantes y sorprendentes como la del hambre. Orellana la padecía, como todos los integrantes de aquella tropa famélica que le acompañaba; pero percibía sin embargo que, más allá de ese padecimiento, prevalecía en su espíritu la ambición exploradora. Por ello, una vez tras otra, animaba a los soldados a seguir adelante, a no desfallecer, a tener fe en la salvación de un día para otro. Encargaba misas a fray Gaspar de Carvajal, y en los atardeceres, cuando ya habían acampado en una de las orillas, trataba de mantener la esperanza con discursos esperanzados. Era el lugarteniente de Gonzalo Pizarro, pero había logrado convertirse en algo más: en el líder indiscutible de una partida de hombres desesperados. Su riesgo era un motín, quizá seguido de un asesinato. No obstante, lo asumía con confianza plena en su destino. Y aquella tropa de gentes desoladas le seguía con fidelidad suprema. Capitán por su grado, lo era también por su fe y su empeño.

El Napo ganaba vigor y el primer día de navegación recorrieron un

buen trecho, solo interrumpido cuando debían sortear obstáculos: islotes imprevisibles que, de pronto, surgían a ras del agua, árboles arrancados de la selva por la ferocidad del río… Durmieron aquella primera noche en una estrecha cala que guarecía de la corriente y allí sufrieron la tortura de las picaduras de enjambres de mosquitos.

El siguiente día chocaron con un madero a la deriva que apenas asomaba en la superficie del curso fluvial. El golpe resquebrajó una cuaderna y comenzó a entrar una gran cantidad de agua. Pero las canoas, con enorme esfuerzo de los remeros, consiguieron arrimar a tierra el navío y la avería fue reparada con tablones. Así pudo salvarse el bergantín y los hombres que viajaban a bordo.

Esa noche, Orellana vio al fraile Carvajal escribir a la luz de una vela.

—¿Qué hacéis, padre?

—La crónica de este viaje.

—¿Creéis que este río nos llevará al mar?

—Eso tan solo lo sabe Dios.

—Estoy deseando escuchar al Altísimo.

—Dios habla al corazón. Y el corazón os dirá cuál ha de ser nuestra suerte, capitán.

Las tres jornadas que cubrieron a partir del tercer día casi no dieron tiempo al descanso de los hombres. El tiempo corría en su contra. Y el Napo crecía en anchura y vigor merced a los numerosos arroyos y pequeños afluentes que engordaban su cauce. Orellana, en aquel vesánico viaje, iba tomando conciencia poco a poco de que el regreso junto a Pizarro era una utopía. Si no morían en el empeño, la fuerza del río haría imposible la tarea de navegar a remo contra la corriente. Y más aún a vela.

La mayoría de los hombres pensaban lo mismo. Un día se lo hicieron saber a su capitán. Y Orellana, con prudencia, les pidió algo de tiempo antes de tomar una resolución. El riesgo de un motín crecía, pero él era un hombre que sabía negociar y ceder llegado el caso, al contrario que su comandante Gonzalo Pizarro, que imponía su voluntad, si lo encontraba preciso, a golpe de latigazo e, incluso, llevado por su incendiario carácter, con la pena de la horca.

Orellana era, al mismo tiempo, consciente de lo que arriesgaba si no emprendía el regreso: que se le considerase traidor en España por abandonar a Pizarro en una expedición aprobada por el emperador. La pena para ese delito no era otra que la decapitación. Esperó unos días antes de comunicar a los otros su decisión.

El hambre se apoderaba más y más de la partida. Los hombres consumían el cuero de las suelas de los zapatos y de los cinturones. Y, de cuando en cuando, se internaban en el bosque en procura de hierbas. Ello producía males y dolores estomacales, que Orellana trataba de remediar haciendo beber aceite a los afectados para provocar el vómito de las plantas tóxicas.

Llegado el séptimo día de navegación, ya era evidente que no podrían volver navegando río arriba, que si escogían el regreso por tierra era imposible cumplir el plazo acordado con Pizarro para su reencuentro y que, en todo caso, la falta de alimentos cerraba cualquier vía de salvación para los que esperaban en el Campamento Navidad y los que habían partido.

Esa noche celebraron misa. Carvajal rezó por una salvación que ya les parecía a todos una utopía. Muchos hombres lloraban como niños y solo algunos mantenían a duras penas una actitud de dignidad ante la muerte, entre ellos Orellana y Guzmán de Igüeña.

Los dos se retiraron a dormir sabiendo que no podrían conciliar el sueño.

—Siempre pensé que morir no era importante si lo hacíamos con valor, quizá en la batalla —dijo el soldado—. Mas perecer de hambre me parece poco glorioso, señoría.

—Yo guardo aún una esperanza de sobrevivir.

—¿Confiáis en Dios, vuecencia?

—Tal vez Él me esté hablando al corazón. Pero en todo caso, mi verdadera fe se esconde en los hados que me guían, Guzmán.

—¡Cuidadlos vuecencia! Pues vuestro destino es el mío.

Al atardecer del día 2 de enero de 1542, el octavo de su partida, Orellana fue el primero en oír los tambores. Pronto pudieron

escucharlos los demás. Y un dislocado clamor se alzó en el campamento. «¡Víveres!», gritaba una voz. «¡Salvados!», decían otras. Los dos frailes rezaron juntos y, al poco, Carvajal se retiró para seguir tomando sus notas. «… Oímos en los pueblos muchos atambores —escribió— que apellidaban la tierra, porque se oyen de muy lejos y son tan bien concertados que tienen su contra y tenor y tiple…».

Todos querían partir de inmediato en busca de los ansiados alimentos. Pero Orellana calmó a su tropa dirigiéndose a todos en asamblea.

—Ahora es más necesaria que nunca la cautela. No sabemos nada de esos indios que hacen sonar sus tambores. Quizá ya nos han descubierto y alertan a otros de nuestra presencia. Tal vez sean hostiles. Y desconocemos cuántos son en número, probablemente muchos más que nosotros. Hay que llegar hasta su ciudad alertados, cuidadosos, y siempre siguiendo las instrucciones que yo os dé. Es importante que me obedezcáis en todo momento. No valen dudas ni diferencias de opiniones. Nos va la vida y no debemos cometer errores. Yo estoy al mando, ¿me seguís?

La respuesta fue unánime en su favor.

Sus órdenes fueron precisas. Por la mañana dejaron a los heridos y enfermos en popa y el capitán reunió a los soldados en cubierta. Los flancos de la tropa los protegían los arcabuceros y los ballesteros, y en el centro se concentraba el resto de la fuerza, armada de espadas y protegida por escudos.

El navío, rodeado por las canoas, descendió un par de leguas. Y al poco divisaron una multitud de canoas repletas de indios que aireaban sus lanzas y sus arcos. Pero al distinguir aquella nao tan grande como nunca antes vieron ninguna otra, se retiraron a las orillas sin cesar en su griterío.

Orellana avistó las cabañas del pueblo, ordenó a Juan de Alcántara dirigir el bergantín a la orilla y desembarcó en orden de batalla por si eran atacados, con el mismo despliegue que traían a bordo. Él mismo se puso al frente de la tropa.

Nadie había en la aldea, todos sus habitantes habían huido. Y el capitán despachó patrullas para vigilar el perímetro del lugar mientras

otros hombres se encargaban de buscar comida en las chozas y acumularla en la explanada central de la población. Pese al hambre y la desesperación, todos los soldados acataban sus órdenes: habían hecho suya la voluntad del capitán, obedecer a un mando único.

Encontraron alimentos en abundancia: maíz, mandioca, frutas, aves, peces… y hasta monos de pequeño tamaño. Orellana estableció turnos de vigilancia para que todos los hombres fueran comiendo hasta saciarse. Él esperó al último de ellos. Los tambores resonaban más y más en la espesa selva que los rodeaba.

Por la tarde, los indígenas comenzaron a asomar. Lo hacían con precaución, mostrando sus armas, asombrados ante la presencia de un barco y de unos seres de piel blanca, de barbas abundantes y petos que brillaban por reflejo del sol. Orellana se adelantó entonces, dejó la espada a sus pies y comenzó a gritar palabras y frases que había aprendido de los indios cautivos de su partida. Insistió en decir que venía en son de paz, que no quería la guerra. Y dejó ante él camisas y calzones españoles, algunos cuchillos y botas y correajes de cuero.

Un nativo se acercó. Vestía algunas ropas, lo que le distinguía de los otros, casi todos ellos cubiertos tan solo con un taparrabos. Orellana pensó que era un jefe y le repitió sus deseos de paz y amistad, al tiempo que hacía traer para él algunos abalorios. El cacique le abrazó y animó en su idioma a decir qué era lo que deseaba. Orellana entendió la propuesta del otro. Y pidió tan solo comida.

Ese día, la comida superó con creces las necesidades de la tropa. Los españoles, traduciendo el sonido de la palabra indígena, bautizaron la aldea como Imara. Varios de ellos murieron en los tres siguientes días sin poder recuperarse de su frágil estado de salud. Y Orellana firmó con el jefe de la aldea, sin tener este idea alguna de lo que significaban, los papeles que redactó el escribano Francisco de Isásaga, los llamados «Requerimientos», que reconocían la región como dominio de la Corona española, bajo la autoridad del emperador Carlos V y en la creencia en la fe católica.

Orellana descartó entonces, definitivamente, volver con las provisiones al campamento en donde se suponía que le esperaba todavía Gonzalo Pizarro. Sus hombres, además, le disuadieron de

hacerlo, amenazándole con una rebelión. Orellana sabía pactar y era consciente de que el regreso constituía una locura. Así que propuso un acuerdo: seguirían río abajo, como ellos pedían, pero los expedicionarios firmarían a cambio un documento ante el escribano Isásaga en donde habrían de reconocer que Orellana insistía en regresar adonde se encontraba su comandante y que ellos le habían obligado a seguir hacia el mar. Cuarenta y nueve hombres firmaron el acta el 4 de enero de 1542.

Carvajal fue el primero en percibir un cierto descontento que comenzaba a latir en la población indígena. Orellana había dado la orden de comenzar a preparar lo necesario para la construcción del nuevo navío, logrando fabricar cerca de dos mil clavos y unos cuantos fuelles con que avivar el fuego del carbón vegetal necesario para las forjas. Y pensaba ensamblar y botar el bergantín en la tranquila Imara. Pero el fraile se acercó hasta él una de aquellas tardes de los últimos días de enero. Admiraba su determinación, su entereza y su capacidad para abrir vías de comunicación con los indígenas, en lugar de tratar de imponerse por la fuerza. Y el capitán le devolvía el afecto tratándole como a uno de sus hombres de confianza.

—Temo, señoría, que no debemos permanecer mucho más tiempo aquí —dijo el clérigo.

—¿Por qué lo creéis, padre?

—Parece que a los naturales se les hace mal nuestra presencia. ¿No habéis notado que cada vez traen para nosotros menos alimentos?

—He reparado en ello, desde luego; pero puede ser porque haya más escasez de caza y pesca en estos días.

—¿Y no veis en su semblante señales de enojo?

—Me fijaré de ahora en adelante.

Dos días después llamó Orellana al fraile.

—Creo que tenéis razón, padre; los indios están irritados. Ya he dado la orden para preparar la partida. Construiremos el bergantín río abajo.

El día 2 de febrero el barco zarpó del muelle de la aldea, rodeado

por las canoas, y se internó en las aguas del Napo, cargado con las herramientas y materiales fabricados en Imara durante las semanas anteriores.

El río se ensanchaba más y más. Dos días después de la partida, el curso de otra enorme corriente entró en el caudal del Napo. Los expedicionarios quedaron asombrados de la violencia de los dos gigantes fluviales. «Venía el río muy recio y con grande avenida —escribió Carvajal en su crónica—; y aquí estuvimos en punto de nos perder, porque al entrar, que entraba este río en el que nosotros navegábamos, peleaba la una agua con la otra y traía mucha madera de un cabo a otro, que era trabajo navegar por él, porque hacía muchos remolinos, y nos traía a un cabo y a otro, pero con harto trabajo salimos deste peligro».

En las jornadas siguientes comenzaron a encontrar grupos pequeños de indígenas y canoas que huían en la proximidad del bergantín. Los expedicionarios consiguieron en una ocasión tortugas y loros, pero la comida escaseaba de nuevo.

Y el día 11 empezó a oírse desde muy temprano un bronco y creciente rugido viniendo desde el sur.

Dos horas más tarde lo vieron: era un nuevo río, enorme, pleno de vigor. Nunca había visto ninguno de los hombres un caudal tan grande. Y lo contemplaron temerosos como quien de pronto se encuentra de bruces con un gigante. Era el que llamaban Marañón, uno de los antiguos nombres del gigante Amazonas.

—¿No corréis a contar algo sobre todo esto, padre? —le comentó Orellana a Carvajal, quien, acodado a su lado, admiraba la vehemencia del coloso.

—No sabría cómo describirlo.

—Se parece a un mar.

—¿Un Río Océano?...

—Eso puede explicarlo todo. Estas aguas nos llevarán hasta el fin.

—¿A qué fin, capitán?

—Eso es cosa vuestra, padre; sois vos quien habla con Dios.

16

El Victoria

Inopinadamente, quizá ante la presencia de aquel monstruoso cauce, sintió el desánimo crecer. Se apartó y buscó un lugar solitario en la popa del San Pedro. Contempló desde allí a los soldados. Y, de pronto, el peso del destino cayó sobre sus hombros. Se había constituido en su imperioso capitán, sus decisiones eran irrevocables… ¿y adónde los llevaba? Quizá a la muerte. ¿Tan crecida estaba su vanidad? La mayoría eran jóvenes que habían emprendido aquel viaje con la idea de regresar enriquecidos a su patria. Y ahora se habían transformado en vagabundos de una tierra maldita, tan bella como funesta.

Su ánimo se tambaleaba. Sentía deseos repentinos de llorar. Una mano amiga se posó en su hombro. Era Guzmán de Igüeña.

—¿Qué os sucede, señoría?

Tomó fuerzas de donde no las había.

—Nada notable —respondió.

—Un hombre como vos no tiene derecho a rendirse.

—¿Por qué lo piensas así, Guzmán?

—Porque vuecencia ha elegido.

—¿Y eso qué significa?

—Que debéis tomar el corazón con una mano, estrujarlo hasta el grito y deciros: «¡Aguanta!». Nadie escogió por vos y ahora pagáis el precio de vuestra espléndida soberbia. Solo os cumple seguir adelante. Si dais un solo paso atrás, ya no contéis jamás conmigo…, zagalillo.

Las orillas se poblaban de vida. Numerosos animales se asomaban al

agua para contemplar aquel ser extraño que parecía volar rozando la corriente, con la gracia y la pericia de un ánade que aletea sobre el agua sin levantar una sola gota. Los tapires, en grupos, esperaban a tenerlo cerca para huir selva adentro. Y también se distinguían, sigilosas, las sombras moteadas de algún jaguar, el lomo aleonado de un puma o el brinco fugaz de un ocelote.

El hambre regresó y, con ella, la urgencia por encontrar un poblado hospitalario. En ocasiones lograban algo de pesca, y una de esas veces engancharon en la red que dejaban colgar de popa un gran manatí, el mamífero acuático cuya hembra posee dos tetas parecidas a las de la mujer y que los españoles bautizaron como «sirena de río», de carne sabrosa y muy nutritiva. Aquel ejemplar pesaba casi cuatrocientos kilos, suficiente para que los hombres tocaran a una buena porción de carne.

Quince días después de entrar en el curso del gran río, que los expedicionarios habían bautizado con el nombre de su capitán Orellana, se aproximó al bergantín una canoa de indígenas. Venían cargados de perdices, tortugas y muchas clases de peces. El capitán se asomó a la borda del San Pedro a parlamentar con ellos y, aunque con dificultad, lograron entenderse. Dijeron ser vasallos de un poderoso rey local y el español les expresó sus intenciones amistosas. Los nativos le animaron entonces a seguirlos hasta su poblado y él aceptó. No obstante, dispuso a sus hombres en formación de guerra por si se trataba de una trampa.

No había tal, sino una generosa hospitalidad. El rey los recibió en el gran poblado y Orellana le explicó sus «Requerimientos», que incluían el vasallaje a la Corona y la aceptación de la fe católica. El cacique dio su consentimiento, sin entender muy bien qué significaba aquello, e hizo traer para los extranjeros una gran cantidad de comida, con papagayos, peces, monos, manatíes, capibaras y tortas de maíz. Les ofreció además cabañas en donde poder alojarse. En apenas unas horas, los expedicionarios, de vagabundos hambrientos, pasaron a tener plato y techo asegurados. Y aquella noche, con una discreta guardia como precaución, durmieron como no lo habían hecho en semanas.

Durante los siguientes días, el monarca indígena le fue hablando de sus posesiones a Orellana. Y también le describió el carácter de otros pueblos cercanos, sobre todo los machiparo, que hacían sacrificios humanos y adornaban sus cabañas, a modo de trofeos, con las cabezas cortadas de sus enemigos. También les dio noticia de la existencia de una tribu de mujeres guerreras, río abajo, amigas de pelear y más fuertes y bravas que la mayoría de los hombres.

Carvajal se asombraba de la capacidad negociadora y la prudencia de Orellana. Escribió en esos días: «El capitán, como los entendiese [a los indios], que, como dicho tengo, el entender él la lengua fue parte, después de Dios, para no nos quedar en el río, que a no la entender, ni los indios salieran en paz ni nosotros acertáramos en estas poblaciones».

Orellana reparó en que la zona era muy rica en maderas y, seguro de que el rey no albergaba intenciones traicioneras, decidió que era un buen lugar para construir el nuevo barco. Aquel no solo le dio su permiso, sino que le garantizó comida suficiente para todo el tiempo que permanecieran en su reino.

Sus instrucciones a la tropa fueron muy estrictas: no debían importunar a las mujeres, habrían de ser gentiles y amistosos con los hombres y no tomarían nada que no les fuera ofrecido. Varios de los notables de la villa se engalanaban con adornos de oro, pero Orellana prohibió a los españoles mostrar curiosidad sobre su procedencia e, incluso, aceptar objetos del preciado metal como presentes.

Carvajal, que a menudo conversaba con él, le dijo un día:

—Esos adornos hacen pensar que, no muy lejos, puede encontrarse El Dorado.

—¿Y qué, padre? —respondió con indiferencia el capitán.

—Partisteis de Quito con la intención de encontrarlo.

—Pero ahora debemos escoger entre la riqueza y la vida. Y ya no me importa el oro.

—¿Y cuál es entonces vuestro interés?

—Salvar la vida de mis hombres y navegar todo este río hasta la mar.

Orellana no solamente contaba con el extremeño Juan de Alcántara y el gallego Sebastián Rodríguez para armar el nuevo barco. Poseía también la experiencia en la construcción del San Pedro y el concurso de un tercer hombre como capataz: Diego Mexía, un entallador sevillano, experto en cortar madera y piedra, que había trabajado en la cercanía de los calafates de los astilleros del Guadalquivir. Aun así, Orellana se arrogó la dirección de los trabajos. Organizó cuadrillas diferentes con los hombres: unos para terminar de fabricar clavos en las forjas de barro, otros para cortar árboles y otros pocos para darles las formas y medidas precisas a las cuadernas, la roda, la quilla y los tablones de cubierta. El rey le aconsejaba sobre la calidad de las maderas de la selva para hacer embarcaciones. Y en una semana, los españoles tuvieron listos los materiales necesarios para construir la nave. Al tiempo que comenzaban a ensamblar todas las piezas, procedieron también a la reparación del San Pedro, sustituyendo las maderas podridas por otras nuevas y ajustando las piezas de metal.

En treinta y cinco días fue concluida la nueva nao. Medía algo más de trece metros de eslora y su cubierta era suficientemente amplia para permitir las apropiadas posiciones de tiro de los arcabuceros y los ballesteros. Orellana escogió el nombre con que bautizarla: «Victoria». Era casi una bravata, pues aludía al resultado final de la aventura del río.

Durante su construcción y en los días que siguieron, el capitán aprovechó para seguir aprendiendo la lengua de los indígenas, así como algunas de sus costumbres y creencias y las estrategias de los indios para combatir la dureza de la vida en la jungla.

Orellana, sin embargo, quería algo más. Era el jefe de la expedición, pero solo por su calidad de lugarteniente de Pizarro. Precisaba, pues, de una autoridad legal, no solo la que le otorgaba la realidad. Ahora que estaba en juego la vida de todos, no quería ser un capitán sostenido por su rango o su renombre; deseaba el mandato concedido libremente por los suyos, el sometimiento voluntario de todos para cumplir su misión.

Antes de la oración, el día 1 de marzo de 1542, cuando ya había dado comienzo la construcción del navío, se dirigió a sus hombres.

—Mi potestad será absoluta si logro vuestro favor. ¿Estáis de acuerdo?

Los otros afirmaron alzando el brazo. Y así se repitió la ceremonia por dos veces más.

Votaron los hombres y ganó Orellana la partida.

El escribano Francisco de Isásaga redactó el compromiso. Uno de los párrafos decía así: «Y nosotros, viendo y sabiendo los males recabados y grandes desórdenes que pueden haber y suceder estando sin capitán en estas montañas, de nuevo acordamos y pedimos y requerimos de vos —una, dos y tres veces y todas las demás que en tales casos pedir se suelen—, al magnífico señor Francisco de Orellana, que nos tengáis y amparéis como dicho tenemos en toda paz y quietud (…). Os nombramos agora de nuevo por nuestro capitán en nombre de Su Majestad, y así lo queremos jurar y juramos y por tal capitán os queremos haber y obedecer. (…) Y así lo pedimos a vos y al dicho escribano que presente está nos lo deis por fe y testimonio de manera que haga fe de lo que aquí pedimos y demandamos».

Uno por uno, los soldados firmaron el documento. Orellana nombró de inmediato lugarteniente a Alonso de Robles, con el grado de alférez, y sargento a Guzmán de Igüeña.

Tan solo un vizcaíno de Lekeitio se negó a acatar el acta. Orellana le llamó aparte.

—¿Por qué no aceptas mi jefatura?

—No quiero señores ni jefes. Oí a alguien decir eso de «jamás serviré a señor que se me pueda morir» y lo hice mío.

—Pues ve con Dios —concluyó el capitán.

Y ordenó encerrarle en una de las cabañas y racionarle la comida.

Esa noche, Igüeña le dijo con gesto de contrariedad:

—¿Por qué habéis hecho eso, señoría? No es digno de vos.

—Si aceptamos la discordia entre nosotros, estaremos perdidos. Y ese hombre iba a crear poco a poco un foco de rebeldía. No me gusta castigar a un alma libre, pero la suya es una decisión que puede costar muchas vidas.

—Quizá Gonzalo Pizarro habría hecho lo mismo.

—Él le hubiera cortado la lengua y las orejas en vivo, antes de arrojarle al río… Y no me gusta que nadie me hable así, sargento.

—Vos disponéis… ¿Cuánto tiempo seguiremos aquí, señoría?

—No lo sé. Con los dos barcos, tal vez podamos llegar a la mar.

—¿Vivos, capitán?

—¿Acaso lo dudas?

Orellana ya era consciente de que navegaban el gran río de muchos nombres que algunos indígenas llamaban «Maranon» y del que él había oído hablar a algunos españoles y portugueses nominándolo como «Marañón». Todo gran descubrimiento venía siempre precedido de rumores, datos extraños transmitidos de oído en oído, crónicas imprecisas de viajeros o mapas más o menos imaginarios y, a causa de la dirección que tomaban sus aguas, rumbo este, se hallaba casi convencido de que los llevaría al mar.

Además, conocía los relatos sobre la expedición al Brasil de Vicente Yáñez Pinzón, uno de los compañeros de Colón, quien había llegado a la boca de un gran río en la carabela La Niña, en el año 1500. Pinzón descubrió, a unas cien millas mar adentro, una corriente de agua dulce. Decidió seguirla y arribó a un enorme estuario que calculó tendría ciento cincuenta millas de anchura. Continuó aguas arriba unas cincuenta millas más, pero la fuerza del caudal, que en una crecida formó olas tan enormes que estuvieron a punto de hacer naufragar a su nao, le obligó a dar la vuelta y regresar al océano. Bautizó al río con el nombre de Grande y, más adelante, con el de Santa María de la Mar Dulce.

Orellana tenía la certeza casi total de que aquel era el mismo río, y de que él sería el primer hombre en navegarlo. ¿Acaso no lo merecía su tenacidad?

El fraile Carvajal valoraba más que nadie las cualidades de liderazgo del capitán, su determinación y su prudencia. Y había sido su principal valedor en su elección como jefe de la expedición. Pero observaba con atención las actitudes que Orellana adoptaba en su

nuevo papel de comandante supremo.

—Tened en cuenta una cosa, señoría —le dijo cuando ya los trabajos de la nave habían sido concluidos—: vuestro es el mayor mérito de todo cuanto va sucediendo en favor nuestro; de vuestra pericia, buen juicio y conocimiento de las lenguas dependen los alimentos y nuestras vidas. Pero no olvidéis que, primero y por encima de todo, está la voluntad de Dios. Si Él no nos hubiera protegido, no hubiésemos llegado hasta aquí.

Orellana le miró burlón.

—Para ocuparse de Dios estáis vos, padre. Tenedle contento, que yo me haré cargo de todo lo demás.

Era tiempo de partir. Llenaron las naves con tantos alimentos como los bergantines podían cargar, sobre todo de maíz, yuca, frutas y pescados secos, pues la carne se pudría demasiado deprisa a causa de la humedad y del calor del trópico. Y el 24 de abril de 1542 partieron de nuevo río abajo. Entrarían pronto en territorio de indios hostiles, según les habían advertido los caciques amigos, y Orellana tomó la precaución de hacer navegar los dos barcos por el centro de la corriente, en donde era más difícil ser atacados.

Los días transcurrieron sin ver rastro de vida humana, tan solo algunas aldeas incendiadas y abandonadas por sus habitantes, quizá como consecuencia de conflictos entre tribus locales. Los alimentos comenzaban a escasear y, ocasionalmente, los bergantines se arrimaban a la orilla y algunos hombres descendían en partidas de caza.

También pescaban cuanto podían. Y ello dio lugar a un suceso curioso que recogió en su crónica fray Gaspar de Carvajal. Y fue este que, el día 6 de mayo, el sevillano Diego Mexía vio un ave de gran tamaño posada en un árbol cercano a la ribera y, sin dilación, tomó una de las ballestas y disparó contra el pájaro. Y lo hizo con tan mala suerte o falta de pericia, que la llamada «nuez», una pieza de hueso que sirve para afirmar o tensar la cuerda de la ballesta, saltó de la caja y cayó en el río. Era una pérdida importante, pues era imposible de

reparar el arma y tan solo contaban con seis de ellas. Pero unos minutos después, un soldado, en el mismo lugar, echó la caña al agua y picó el anzuelo un gran pez. Al subirlo a bordo y abrirle las tripas para limpiarlo, la nuez apareció en el buche y la ballesta pudo ser reparada.

—¡Dios lo ha querido así! —exclamó santiguándose el dominico—. Su bondad no tiene fin.

—¿Cómo es eso? —inquirió Orellana.

—Fue Él quien puso el pez en el lugar conveniente para rescatar la nuez.

—¿Y quién puso el hambre en la boca del pescado, padre, y la caña en la mano del hombre?

—¡También el Señor!, ¿quién si no? No tentéis Su paciencia, capitán, que esa no es infinita.

El día 12 de mayo entraron en territorio de los temidos machiparo. Y por vez primera desde que iniciaron el descenso del río, a Orellana y sus hombres les esperaban cruentas batallas.

17

Tambores de guerra

La serenidad del cauce, el rumor cadencioso de la brisa, la aparente paz que reinaba en la selva…, el idílico entorno se vio de pronto, una mañana poco después de la alborada, descompuesto por la llegada inopinada de un verdadero ejército indígena, con cientos de guerreros a bordo de un gran número de canoas: «Todas puestas a punto de guerra —escribiría Carvajal más tarde—, lucidas, y con sus paveces, que son de conchas de lagartos y de cueros de manatís y de dantas, tan altos como un hombre, porque todos los cubren. Traían muy gran grita, tocando muchos atambores y trompetas de palo, amenazándonos que nos habían de comer».

Orellana reaccionó con rapidez. Ordenó a las naves unirse la una a la otra, con las canoas amarradas a las bordas, para que todos pudieran ayudarse en la defensa. Los atacantes hicieron un movimiento de pinza, tratando de rodear los bergantines. El capitán mandó formación de tiro a los arcabuceros y ballesteros. No obstante, para su desolación, los españoles comprobaron que la pólvora no podía usarse a causa de la humedad que había acumulado. Quedaban tan solo las ballestas.

Orellana corría de un lado a otro de la nave capitana, dando órdenes precisas y en la primera línea de combate. Numerosos indios cayeron alcanzados por los dardos de los ballesteros.

Y mientras los dos navíos se acercaban a tierra, como indicaba el jefe de la expedición, los españoles iban luchando en dos frentes: de un lado, contra los indios que trataban de abordar los barcos desde las canoas; del otro, doblegando la resistencia que ofrecían desde tierra

los guerreros que defendían el poblado.

El primer grupo de soldados saltó a tierra, protegidos por los altos escudos de cuero de manatíes y de caparazones de tortugas arrebatados a sus enemigos en las luchas anteriores. Y era tal su determinación y las bajas que causaban que lograron hacer huir a los indígenas que defendían las cabañas del poblado.

Orellana saltó en la segunda oleada, con Igüeña a su lado, y dispuso una pequeña tropa para que los persiguiera y mantuviese apartados. Era consciente de que no contaba con mucho tiempo. Los indios de tierra huyeron hacia el interior de la selva, pero los de las canoas, bien organizados en cuña, se acercaban alzando un gran griterío. Orellana organizó a sus hombres en una cerrada línea de defensa, con los ballesteros cubriendo los flancos y los arqueros y espadachines en medio de ella. Hizo correr la orden:

—Que nadie dispare hasta que el capitán lo diga.

Le latían las sienes con fuerza, pero la inminencia de la lucha disolvía sus miedos. El capitán dio al fin la voz esperada cuando los adversarios se aproximaban a la primera lengua de la playa, a menos de treinta metros de donde los españoles aguardaban.

—¡A ellos! —gritó.

Los indios de las embarcaciones retrocedieron ante los certeros tiros de las ballestas. Pero, al poco, aquellos que habían huido al interior de la selva volvían grupas enardecidos. En cosa de media hora, la partida de españoles que habían bajado a tierra se vio atacada desde la jungla y el río.

—Son diablos —dijo el capitán a Igüeña, con el sable en una mano.

—Venceremos, señoría.

—El Señor está con nosotros —intervino Carvajal.

—Y también las ballestas —respondió el soldado golpeando su arma.

Orellana tomó entonces una decisión arriesgada. Hizo tocar al corneta el aviso a los de los barcos para que saltaran en su ayuda, a riesgo de dejar las dos naos expuestas e indefensas ante los ataques de los indios. Y el resto de la tropa española desembarcó aullando gritos de guerra y, con tal furor, que el enemigo al fin emprendió la retirada.

Orellana, seguro ahora de su victoria, ordenó el comienzo del pillaje. Había abundante comida en el poblado y empezó a cargar los barcos con víveres de carne y pescados secos, vegetales, frutas y tortugas vivas. Los hombres le pidieron descansar tras la larga y dura batalla. Y el capitán, huido el enemigo, decidió que se quedarían en el lugar cinco o seis días para recuperar las fuerzas perdidas en las agotadoras semanas anteriores. Organizó a sus hombres para reposar en las cabañas del poblado, mientras los frailes, Gaspar de Carvajal y Gonzalo de Vera, convertidos en enfermeros, se ocupaban de sanar a los heridos en combate con el uso de hierbas, cuyas propiedades curativas habían aprendido durante su estancia en Imara, y algún que otro sortilegio que habían visto llevar a cabo a los brujos indígenas.

—Todo puede ser de valor cuando la vida se halla ante el riesgo de la muerte —se excusó el dominico ante el capitán—. Y Dios, a veces, toma caminos que no imaginamos. ¿Quién dice si esas oraciones de los chamanes no esconden intenciones divinas?

No obstante, en previsión de sorpresas envió a su lugarteniente Alonso de Robles a la cabeza de una partida de veinticinco hombres que pudiera determinar cuáles eran las intenciones de los indios.

Robles regresó con malas noticias. Alejados de la población, los machiparo se preparaban para un nuevo ataque y lo aconsejable era marcharse del lugar, bien aprovisionados de carne fresca y ahumada, junto con mandioca, maíz, judías, pimientos, aguacates, piñas y patatas y gran cantidad de miel de abejas silvestres.

Orellana determinó que debían irse cuanto antes y cargar con todos los víveres que pudieran. Aún quedaba en los barcos mucho espacio para alimentos y en la aldea apenas restaba nada, pues los indios se habían llevado una buena cantidad de ellos al retirarse. De modo que, por orden del capitán, uno de sus oficiales, Cristóbal Maldonado, organizó una partida de doce soldados para conseguir más comida.

Bien organizados, los enemigos esperaban, sin embargo, a los españoles. Y Maldonado y los suyos hubieron de enfrentarse a un nutrido contingente de guerreros. Los invasores combatieron con furor mientras se retiraban y organizaban constantes contrataques. Su valor rayaba en la insensatez. De la docena de hombres de la partida, ocho

fueron heridos, el oficial Maldonado entre ellos. Uno de los soldados moriría ocho días más tarde; se llamaba Pedro de Ampudia y era castellano, natural de Ciudad Rodrigo.

Entretanto, confiados por la retirada de los adversarios y seguros de que tenían las espaldas guardadas por el río y el lado de la selva vigilado por Cristóbal Maldonado, Orellana tomó la decisión de que sus hombres durmieran esa noche sin apenas guardia.

Fue quizá el único error que cometió en toda la expedición a lo largo del río. Aprovechando el descuido, los machiparo entraron sigilosamente esa noche en el poblado y habrían acabado con la vida de todos los españoles de no ser porque un soldado, el mestizo Cristóbal de Aguilar, reparó en su presencia y avisó a la tropa, mientras combatía con sus oponentes. Pronto se le unió en la lid el propio capitán Orellana, aunque tan solo con su espada y sin tiempo para vestir el peto de su armadura; y, de inmediato, el resto de los españoles.

La batalla duró dos horas y los indios al fin se retiraron. Pero a Orellana le quedaba ahora claro que no era más que un repliegue y que los machiparo volverían con renovadas fuerzas. En número de combatientes, eran muy superiores y podían permitirse constantes relevos, en tanto que los expedicionarios luchaban sin pausa, sin que les fuera posible dejar su puesto a camaradas de refresco.

Dio, pues, orden de reembarcar, con lentitud, paso a paso, para no dar la impresión al enemigo de que habían sido derrotados. Y a los heridos los cubrió con mantas para ocultar sus daños y que los indios no pensaran que eran vulnerables. Una vez a bordo, organizó la defensa en las bordas.

Se echaron al río, navegando por el centro de la corriente, y lograron huir bien entrada la mañana. Pero la batalla no terminó en ese punto. Durante días, los indios los acosaron desde sus embarcaciones, mientras que, en las playas de los numerosos poblados frente a los que cruzaban, no cesaban de sonar los tambores de combate y los guerreros aullaban y componían gestos intimidantes. Desde las barcas los amenazaban blandiendo sus lanzas y azagayas, y no solo proferían gran griterío, sino también conjuros y maldiciones,

pues eran numerosos los hechiceros que viajaban con los nativos, «todos encalados —según constataba Carvajal— y las bocas llenas de ceniza, que echaban al aire, en las manos unos guisopos, con los cuales andaban echando agua por el río a manera de hechizos».

Era tal el acoso que, incluso contando con buena cantidad de provisiones, no encontraban tiempo para alimentarse y menos para descansar de la fatiga de la lucha. Orellana intentó atracar en una pequeña isla del centro de la corriente, para que los hombres pudieran comer y dormir unas horas; pero hubieron de escapar ante los ataques reiterados de los indios, que según avanzaban río abajo aparecían en mayor número.

Los combatientes indígenas, a cada jornada que transcurría, eran relevados por nuevos guerreros, con lo que Orellana y los suyos siempre se enfrentaban a una tropa fresca y renovada. En una angostura del cauce fluvial aguardaba a los expedicionarios una emboscada, con los indios desperdigados en las rocas de las orillas dispuestos a atacarlos y las canoas listas para acometerlos. En una altura, uno de los jefes se había situado para dirigir el asalto. Pero parte de la pólvora que guardaban los españoles ya se había secado y Orellana dio la orden a un arcabucero montañés llamado Hernando Gutiérrez de Celis de que disparara contra él. El español apuntó su arma y le abatió de un certero tiro en el pecho, matándole en el acto. Los otros nativos acudieron en su socorro, lo que las naves aprovecharon para escapar de la celada y ganar la anchura del río.

—¡Dios sea loado! —gritó entusiasmado el fraile mercedario Gonzalo de Vera.

Guzmán de Igüeña respondió con un grito:

—¡Y también sea alabado el arcabuz de Celis!

Salieron al fin del reino de los machiparo dos días después. Pero los combates no habían hecho sino comenzar.

Desde que abandonaron el Napo, las aguas se habían serenado y el coloso fluvial discurría tranquilo entre orillas sombreadas y encerrado en una selva sonora e inquietante, tan extensa que podría pensarse

que llegaba hasta los confines de la Tierra. Un cronista lo definiría así más tarde: «Por todas partes corre este famoso río manso y ledo, de suerte que todo es navegable, sin corriente que impida a las embarcaciones; y por más que se estrechen las aguas, nunca el río olvida su mansedumbre, antes más bien que por la parte más angosta, que es el de media legua, en donde van las aguas de innumerables ríos encanaladas, es la corriente más mansa, sin que haya ni sumidero de las aguas ni oleaje que asombre: ordinaria condición de ríos grandes, que mientras más fondo tienen, más disimulan el ruido, seguros de su riqueza y caudal, de que hacen vana ostentación los arroyos pequeños, pues desde que se despeñan de las montañas las fuentecillas, bajan dando voces y avisando que tienen caudal de agua. Admira ver la grandeza de este río, que, como rey de los otros, jamás quiere descomponerse y antes guarda su majestad con pasos graves…».

No obstante, en ocasiones, una súbita tormenta azotaba la corriente, como si el propio río quisiera mostrar a los hombres su capacidad para hacer daño. La corriente se erizaba, se tornaba oscura, brincaba en espumarajos de color verde sucio en tanto que el cielo adquiría un tono turbio, tenebroso. Los barcos, entonces, debían buscar refugio en las orillas, amarrándose con los cordajes a los árboles. La lluvia era tan inclemente y los rayos, relámpagos y truenos tan feroces, que ni siquiera los indios osaban salir de sus poblados para acometer a los extranjeros, por miedo al carácter diabólico de aquellos temporales. La naturaleza era entonces enemiga de todo y de todos.

Los bergantines navegaban en zigzag por no dar ocasión a que tribus agresivas los atacaran, preparando con antelación una estrategia de asalto desde una de las orillas. Y así entraron en territorio de los omagua, gente batalladora, o más si cabe, que los machiparo. Y el acoso indígena comenzó enseguida. Y era tal la obstinación del nuevo enemigo, que Orellana y los suyos, aunque contaban todavía con provisiones, no tenían tiempo siquiera para comer, ocupados a toda hora en repeler las agresiones.

El capitán reunió una tarde a sus hombres de confianza a bordo del Victoria. Estaban su lugarteniente Alonso de Robles, que valientemente había combatido en los últimos choques con los

machiparo; el comandante de la nave Juan de Alcántara, imprescindible por sus conocimientos de navegación; Cristóbal Maldonado, veterano de Flandes y de las luchas en Nicaragua, Nueva España y el Perú, y el más bravo en la gran batalla en territorio machiparo; el sargento arcabucero Guzmán de Igüeña, su mano derecha, que no se despegaba del lado de su jefe en cuanto combate se disputaba, y el fraile Gaspar de Carvajal, amigo incondicional de Orellana.

Les expuso el capitán su plan. La primera necesidad consistía en que los hombres descansaran. Y la segunda, en requisar nuevos víveres, pues ya empezaban a ser muy necesarios: sobre todo, no contaban con carne fresca ni pescados. De modo que, en su opinión, debían conquistar una plaza en tierra en donde hacerse fuertes unos días. Otra vez se enfrentaban al mismo dilema: o morir de hambre o perecer en desigual combate.

—Mañana escogeremos el lugar más adecuado —concluyó Orellana —. Cristóbal mandará una pequeña partida de hombres desde los barcos, con los ballesteros y los arcabuceros, para mantener a los indios lejos de los bergantines. Vos, Alonso, dirigiréis conmigo la tropa una vez en tierra. Atacaremos con determinación, no podemos perder esta batalla.

—De nuevo conquistadores, ¿no, señoría? —dijo el primero de ellos.

Orellana negó con un gesto.

—Quitaos esa idea de la cabeza, Maldonado. Solo somos hombres que huyen, extraviados en un territorio salvaje, que deben luchar por sus vidas.

—Algo más que eso, mi señor —atajó Igüeña—, no olvidéis que también somos descubridores.

—Esa es nuestra mayor dignidad —corroboró Orellana.

Luego señaló los cuerpos de los ahorcados indios que aún colgaban de los palos.

—Echadlos al río. Con este sol, pronto van a oler.

Los cadáveres se hundieron mansamente en las tranquilas aguas de la corriente.

Los españoles atracaron al día siguiente en la rada de un gran poblado, que parecía ser el principal de la región. Y tras una dura batalla, expulsaron a los indios al interior de la selva. Permanecieron tres días en el lugar, estableciendo turnos de reposo, acumulando gran cantidad de provisiones y, a menudo, conteniendo los asaltos de partidas de enemigos.

Siguieron viaje sin poder acercarse a las orillas, por mitad de la corriente. El río era muy ancho, de modo que no alcanzaba nunca a verse una orilla desde la contraria. «Y así —contaba Carvajal—, íbamos dos días por la banda diestra, y después atravesábamos e íbamos otros dos días por la mano siniestra; que mientras víamos lo uno no víamos lo otro». En ocasiones, los nativos se acercaban en son de guerra y en canoas contra ellos, pero eran fácilmente rechazados por los tiros de los ballesteros y de las armas de fuego. Otras veces, algunos se aproximaban con frutos y con peces, intentando comunicarse con los españoles. Pero Orellana desconocía las nuevas lenguas y no acertaba a saber si se trataba de trampas ni podía tampoco ejercer con ellos sus dotes de persuasión.

Recorrieron la «muy linda tierra de Omagua», como la calificó Carvajal, sin apenas detenerse por miedo a los ataques indígenas. Sin embargo, a veces encontraron poblaciones amigables que les ofrecían cobijo y alimento. La región parecía muy habitada en aquel tramo y los asentamientos se sucedían en las orillas del gran río, al que los españoles seguían llamando Marañón, pese a haberlo rebautizado con el nombre de su capitán.

Entraron en la región de Pangua, muy rica y muy poblada, y más pacífica que las anteriores que habían recorrido. «En esta tierra —seguía Carvajal—, este señor [el rey] tiene muchas ovejas de las del Perú [llamas] y es muy rico de plata, según todos los indios nos decían, y la tierra es muy alegre y vistosa y muy abundosa de todas comidas y frutas, como son piñas y peras, que en lengua de la Nueva España se llaman aguacates y ciruelas…».

Comenzando junio, los barcos atravesaron una zona de aguas turbulentas en donde el Marañón recibía el caudal de una gran corriente. «Vimos una boca de otro río grande —anotó el dominico—

a la mano siniestra, que entraba en el que nosotros navegábamos, el agua del cual era negra como tinta, y por esto le pusimos el nombre de Río Negro, el cual corría tanto y con tanta ferocidad que en más de veinte leguas hacía raya en la otra agua, sin revolver la una con la otra».

Fueron recibidos por indios pacíficos en algunos pueblos y, en otros, por gentes que les plantaban batalla. Los primeros les ofrecían alimento y les hablaron de una tribu de mujeres guerreras; a los demás, los españoles los disuadían fácilmente de hacer la guerra, usando de sus ballestas y arcabuces.

El prestigio de Orellana entre sus hombres crecía conforme avanzaban río abajo. En una aldea que tomaron al asalto, mientras descansaban durante la noche, los indígenas los atacaron por sorpresa. Y el capitán, que no quería dormir y montaba guardia, despertó a la tropa, espada en mano, empujándolos a presentar batalla. Según el fraile anotó en su crónica, les gritaba: «¡Vergüenza, vergüenza, caballeros, que son nadie! ¡A ellos!». Vencieron, y Orellana ordenó que se embarcara, aun siendo noche cerrada. Y mandó ahorcar a varios prisioneros y colgarlos de los palos, para que, de ese modo, «los indios de adelante nos cobrasen temor y no nos acometiesen». En ocasiones ya no era el capitán prudente que trataba con cortesía a los indios y pretendía ganar su voluntad a fuerza de diplomacia. Ahora, empeñado en una guerra interminable, su espíritu se dejaba llevar a menudo por una cólera nunca vista en él.

La admiración del clérigo Carvajal hacia el soldado crecía a cada paso. «El capitán —proseguía en su relato de la referida batalla— andaba de una parte a otra dando orden a lo que convenía para salvación de nuestras vidas, que en esto siempre se desvelaba; y a no ser tan sabio en las cosas de la guerra, que parecía que Nuestro Señor le administraba en lo que debía hacer, muchas veces nos mataran».

La expedición se había convertido en una suerte de recorrido por los infiernos, propios y ajenos, como si se tratara de la exhibición de una obra trágica en la que no asoma la presencia del bien, sino del mal manifestado en sus expresiones opuestas. Los indios, en la defensa de su patria, parecían representar el papel del salvajismo más extremo,

mientras los blancos, movidos por el hambre y el anhelo de supervivencia, acentuaban su crueldad. Los barcos cruzaron junto a poblados cuyas empalizadas mostraban en las picotas las cabezas cortadas de sus enemigos de otras tribus, que se pudrían por efecto del calor y de la humedad tropicales. Orellana y su tropa asaltaban entretanto las aldeas que encontraban más indefensas, dedicando unas horas al pillaje y arrasando los poblados. Eran saqueadores implacables, ladrones no sometidos a otra ley salvo las dictadas por sus necesidades. ¿Civilizados? A su paso, el Marañón ardía de furor desbocado.

Algunas poblaciones los acogían con cierta hospitalidad, más por miedo que por otra causa, y les hablaban sin cesar de las amazonas, como si aquellas mujeres guerreras estuvieran destinadas a vengar la afrenta que suponía la presencia de los sanguinarios extranjeros en las regiones del río.

Una noche de las escasas en las que los barcos podían descender la corriente sin que los amenazaran los indios, el estado mayor que había constituido Orellana con varios de sus hombres disfrutaba de la brisa fluvial, bajo la luz de una poderosa luna. Bebían chicha, una especie de cerveza indígena resultante de la fermentación del maíz y de baja graduación alcohólica, que habían requisado en grandes cantidades de una población ribereña.

—Si ya no estamos muertos —dijo Igüeña, animada su lengua por una leve ebriedad—, es que no hay quien acabe con nosotros. Podríamos conquistar la Tierra entera.

—A mí, con tres fanegas me basta para crear una granja —respondió Cristóbal Maldonado—. ¿Y a vos, padre? —añadió dirigiéndose al fraile Carvajal.

—Yo soy un hombre de la Iglesia, la tierra que yo quiero pertenece a Dios. No necesito bienes materiales.

—Pero los bienes materiales ayudan a ganar el cielo —ironizó Igüeña—. Y no conozco a ningún clérigo que sea pobre.

—Vivimos de la limosna —añadió el dominico.

—Y en esta expedición, gracias también a la espada —señaló Alonso de Robles.

—¿Qué opina vuecencia? —dijo Igüeña dirigiéndose a Orellana.

—Espero que nuestras ballestas y arcabuces funcionen como deben. Y si Dios está de nuestra parte, mejor. Dicen los indios que, en los días próximos, entraremos en batalla con las amazonas. Y que son bien bravas en el combate.

—¿Creéis que existen, capitán? —preguntó Alonso de Robles.

—Yo solo creo en lo que veo. Y a veces, de lo que veo, me creo solo la mitad.

Se quedó solo. La noche pintaba serena y la selva se abrazaba a las aguas plateadas del río, adormecida bajo la luz poderosa de la luna. No había ruidos de tambores ni griterío de indígenas ni hogueras en las orillas que indicasen la proximidad de poblaciones.

Pero Orellana presentía que aquella súbita paz tenía otro significado. Era tan solo una tregua. La prueba final estaba por llegar, la definitiva batalla esperaba su turno. Durante todos los meses anteriores venía oyendo hablar de aquellas mujeres guerreras implacables, feroces e invencibles, y sabía que, en alguna parte, esperaban ocultas para arrojarse sobre los expedicionarios y destruirlos. Y ellos no podían evitar el enfrentamiento: tenían que seguir la corriente del río, no detenerse, cumplir los designios del destino que habían escogido.

Ni creía ni dejaba de creer en aquella tribu de mujeres de las que se decía que combatían como tigres y poseían el vigor de los caballos. Las llamaban «amazonas», recordando las viejas leyendas clásicas. Pero al capitán le daba lo mismo de quiénes se tratara.

Él intuía que sería con ellas con quienes jugaría la suerte final de la expedición y que constituían el gran obstáculo entre los españoles y el mar. Representaban el último reto, eran la íntima expresión de aquella selva inclemente que trataba de vencerlos y que los expedicionarios intentaban dominar. Ellos simbolizaban el progreso y las amazonas, el mundo de lo salvaje. Si ellas, o quienesquiera que fuesen, obtenían la victoria, pasarían siglos antes de que ningún otro extranjero se atreviera a aventurarse en aquel universo de bosques infinitos,

animales temibles, tribus agresivas y enfermedades mortíferas. Pensaba que su victoria, si la lograban, sería el símbolo del triunfo de la civilización y de la fe sobre la barbarie.

Descendían el río siguiendo la misma táctica que habían aplicado antes: eludir las aldeas en donde advertían la presencia de mucha gente armada y asaltar aquellas más pequeñas y mal defendidas para saquearlas y vaciar sus almacenes de comida. A menudo, en algunas playas, se reunían gran cantidad de indios en pie de guerra que les lanzaban una lluvia de flechas. Era la primera vez en todo el viaje en que advertían la presencia de arqueros y aquello preocupaba sobremanera a los españoles, pues eran verdaderas nubes los proyectiles que caían sobre los barcos. A bordo, los hombres se cubrían con los grandes escudos de piel de tapir y manatí que habían arrebatado a los machiparo, pero ello impedía a los remeros bogar con presteza.

El día 24 de junio, los hombres comunicaron a Orellana que deseaban descender a tierra y celebrar la festividad de San Juan Bautista. El capitán estuvo de acuerdo, pero sus motivos eran diferentes: sabía que había llegado el momento de plantar cara a los indios más agresivos con que habían topado hasta el momento. Y eligió una pequeña playa a cuyo abrigo, entre las primeras arboledas de la selva, se distinguían numerosas cabañas. Río arriba comenzaban a asomar decenas de canoas que se dirigían hacia ellos.

Orellana ordenó a los dos frailes decir una breve oración, ante todos los hombres arrodillados y listos para el combate. Y él mismo dirigió de inmediato una encendida y escueta arenga a los expedicionarios que alistaban sus armas:

—¡Apretad los dientes, españoles, templad el ánimo! ¡Que nadie flaquee! ¡Por España, por Cristo y por la Corona! Cuando lleguen a nosotros, ¡a ellos sin demora! ¡Y que Dios nos bendiga!

Pero no solo bajaban las barcas indígenas a su encuentro, sino que del lado del pueblo comenzaron a asomar nutridos grupos de enemigos armados de arcos, flechas, largas varas, flexibles y afiladas

en las puntas, y recias mazas y bastones.

—Son muchos —dijo Cristóbal Maldonado— y parece que bien organizados para la guerra.

—No importa —respondió Orellana—, es ahora o nunca. ¿Tenéis miedo?

—Nunca lo tuve en la batalla, ni siquiera en Flandes. Y hoy, mucho menos a vuestro lado.

Para mejor defenderse, Orellana recurrió a la táctica ya ensayada de unir los dos navíos con sogas y dispuso sus canoas alrededor de los cascos.

La playa aparecía muy concurrida de enemigos, pero aun así los españoles atracaron. Y entre los centenares de flechas que caían en oleadas desde el cielo, saltaron de los barcos a tierra protegiéndose ahora con ligeras adargas y sus petos y espaldares, que brillaban bajo el sol tibio de la mañana, y acometieron resueltos a los indios. La batalla se libró con el agua llegando hasta las rodillas de los combatientes. Cinco españoles fueron heridos por los dardos, entre ellos fray Gaspar, que recibió un flechazo entre dos costillas. «Si no fuera por los hábitos —escribió después— allí me quedara».

Alonso de Robles guiaba con brío la fuerza principal de los hombres armados con espadas y alabardas; para ellos, luchar en la proximidad de los guerreros enemigos era una ventaja, pues invalidaba el uso de sus armas a los arqueros, mientras ellos contaban con sus escudos y armaduras. A su lado, aún con los vendajes de sus heridas anteriores, Cristóbal Maldonado peleaba con denuedo a golpes de mandoble. Orellana iba de un lado a otro de las filas de los suyos, espada en mano, infundiendo ánimos, proclamando a voz en grito que la victoria estaba a punto de lograrse. A su lado, Guzmán de Igüeña repartía sablazos entre los enemigos que osaban acercarse a su capitán. Juan de Alcántara defendía los barcos con sus remeros, sus canoas bien amarradas a los bergantines, y todo listo para echarse al centro del río si Orellana ordenaba la retirada. Carvajal contemplaba la batalla desde la borda del Victoria con la flecha clavada en el costado.

El combate se libraba cuerpo a cuerpo. Los españoles ganaban terreno usando de sus arcabuces y ballestas. Pero eran tantos los

indios que a duras penas podían avanzar hacia la playa y el poblado. Finalmente, tras una hora de lucha, y abriéndose paso entre los cadáveres de numerosos nativos, la tropa invasora rompió las filas enemigas y ganó tierra firme.

Pero la victoria duró poco. Los indios regresaron con renovada fuerza y mayor número. Y varios de los españoles repararon en que, al frente de ellos, en las primeras líneas, se situaban diez o doce mujeres guerreras, las renombradas amazonas.

Carvajal lo contaba así: «… y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía delante de nosotros le mataban a palos, y esta es la causa por donde los indios se defendían tanto. Estas mujeres son muy altas y blancas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza, y son muy membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios; y en verdad que hubo mujer de estas que metió un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otras que menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín».

Los españoles lograron matar a siete u ocho mujeres y los indios tocaron sus tambores pidiendo más refuerzos. Orellana, temiendo otro ataque masivo de los indios que a malamente hubieran podido contener, ordenó la retirada.

Lograron volver al río con mucho esfuerzo y navegaron un largo tramo sin que las canoas de sus enemigos los persiguieran. Y llegando a un pequeño poblado que parecía vacío de indios, los hombres suplicaron a su capitán que los dejase desembarcar para descansar y comer, pues no habían podido hacerlo durante horas.

A regañadientes, Orellana aceptó, pues temía una celada. Los barcos enfilaron hacia tierra. Y en la cercanía de la playa, el capitán, que no descuidaba la vigilancia, vio moverse los árboles sin que hubiera un solo soplo de brisa. Sin duda eran los indios. De inmediato dio la orden de abortar el atraque.

Cientos de enemigos aparecieron entonces aullando, con los cuerpos pintados, muchos engalanados con vistosas plumas de ave, y de nuevo las flechas cayeron en diluvio sobre las naves y los soldados.

Cubriéndose con los escudos, empeñando los remeros todas sus fuerzas, poco a poco se fueron alejando de la playa, adonde acudía cada vez mayor número de adversarios lanzando dardos en chaparrón. Y uno de los proyectiles fue a hincarse en el ojo de fray Gaspar, saliendo la punta por la mejilla contraria. «De la cual herida —escribió Carvajal— he perdido el ojo y no estoy sin fatiga ni falta de dolor, puesto que Nuestro Señor, sin yo merecerlo, me ha querido otorgar la vida para que me enmiende y le sirva mejor que fasta aquí».

Dejados atrás los territorios de las amazonas, las grandes batallas cesaron. Hubo ocasionales encuentros con partidas de indios, pero los españoles se mantenían en lo posible alejados de aquellos asentamientos en donde distinguían gran número de viviendas. También repararon en que, allí por donde pasaban, se los estaba esperando, pues los indígenas se comunicaban entre ellos de pueblo a pueblo merced a sus tambores.

Orellana presentía que se acercaba el final del viaje. A su alrededor, en las cubiertas de los dos bergantines, su tropa, aunque victoriosa, tenía la apariencia de un ejército derrotado: los petos, guardabrazos y morriones tirados aquí y allá, la sangre tiñendo las bordas, soldados vencidos por el sueño y otros que gemían a causa de sus heridas, las armas de acero llameando al sol, los cascos de las naos convertidos en grandes acericos cosidos a alfilerazos.

En los momentos de sosiego, Orellana acodaba sus brazos, fatigados por tanta pelea, sobre la borda del Victoria, contemplaba el río y llenaba sus pulmones del aire dulce de la selva: deseaba oler el mar.

18

El mar

En una isla deshabitada consiguieron reposar sin que los nativos los acosaran. Quizá era un lugar sagrado, pues había viejas tumbas diseminadas entre la maleza. Dedicaron su tiempo a alimentarse, reponer fuerzas y, sobre todo, a curar a los heridos. Uno de los más graves era Carvajal y Orellana empleó todos los esfuerzos posibles para sanarle. Su herida al fin cicatrizó, pero el ojo estaba perdido, y la costura de la carne la cubrieron con una pieza cuadrangular de cuero. Una tarde, ya bastante recuperado, el clérigo le dijo a Orellana señalando los parches de ambos:

—Todo nos hermana, señoría: los dos somos de Trujillo, viajamos juntos en una de las expediciones más gloriosas y arriesgadas que haya emprendido el hombre y hemos quedado tuertos.

—Pero vemos más allá que muchos otros. Consolaos, padre.

—¿Volveréis alguna vez a Trujillo?

—¿Para qué?

—Es vuestra patria.

—Mi patria ya es América, querido fraile. Y si regreso a España, será tan solo para organizar una gran tropa que me traiga de nuevo a este río, para conquistarlo entero y mejor comprenderlo.

Con un primitivo sistema que él mismo había ideado y aunque de forma muy rudimentaria, Orellana comenzó a entenderse con un indio que habían hecho prisionero en la batalla del día de San Juan. Dibujaba objetos y pronunciaba sus nombres en alta voz, en

castellano, para que el otro le respondiera diciéndolos en su propio idioma. Luego iba apuntando las expresiones en el cuaderno que había comenzado a escribir al principio del viaje.

Y así logró averiguar más detalles sobre aquellas mujeres guerreras, las amazonas, que tanto habían sorprendido a los españoles en el feroz combate de días anteriores. Carvajal creía a ciencia cierta en que eran hembras aquellos temibles seres que, tan arduamente, les habían presentado la furiosa batalla. Pero Orellana no estaba tan seguro: la herida del ojo tal vez le había dañado la vista al fraile. Además, en el fragor del choque armado, los españoles no habían sido capaces de contemplar con detenimiento a aquellos luchadores o luchadoras y, cuando se retiraban a los barcos, no tuvieron tiempo de inspeccionar los cadáveres que quedaron tirados en la playa. Al preguntar a los soldados que habían combatido en la primera línea, ninguno de ellos supo darle noticia exacta de cómo eran esos vigorosos enemigos, salvo que parecían diferentes a los otros nativos.

El indio apresado, sin embargo, relató a Orellana detalladamente cómo eran aquellas mujeres, cuál su reino y en qué se diferenciaban sus costumbres de las de otras tribus sometidas a su autoridad y al pago de impuestos.

Contó que, en efecto, eran mujeres guerreras y que vivían a siete días de viaje desde las orillas del río. Todos los reinos de alrededor les rendían vasallaje, incluido aquel al que el nativo pertenecía. No estaban casadas ni había un solo varón que viviera entre ellas, pero cuando tenían deseo de hombres, organizaban un gran ejército y partían a hacer la guerra a alguna aldea cercana. Después regresaban con prisioneros y los retenían cuanto tiempo deseaban. Y al quedar embarazadas, despedían a los hombres. Si parían un niño, lo mataban o lo enviaban con su padre. Si era niña, se quedaban con ella, muy bien cuidada, y era entrenada para la guerra.

Orellana preguntó al indio cómo sabía tanto sobre aquellas mujeres y él respondió que había viajado en algunas ocasiones a su reino para pagarles los tributos que enviaba su señor. Añadió que eran muy numerosas y que vivían en más de setenta diferentes poblaciones, en casas de piedra y no de paja. Tenían gran estatura y eran de piel

blanca.

La reina de todas ellas se llamaba Coñori y poseía gran cantidad de oro y plata, metales con los que estaban hechos sus cubiertos y sus copas. Adoraban al sol y, en el interior de sus grandes templos, tenían ídolos labrados con oro y plata y con formas de mujer, pintados de vivos colores y adornados con plumas de pájaros de la selva. Las más notables de entre ellas vestían túnicas de fina lana, pues tenían abundancia de ovejas del Perú, el pelo les llegaba hasta el suelo y se cubrían la cabeza con coronas doradas de dos dedos de grosor.

Orellana explicó esa noche a los hombres de su estado mayor todo cuanto le había referido el indio y Carvajal, convencido más que ningún otro de que el prisionero decía la verdad, transcribió las informaciones en su crónica. Los otros dudaban.

—No puede ser que una mujer tenga más fuerza que un hombre —señaló Guzmán de Igüeña.

El alférez Alonso de Robles refutó:

—Nosotros solo conocemos las de España, Europa, las Indias y algunas moras. Puede haberlas de otras tribus que no conozcamos y sean muy diferentes.

Cristóbal Maldonado alegó sonriendo:

—Cuando era niño, ayudaba a mi padre a cuidar sus colmenas. Y aprendí mucho sobre las abejas. Casi todas son hembras y más grandes que los machos. Y a estos solo los usan para aparearse y luego mueren. La abeja reina es como esa gran señora Coñori nombrada por el indio. Y sus súbditas tiene un aguijón venenoso. Quizá estas amazonas sean abejas gigantes —concluyó riendo.

—Vos estuvisteis cerca de ellas en la lucha —terció Carvajal—. ¿Qué os parecieron?

—No puedo afirmar si eran mujeres u hombres. Llevaban los rostros pintados y cubiertos de máscaras en ocasiones.

—¿Y los pechos? —añadió Guzmán.

—No tuve ocasión de palparlos —respondió el otro burlón.

—¿Qué decís, padre? —preguntó Orellana al fraile.

—Yo estaba lejos del combate en esos momentos. Tenían la fuerza de los hombres, pero el cabello de las mujeres. El indio puede decir la

verdad. Su relato coincide con noticias que hemos venido oyendo desde Quito sobre una tribu de mujeres —agregó el clérigo.

—Pero nadie las llamó «amazonas» —señaló Alonso de Robles.

—Ese nombre se lo he dado yo —dijo el clérigo—, a causa de parecidas leyendas recogidas por Homero, Heródoto, Diodoro… En Troya fueron derrotadas y Aquiles mató a su reina, Pentesilea.

—Me place lo de «amazonas» —intervino Orellana—. Y me parece más justo darle al río el nombre dellas en lugar del mío.

—Pero ¡vos sois el descubridor! —objetó Guzmán.

—Esas tales mujeres llegaron aquí muchos siglos antes —zanjó Orellana—. Y han luchado con valor por defender su tierra. Quede, pues, como el río de las Amazonas desde ahora y para siempre. ¿Le parecerá bien a Dios, fray Gaspar?

—Dios siempre apoya lo que es de justicia. Y yo creo que es justo obedecer a nuestro capitán.

Atravesaban regiones feraces que, tras tanta penalidad, asombraban a los expedicionarios: «La más alegre y vistosa tierra que en todo el río vimos y descubrimos», en palabras de Carvajal. Eran grandes y numerosas todas las poblaciones cerca de las que los barcos navegaban, siempre en el centro de la corriente para evitar ser asaltados. En una de ellas vieron las orillas llenas de hombres muy altos y fornidos que los invitaban a la guerra, la cara y el cuerpo teñidos de negro y la cabeza afeitada. El prisionero contó a Orellana que, entre sus costumbres, estaba la de comer carne humana.

Más adelante trataron de desembarcar en una población que parecía tranquila, pero los indígenas los sorprendieron con un inesperado ataque, lanzándoles nubes de flechas. La batalla duró media hora y los españoles pudieron hacerse con buen acopio de víveres. En las lides, un soldado, el burgalés Antonio de Carranza, fue alcanzado por una flecha. El fraile mercedario le curó, sin dar importancia a la herida, que era muy superficial. Pero al cabo de unas horas, Carranza murió entre grandes dolores: el dardo había sido untado en la punta con un líquido ponzoñoso.

Temeroso del veneno, el capitán ordenó reforzar las bordas con parapetos para que los hombres se protegieran de los ataques con flechas. Pero dos días después, en una nueva escaramuza con los indios, otro soldado, el riojano García de Soria, fue alcanzado con un dardo. Apenas era un rasguño. Sin embargo, murió de la misma forma que Carranza en menos de veinticuatro horas.

La amenaza del veneno resultaba letal, no solo para la vida, sino también para los ánimos de los expedicionarios. Orellana pidió información al indígena capturado, quien le señaló que las tierras del lado norte del río se encontraban, por lo general, muy despobladas. Y hacia allí pusieron rumbo. Pero fueron seguidos por numerosas canoas. Gracias a los arcabuces, los españoles lograron contener los ataques, incluso el alférez Alonso de Robles llegó a matar a dos indios de un solo disparo. «Y de temor de este trueno —contó Carvajal— cayeron muchos [indios] al agua, de los cuales no escapó ninguno, porque todos se mataron desde los bergantines».

Ganado el otro lado del río, el acoso del enemigo amainó, con lo que pudieron descansar.

Uno de esos días por primera vez sintieron la cercanía del mar, con una súbita repunta de la marea, viniendo desde el este. El gigantesco río se convirtió en un escenario de lucha entre las aguas marinas y las fluviales. Y los bergantines, que no contaban con anclas y eran zarandeados violentamente por el dislocado oleaje, apenas podían ser gobernados. Fue así como un grueso tronco de árbol traído por la corriente golpeó al San Pedro en el casco y dejó abierta una vía de agua. A toda prisa, asistido por el Victoria, el barco consiguió llegar a una playa en donde había un pequeño poblado.

Aunque no eran muy numerosos, los indios los atacaron al poco tiempo y no dejaron de acosarlos durante los dieciocho días que permanecieron en el lugar reparando la nave, ya que hubieron de forjar nuevos clavos. Cuando al fin pudieron partir, el capitán ordenó buscar un lugar más seguro, a salvo de los indígenas, para preparar los aparejos necesarios con que enfrentarse a la navegación marítima que veían cercana.

El día 6 de agosto encontraron una playa en una isla deshabitada y,

durante otros catorce días, fabricaron jarcias y sogas y nuevo velamen con las mantas con que se cubrían para dormir. Se alimentaban con crustáceos y pescados que los soldados gallegos y gaditanos podían reconocer, entre ellos algunas especies marinas traídas hasta allí por las poderosas mareas que revolvían el agua dulce con la salada.

A partir de allí, el río se tornó más rebelde y áspero. Las mareas llegaban con furor desde el océano y los barcos eran empujados por el oleaje en sentido contrario al de la corriente. El río ya no era aquel enorme brazo musculoso que habían encontrado al poco de salir del Marañón, sino un dédalo de numerosos canales separados por islas, manglares, islotes flotantes en donde se reunían matorrales, árboles arrancados de la tierra y maderos a la deriva, lo que hacía que los bergantines perdieran el rumbo con facilidad. Por temor a la vehemente pleamar, procuraban amarrarlos a las rocas con sogas fabricadas con lianas, ya que carecían de garfios, de áncoras y de rezones. Comían los tubérculos que les indicaba el indio prisionero y peces cuando lograban sacarlos del río. En una de las islas, poblada por una pequeña tribu de indios pacíficos, Orellana puso en libertad al cautivo y le regaló una de las espadas de los españoles muertos en la travesía. El nativo le agradeció el gesto arrodillándose. Pero el capitán le tomó por los hombros, le hizo levantarse y se volvió hacia Guzmán de Igüeña:

—Si supiera que él ha hecho por nosotros mucho más que todas las espadas con las que contamos…

—No se olvide vuecencia de las ballestas y los arcabuces.

—Ni de Dios Nuestro Señor —añadió Carvajal, que se encontraba cerca.

El resto del viaje hasta el Atlántico lo cubrieron con cierta comodidad, pues en los poblados que encontraban los indios eran amigables y hospitalarios y les ofrecían comida para mantenerse. Ya no habría más guerra.

Un mediodía, Orellana oyó un creciente rugido que llegaba desde más allá de la proa. El cielo era claro y la brisa, húmeda y fresca. El

ritmo de los latidos de su corazón se aceleró mientras aquel bramido parecía devorar el espacio como un enorme felino invisible. Era un ruido que ahogaba todos los otros sonidos, los gritos misteriosos de la selva, el rumor del viento, el chapoteo de los remos de los bergantines. Era el grito de un dios o de un diablo.

Así escribió Carvajal: «Salimos de la boca de este río por entre dos islas, que había de la una a la otra cuatro leguas por medio del río, y todo él junto, tendrá de punta a punta sobre cincuenta leguas: mete en la mar el agua dulce más de veinte y cinco leguas; crece y mengua seis o siete brazas. Salimos a veintiséis días del mes de agosto, día de San Luis; e nos hizo tan buen tiempo, que nunca por río ni por la mar tuvimos aguaceros».

Al divisar la línea interminable del horizonte oceánico, los hombres gritaron de contento, un arcabucero disparó su arma al aire, los dos frailes rezaron arrodillados cara al cielo. Y Orellana, con lágrimas en los ojos, se apartó de todos y se quedó solo en el extremo de la proa del navío, los ojos tendidos más allá del bauprés. Desde allí contempló la sábana verdosa de la Mar Dulce. Había vencido.

Y se acordó de pronto del niño que fue en Extremadura.

Los recuerdos se agolpaban en su mente. También llegaban los rostros de los suyos, los parientes que había dejado en Trujillo y las sombras de muchos otros que surgían del pasado: Esmeralda, la niña gitana; Teresa, los frailes del camino a Sevilla, los bandoleros, Simón y los golfillos esportilladores de los muelles del Guadalquivir, los marineros del barco que lo trajo hasta América, las primeras luchas con los indios, su ojo perdido, Alvarado, Guayaquil, la guerra con Almagro, Gonzalo Pizarro, los Andes, la selva, el hambre… Y tan solo tenía treinta y un años.

Todos los hombres cambian después de sus victorias y sus derrotas, y él había conocido ambas. ¿Qué quedaba del alma de aquel niño que creció en las calles de Trujillo y que ahora venía a su memoria? Probablemente nada o muy poco.

Pero ahora recordó que si bien era el hombre que había cumplido la

ambición de encontrar la vía que comunicaba los Andes con el mar del Norte, también se había arruinado en el empeño. Era tan pobre como cuando desembarcó en América, tan solo quince años antes.

Y, no obstante, no le importaba nada. Empezar de nuevo no le asustaba en absoluto. En cuanto su hazaña se conociera, su nombre quedaría escrito en el friso de la fama y el emperador mismo tendría que reconocerlo. Y volvería al río con más naves y más hombres para conquistar y colonizar las tierras que había descubierto. De nuevo sería rico. Y en todo caso, ¿había algo más hermoso que la aventura?

Una gran grita, a sus espaldas, le apartó súbitamente de sus ensoñaciones. Y se vio de pronto tomado por brazos poderosos que lo alzaron y lo llevaron a hombros a recorrer la cubierta de la nao, entre vivas a su persona y al emperador, y alabanzas a Dios.

Cincuenta y siete hombres habían partido del Campamento Navidad ocho meses antes. Cuarenta y tres seguían con vida.

19

Tierra española

Orellana no sabía muy bien en dónde se encontraban. No contaban con brújula ni cartas marítimas ni, por supuesto, mapas de la región costera, pues no existía ninguno. Los barcos no habían sido construidos con solidez, su velamen era tosco y, por lo general, los aparejos, frágiles. Adentrarse en el mar suponía un enorme riesgo, un naufragio seguro si alguna tormenta se arrojaba sobre ellos. Dudaba sobre qué hacer. Ahora su obligación primera era llevar a sus hombres a un puerto seguro.

Se reunió con Juan de Alcántara, el único hombre a bordo que poseía algunas nociones de navegación.

—Ya he descartado adentrarnos en el mar —le dijo—. Tenemos que encontrar un establecimiento cercano en donde desembarcar.

—Es lo juicioso, yo también lo había pensado —respondió Alcántara.

—Navegaremos costeando. Si hay temporal, tendremos la posibilidad de encontrar refugio para las naves. Pero ¿hacia dónde ir?

—Hay varios puertos y ciudades españoles arriba de la raya del ecuador. Yo creo que deberíamos tomar el rumbo norte, siempre a la vista de tierra.

—¿Y cómo sabremos si estamos por debajo o por encima del ecuador?

—Cuentan que por el sentido del giro del agua al caer de un recipiente a otro.

—No entiendo.

—Vamos a probar. Luego se lo explico a su señoría.

Alcántara hizo traer a un soldado dos vasijas de barro y a una le rompió la base, dejando un gran agujero de desagüe. A renglón seguido, ordenó al hombre que llenara un gran odre con agua. Se volvió hacia Orellana.

—Lo que dicen —explicó— es que, estando situados al norte del ecuador, el agua giraría, al ser vertida de un recipiente al otro, en sentido de izquierda a derecha. Y si fuera al contrario, de derecha a izquierda, nos encontraríamos al sur.

—Probemos, pues.

Alcántara colocó la vasija rota sobre la otra y ordenó al soldado que vertiese una buena cantidad de agua del odre en ella. El líquido giró de derecha a izquierda.

—Si el asunto es cierto, estaríamos al sur del ecuador —concluyó el piloto.

—¿Qué creéis vos?

—Tal vez. En todo caso, resulta más lógico ir hacia el norte. Ya sabemos que una buena parte de nuestros establecimientos se encuentran en las orillas del mar Caribe y en las islas antillanas.

Orellana quedó pensativo durante unos instantes antes de decidir:

—El sol se puso ayer a nuestras espaldas. Costearemos hacia babor, rumbo al norte.

Durante tres días siguieron en paralelo a tierra, con buen tiempo y vientos favorables. Pero en la noche del 29, los dos bergantines se separaron. Y al amanecer, el Victoria no vio rastro del San Pedro. Todos pensaron que, al ser una nave más frágil, había naufragado, quizá dañada por un madero de deriva o al chocar con un arrecife.

Los alimentos escaseaban de nuevo. Consiguieron algunas frutas en los bosques de la costa, pero ya no encontraban establecimientos humanos en los que aprovisionarse de víveres, por las buenas o por las malas, en tanto que la pesca no abundaba.

Los hombres comenzaron a desesperarse, aunque Orellana tratara de levantarles constantemente el ánimo, asegurándoles que se encontraban en las cercanías de algún puerto ocupado por españoles.

Los frailes decían dos misas diarias a bordo y dirigían una oración colectiva en los atardeceres. El mercedario Gonzalo de Vera formó un coro para cantar la salve marinera.

Fuertes vientos los apartaron de la costa el 10 de septiembre. A media mañana del siguiente día, mar adentro, Orellana, que gustaba de ir en proa, distinguió una franja de tierra. Y un poco más adelante, una serie de edificios pintados de blanco, con algunos almacenes en la orilla de la playa.

Se volvió entusiasmado hacia sus soldados:

—¡Españoles, son españoles!

Todos gritaron y saltaron y hasta danzaron dominados por la euforia. Orellana no se equivocaba: pronto vieron la bandera con la cruz de San Andrés, emblema del emperador Carlos V, ondeando en un edificio alto; y no muy lejos, el campanario de una iglesia.

Más allá del lado de babor, distinguieron una bocana y hacia allí dirigió Juan de Alcántara la nao. Un disparo de cañón los saludó. Y al doblar el espolón, entre la media docena de barcos que flotaban amarrados en el puerto, reconocieron al instante al San Pedro.

Carvajal escribió: «… hallamos nuestra compañía y pequeño bergantín que había dos días que había llegado, porque ellos llegaron a nueve días de septiembre y nosotros llegamos a once de dicho mes con el bergantín grande, donde venía nuestro capitán; tanta fue la alegría que los unos con los otros recebimos, que no sabré decir, porque ellos nos tenían a nosotros por perdidos y nosotros a ellos. (…) Fuimos también recebidos de los vecinos desta ciudad como si fuéramos sus hijos, porque nos abrigaron y nos dieron lo que habíamos menester».

La isla era Cubagua; y la ciudad en donde desembarcaron, Nueva Cádiz. Sin detenerse demasiado para saludar a las autoridades del puerto, Orellana, flanqueado por los dos frailes, encabezó una jubilosa comitiva que se encaminó a la iglesia para dar gracias a Dios por el feliz término de la expedición. Eran cuarenta y tres españoles; de los dos remeros negros, ni siquiera las crónicas posteriores dijeron nada.

La obsesión de Orellana, ahora, consistía en llegar cuanto antes a España para proclamar su descubrimiento, recabar los honores debidos a su hazaña y lograr que el emperador le recompensara con el nombramiento de Adelantado o, cuando menos, de gobernador de los nuevos territorios añadidos a la Corona.

Pero el asunto requería tiempo. Sus dos naves no estaban capacitadas para cruzar el océano. Antes bien, se hallaban en situación casi de desguace. Y desde la pequeña isla de Cubagua no zarpaban otros buques que aquellos que partían a las islas cercanas a Nueva España y hacia la costa próxima de Venezuela. Debía esperar un barco que los llevara a alguno de los puertos grandes del Caribe, desde el que poder tomar después pasaje en una nave que regresara a la patria. No contaba además con nada de dinero, pues estaba arruinado. Sin embargo, dada su bien ganada fama, las autoridades de la isla en donde había atracado le garantizaban, a él y a sus compañeros, comida y alojamiento, entretanto encontraban un buque que los llevara a otra posesión española de mayor importancia.

Sus dos bergantines ocupaban plaza en el pequeño embarcadero y, además, no había medios para pagar su amarre. A finales de septiembre, Orellana decidió su hundimiento.

A bordo del Victoria y llevando detrás al San Pedro, salieron una tarde de calma a mar abierto, seguidos por una galeota de combate con una veintena de remeros y dos cañones. Orellana, Carvajal, cuatro soldados encargados de las velas y el piloto Juan de Alcántara viajaban en la primera nave. En la segunda lo hacían el alférez Alonso de Robles, Cristóbal Maldonado y dos marineros. Llegados a una milla de distancia del embarcadero, dejaron los dos bergantines al pairo y sus tripulantes pasaron a la galeota, que se alejó hacia la costa media milla. El fraile rezó un breve responso, como si de dos humanos, y no de dos navíos, se tratara aquella extraña ceremonia. Y Orellana dijo unas palabras cuyo sentido íntimo solo ellos, los hombres de la expedición del Amazonas, arrodillados y dando cara a los dos barcos, pudieron comprender:

—Gracias os sean dadas, amigos de la aventura, leales compañeros que nos llevasteis en brazos de los aires y las ondas hasta el término

feliz de nuestra jornada. Nunca os olvidaremos.

Guardó silencio unos instantes, con lágrimas en los ojos, y luego gritó la orden:

—¡Fuego!

Los artilleros de la galeota trabajaron con precisión. El Victoria y el San Pedro, envueltos en nubarrones de humo y fuego, se desintegraron. En la superficie del mar quedaron dos manchas oscuras cercadas de maderos y de restos de velas y de mástiles.

Orellana se volvió hacia Carvajal:

—Ya sé que solo eran dos barcos, dos objetos sin alma.

—¿Y quién dice que una nao carece de alma?

—¿Cuál es ella, padre?

—La nuestra, señoría.

Tuvieron pronto noticia de que había posibilidades de tomar varios barcos, uno de ellos a la gran isla de Santo Domingo y otros a la costa de Venezuela. Orellana reunió a sus hombres para organizarlos según sus deseos. La mayoría, soldados de aventura, escogieron seguir en el continente americano, llegar hasta la isla Margarita o a Caracas y, desde allí, emprender viaje a Nueva España o al Perú, en donde las posibilidades de hacer fortuna parecían mayores. Otros, una docena escasa, escogieron el regreso a España.

Entre los oficiales, Cristóbal Maldonado y Juan de Alcántara partirían con Orellana hacia la patria y, por su parte, Alonso de Robles quería buscar gloria en Nueva España. El fraile Carvajal y el mercedario De Vera regresarían al Perú.

—¿Y tú, sargento? —preguntó el capitán a Guzmán de Igüeña—, ¿adónde irás?

—¿Acaso lo dudáis, señoría? Alguien tiene que cuidaros en la nueva empresa.

—Con suerte, nos haremos ricos… El Dorado está pendiente.

—Yo nací para otras cosas, señoría. Si hubiera deseado la riqueza, me habría hecho adulador de un noble, carantoñero de un próspero comerciante, halagador de un rico hacendado o zalamero de un

avispado banquero, para acabar siendo algo tan tedioso como un noble, tan aburrido como un comerciante, tan triste como un hacendado o tan avaro como un banquero. Pero no voy a quedarme sin levantarle las faldas a una de esas amazonas, si vos me dais licencia.

A primeros de noviembre, los expedicionarios, tras una emotiva despedida de sus compañeros, zarparon hacia la isla Margarita y, desde allí, unos a la costa venezolana y otros a México. Entrado el mes, Orellana y los suyos se embarcaron rumbo a Santo Domingo, adonde llegaron el 22 de noviembre. Desde su puerto, viajaron a la isla Trinidad y, finalmente, unos cuantos de ellos a España.

Las noticias ya corrían en aquellos días más aprisa que los barcos y Orellana fue recibido como un héroe en la gran isla antillana. No solo consiguió alojamiento para él y los suyos, organizado por el gobierno de la isla, sino que fue el huésped de honor de numerosos banquetes y recepciones. Consiguió, además, el préstamo de dinero en abundancia.

Antes de partir rumbo a España con una decena de sus hombres, mantuvo entrevistas con quien ya era un prestigioso historiador, Gonzalo Fernández de Oviedo, relatándole con detalle su aventura. Oviedo se ocupó al poco de escribir la crónica del viaje del descubrimiento del Amazonas, que se publicaría años después en la segunda parte de su *Historia general y natural de las Indias*. La fama del capitán se extendía y, sin que él lo supiera, ya había llegado al Perú, a Portugal y a España.

—Me hubiera gustado conocer a fray Carvajal —le dijo Oviedo—. Es hombre de letras.

—Tal vez lo fuera al principio del viaje. Luego se hizo hombre de aventura.

—¿Existe ese oficio, capitán Orellana?

—Es lo que querría ser todo hombre de letras.

Las tormentas retardaron su arribo a España, arrojando su navío a las costas portuguesas a comienzos de 1543. Y el hecho llegó a oídos del rey luso, Juan III, que hizo llamar a Orellana a su corte en Lisboa. Allí

fue agasajado e interrogado con detalle sobre su viaje por el monarca, quien le planteó financiar generosamente una nueva expedición al Amazonas a cambio de su conquista para la Corona de Portugal. Orellana aplazó su respuesta hasta saber qué le ofrecía el emperador Carlos. Y partió, ya por tierra, a España.

Durante algunos días se detuvo en Trujillo para ver a sus familiares y amigos de tantos años antes. Su madre, tras enviudar, se había casado de nuevo con un rico terrateniente y Orellana tenía hermanastros a los que no conocía. Un día, recorriendo en solitario, a caballo, las dehesas que rodeaban su pueblo, le pareció que, a pesar de la inmensidad de las llanuras, aquel mundo era muy pequeño comparado con América. Era minúsculo en distancias, en sueños, en riesgo, en aventura, en gloria y en ambiciones. Había nacido allí, pero su alma no estaba hecha para aquel espacio limitado por las alambradas y los rediles de piedra. Decidió, una vez más, que nunca volvería a pisar tierra extremeña.

Y partió para Valladolid, sede de la corte del emperador Carlos, adonde llegó en el mes de abril de 1543.

20

De nuevo hacia el río

El propósito de formar una nueva expedición de conquista y colonización de los territorios que regaba el Amazonas no iba a ser tan sencillo como Orellana había pensado. Primero, porque las finanzas del Estado se hallaban casi en bancarrota. España era la primera potencia política y militar del mundo, pero sus gastos en las guerras habían llevado a la Corona a una situación económica insostenible. El emperador estaba dispuesto a darle títulos y respaldo moral a sus planes, pero nada de dinero. Si el capitán quería volver al río, debería ser a su propia costa.

El segundo elemento que jugaba en su contra resultó inesperado para Orellana. En fecha aproximada a la de su entrada en Valladolid, llegaba a la corte una carta escrita en septiembre del año anterior por Gonzalo Pizarro, desde el Perú. En ella acusaba a su antiguo lugarteniente de haber desobedecido sus órdenes, abandonándole con sus hombres en el Campamento Navidad, exponiéndolos a la muerte, en lugar de regresar en su busca con comida doce días después de su partida, como habían acordado. Y le tachaba de traidor.

Pizarro había regresado a Quito a finales de junio de 1542, después de una penosa marcha y arrastrando el fracaso de su expedición en busca del País de la Canela y El Dorado. De la tropa que partió con él desde Quito, unos 220 hombres, solo quedaban 80. Si se tiene en cuenta que la partida de Orellana que alcanzó la desembocadura del Amazonas, en agosto de 1542, la formaban 43 hombres, casi la mitad de los que integraron al principio la expedición de los dos capitanes habían perecido en el camino. Y no quedaba vivo ninguno de los más

de 200 caballos que llevaron con ellos.

La entrada en Quito de Pizarro fue muy semejante a la de un ejército derrotado. En su *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, el vallisoletano Agustín de Zárate la describía así en 1555: «Venían desnudos en cueros, porque mucho tiempo había que, con las continuas aguas, se les habían podrido todas las ropas; solamente traían dos pellejos de venados, uno delante y otro atrás, y algunos muslos viejos, y calzados unas antiparas del mismo venado y unos capeletes de lo mismo; y las espadas venían todas sin vainas y tomadas de orín; y todos a pie, llenos los brazos y las piernas de los rasguños de las zarzas y arboledas; y tan desemejados y sin color, que apenas se conocían».

Orellana sabía que la acusación era muy grave y que, si era considerado culpable, arriesgaba morir ejecutado por traidor. De modo que concentró todos sus esfuerzos en apuntalar su defensa, y el 7 de junio presentó la documentación que proclamaba su inocencia ante el Consejo de Indias, las actas legitimadas por el escribano Francisco de Isásaga durante la travesía del río. Las principales eran el propio nombramiento del escribano, la toma de posesión en nombre de la Corona española de los pueblos de Imara y Aparia, la exigencia de los soldados de no regresar al encuentro de Pizarro, pese a la insistencia en lo contrario del entonces lugarteniente de la expedición, y el requerimiento de los hombres a Orellana de que tomase el mando de la tropa como jefe indiscutible. Además de eso, Orellana aportaba una copia del relato del fraile Gaspar de Carvajal, claramente favorable a sus decisiones. Y para rematar su defensa, el propio capitán pasó a hacer la descripción detallada de la inmensidad del río, los pueblos que lo poblaban, los animales nunca vistos en Europa, sus batallas con los indios, la construcción del segundo barco… La capacidad retórica de Orellana resultaba imbatible, y sus historias no solo convencieron a los miembros del Consejo, sino que corrieron de boca en boca por la corte y llegaron hasta el pueblo llano, haciendo del descubridor una figura legendaria. Fue declarado inocente de cuantas acusaciones formulaba la carta de Pizarro y más aún: el Consejo de Indias determinó que, cuanto antes, se enviara una nueva

expedición con todos los medios necesarios para tomar posesión de aquellas regiones, y que el mando recayera en Orellana, verdadero descubridor del río.

El capitán, a partir de ese momento, comenzó a preparar la siguiente expedición. El emperador accedió a nombrarle Adelantado, Gobernador y Capitán General de la región bautizada como Nueva Andalucía y le garantizó que esos cargos pasarían a sus descendientes a su muerte. Además, le asignó un salario de cinco mil ducados al año (un millón de maravedíes), que también pasaría a sus herederos a perpetuidad. Pero, entretanto, todos los gastos de la expedición serían cubiertos por el propio Orellana.

El flamante nuevo Adelantado no contaba con dinero propio, y los costos debían por fuerza ser altos para acometer la empresa que se proponía. Orellana necesitaba cuatro barcos y al menos trescientos soldados, además de un centenar de caballos; y víveres, armas, cañonería, experimentados pilotos y unas decenas de marinos.

No se amilanó. Consiguió una importante inversión de un banquero genovés, Vicencio de Monte, y una aportación sustanciosa de su padrastro Cosme de Chaves. Se instaló en Sevilla y, con el dinero, comenzó a construir los barcos en los astilleros del Guadalquivir —un galeón, una carabela y dos buques de menor tamaño—, y reclutó a los hombres necesarios entre las decenas que poblaban los muelles del río en espera de encontrar empleo para viajar a América. También adquirió numerosos caballos.

Una tarde en que paseaba por la orilla de Triana, recordando sus años de muchacho en Sevilla cuando trabajaba de chico de esportilla en el mismo puerto, pasó al lado de la iglesia de Santa Ana y se detuvo ante el pórtico pensando si entrar para suplicar a Dios un poco de suerte. Renqueante, una mendiga se acercó hasta él con una escudilla tendida.

—Por caridad, ilustrísima… —dijo ella.

Y al instante se incorporó levemente y miró con fijeza, como si lo traspasara, el ojo sano de Orellana.

—Pero vos…

El capitán sacó unas monedas de su faltriquera.

—No, no… —añadió ella retirando el cuenco—. No es eso, no es eso… Vos… ¿sois Francisco?

—¿Para qué pides lo que luego no aceptas?

—¿Francisco Orellana?

—Así me llamaron al nacer.

—¿No me reconoces?

Él negó con la cabeza.

—Soy Teresa —añadió ella.

Estaba envejecida, iba sucia, con el pelo revuelto, seco y rígido, y vestía harapos. Había perdido la vivacidad de la mirada y sus ojos parecían navegar en el vacío, como si soñaran con un mundo mejor. Se habían sentado en un mesón cercano y Orellana pidió un plato de comida para ella y una frasca de buen vino para los dos.

—He oído hablar mucho de ti, sé bien lo que has hecho y logrado. ¡Ay, Francisquillo! Se te veía llamado para la gloria. Cuando le digo a alguien que te conocí años atrás, me toman por loca.

—¿Cómo me has reconocido? He cambiado mucho.

—Pero tu mirada, aunque sea con un solo ojo, es la misma de siempre: determinada, soñadora…

—Háblame de ti, ¿qué te ha sucedido?

—Tuve un hijo. Pero murió de fiebres tifoideas. Y mi marido se fue, nunca más volvió. Seguí en mi oficio unos años. Y luego…, los años no perdonan, a los hombres ya no les atraía ni bajando los precios, mis pechos se derrumbaron y mis piernas se torcieron. ¿Qué podía hacer? Solo me queda la limosna. Y no creas, en una iglesia como esta se gana bastante… Pero tengo que darle una parte al párroco. De otro modo, pone a otro en mi lugar. ¿Y tú?

—Salí sin dinero de España, me hice rico en América, me arruiné luego y he vuelto a ser pobre. Ahora intento rehacer mi fortuna.

—No pareces pobre.

—Cuando has sido rico, puedes vivir luego de las deudas y las apariencias.

Teresa señaló hacia el parche de su ojo.

—¿Cómo lo perdiste?

—Una flecha india.

—Me lo tendrás que contar.

—Otro día.

—¿Habrá otro día?

—No lo sé. Vuelvo a América.

Ella le miró, burlona.

—Entonces ¿tampoco te casarás conmigo esta vez?

—¿Dónde duermes, Teresa?

—¿Qué crees? En la calle. Si consigo un portal, bailo de gozo. Pero hay que caerle bien al farolero; si no, te echa a palos y pone a quien pague mejor…

—No sé nada de faroleros.

—Son los encargados del alumbrado y medio alguaciles. Hay que tenerlos contentos…, a base de monedas, claro.

—Eso es escandaloso.

—Cómo se nota que llevas años lejos de España. En Sevilla, además, todo se compra y se vende. Hasta el alma.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Hay aquí cerca un convento de Hermanas de la Caridad. Quiere decirse que, si les das dinero a las monjas, hacen caridad. Me vendría bien que me dejaras reservadas unas comidas.

—Vamos para allá. Y te pagaré también algunos baños y una cama.

Orellana arregló con la superiora dos años de estancia. Era una seca mujer con aire de matrona de burdel.

—Ha sido muy generoso… por tu parte, Francisquillo —le dijo Teresa al despedirse.

—Te hubiera dejado pagado para cien años, pero no llevo más dinero. Si gano fortuna en América, me ocuparé de ti, aunque sea desde tan lejos. Tengo amigos en Sevilla.

—Me gustaría darte un beso de despedida.

—Otra vez será…, cuando te laves.

—Anda y ve con el diablo, mozuelo.

A pesar del dinero, no era fácil partir hacia América. El control real era estricto y una comisión dependiente del emperador, la encargada de inspeccionar los barcos para extender el permiso de viaje, era quisquillosa y detallista. A Orellana le habían rechazado por dos veces la autorización para zarpar y, cansado de tanta burocracia, planeaba ya burlar el control oficial.

Entretanto, había decidido casarse. Quería dejar un heredero para prolongar su estirpe y que sus títulos y sus futuras posesiones y riquezas pasaran a su descendencia. Conoció a una muchacha en esos días, casi niña todavía, y quedó fascinado con ella. Se llamaba Ana de Ayala, era de una belleza deslumbrante y pertenecía a una familia de tan pocos recursos que ni siquiera podía pagarle una dote. Ella se parecía a aquella gitanilla, Esmeralda, de quien Orellana se había enamorado cuando viajaba de Trujillo a Sevilla por vez primera diecisiete años atrás. Y en cuanto a él, le era indiferente su falta de fortuna. El padre aceptó la propuesta a cambio de una cierta cantidad de dinero y Orellana, con treinta y tres años de edad, se casó con Ana cuando ella tenía catorce, en Sevilla, el mes de noviembre de 1544.

—No sé si me amáis, señora —le dijo el capitán la primera noche que pasaron juntos—. Pero estad segura de que me desviviré por enamoraros.

—Ya habéis avanzado mucho con vuestra generosidad y gentileza.

—No os tocaré en tanto vos no lo demandéis.

—Corren tantas leyendas sobre vos…

—¿Buenas o malas?

—¿Qué me importa? Todas hablan de vuestro valor y vuestras hazañas.

—¿Las creéis?

—Me enamoran.

—Soy tuerto.

—Hay hombres con dos ojos que no ven nada.

Envió sus naves a Sanlúcar y dispuso todo para regatear las órdenes reales. Escaso de víveres, la noche previa a la partida asaltó una

granja solitaria y robó todas las vacas, ovejas, cerdos y pollos que el dueño poseía, dejando heridos a varios de los pastores y empleados. De modo que, de un día para otro, se convirtió en cuatrero, pirata y renegado, oficios en los que ya tenía experiencia de sus días en el río Amazonas. Ya no le quedaba otra alternativa que escapar de España.

El 11 de mayo de 1545, dos años después de su regreso a la patria, la flota zarpó de Sanlúcar al amanecer. A bordo de los barcos iban cuatrocientos hombres, más de los previstos, y algunas mujeres, entre ellas su esposa Ana y su cuñada. El capellán de la expedición era el dominico Pablo de Torres, que pronto quedó seducido, como Carvajal, por las cualidades de su capitán. Pero, al salir de Sanlúcar, Orellana le dejó en tierra junto con otro fraile de los ocho que la Corona había decidido que fueran en su compañía, pues no quería con él a la persona que se había opuesto a su casamiento con Ana de Ayala, una plebeya. De sus compañeros del viaje anterior, solo se embarcó uno: Guzmán de Igüeña, a quien nuevamente Orellana dio el grado de sargento.

La buena suerte del capitán, sin embargo, parecía torcerse. A finales de mayo llegaron al Puerto de la Cruz, en Tenerife, para hacer aguada y reponer víveres. Había que realizar, además, algunas reparaciones en los barcos y los expedicionarios permanecieron tres meses en la isla, mucho más tiempo del que calculaba Orellana. De allí, ya en agosto, partieron hacia Cabo Verde, el último puerto que habrían de tocar antes de recorrer las dos mil millas que los separaban de Sudamérica. Pero una súbita epidemia asoló la isla, la mayoría de los hombres de la flota fueron contagiados y casi cien de ellos, una cuarta parte de la expedición, murieron. Y poco después, otros sesenta soldados desertaron junto con tres de los oficiales. Orellana se encontró con que, únicamente, algo más de la mitad de la tropa seguía con él; solo su retórica y sus dotes de convicción hicieron posible que el resto de los hombres no le abandonaran. Pero la falta de soldados, sobre todo de marineros, obligó al capitán a abandonar una de las naves. Pese a todo, Orellana siguió firme en su propósito y en su convicción de que llegaría a la boca del Amazonas.

Tras partir de Cabo Verde, la falta de agua estuvo a punto de acabar

con la vida de todos en las semanas siguientes. Pero esta vez la suerte se puso del lado de Orellana, pues las tormentas tropicales arrojaron al poco enormes cantidades de agua sobre los barcos y sus odres se llenaron. No obstante, en medio de uno de aquellos vehementes temporales, una de las naves se extravió. No volvieron a verla nunca más ni nadie supo nada más de ella. A bordo iban setenta y siete hombres, con lo que la tropa de Orellana quedó reducida a casi un tercio de los que partieron de Sanlúcar.

Y el capitán, conforme se acercaba al río, se iba alejando más y más de la realidad.

En diciembre de 1545, la expedición navegaba ya en las aguas de la Mar Dulce y atracaba el día 20 en una isla de la boca del Amazonas. Orellana ordenó disparar varias salvas de cañón.

Después se volvió hacia Guzmán de Igüeña y simplemente dijo:

—De nuevo estamos en casa, amigo.

21

El fin

Orellana no era el mismo, los obstáculos y los conflictos de los últimos meses le habían cambiado. Su natural prudencia había dado paso a un exceso de intrepidez. Seguía siendo el hombre valiente de siempre, pero ya no sopesaba como antes los inconvenientes y ventajas de sus decisiones. Su determinación de seguir aguas arriba, hasta dar con el brazo principal del río, chocaba con la reflexión y la sensatez.

—¿No hay un exceso de fe en vuestras acciones, señoría? —preguntó una vez Guzmán de Igüeña.

—Subiré mi río cueste lo que cueste.

—¿Aun a riesgo de la vida?

—¿Y para qué sirve la existencia si no la empeñas en una misión? Y tú, ¿por qué me sigues?

—Vuestro destino es el mío.

—Te devuelvo la pregunta, Guzmán: ¿a riesgo incluso de la muerte?

—¿Y para qué vivir, mi señor, si no hay aventura?

Durante varios días descansaron en la isla. Y los nativos, al poco, comenzaron a acercarse y a ofrecerles comida y cobijo. Llovía todas las tardes copiosamente, pero los españoles, después de las penalidades pasadas en alta mar, al fin encontraban reposo y una cierta tranquilidad. Todos menos Orellana, que ardía en deseos de ponerse de nuevo en camino por aquel laberinto de canales que, estaba seguro, habría de llevarlos al gran Amazonas.

Ana, su joven esposa, le interrogaba cada noche, perpleja y sumisa:

—¿En qué va a terminar todo esto, Francisco?

—En lo que tantas veces te he contado. Llegaremos al centro del río, someteremos a las amazonas, a los omagua y a los machiparo. Serás la señora de todo el territorio de Nueva Andalucía. Tendrás cientos de sirvientes. Y pondré a tus pies todas las riquezas de estos reinos, que son incalculables. Tú vivirás en un palacio en donde las paredes brillarán doradas y comerás y beberás con cubiertos y copas de plata y de oro.

—¿No es fantasía todo ello?

—Yo lo he visto, mi señora. Y lo conquistaré para ti y para los hijos que has de darme.

—Me da miedo este lugar: ese río voraz, esos feroces chaparrones que oscurecen el mundo, ese cielo sombrío, los amaneceres sin luz, las nubes negras, los ruidos de la selva, los gritos amenazadores de los pájaros, las serpientes… No puede ser bueno.

—Míralo de otra manera: el perfume de las flores, el esplendor del bosque, los silbos acompasados de las aves, la carnosidad del aire, el sabor de los frutos, la belleza de las plumas de los papagayos, el salto de un pez en el vacío, los delfines de color rosado… Y todo será tuyo, aprende a amarlo.

—No sé si podré.

—… y el oro.

—¿Qué importa la riqueza cuando piensas que puedes morir?

—No morirás, Ana.

Orellana tenía prisa, al contrario que sus hombres. La mayoría de ellos aconsejaban al capitán quedarse un tiempo en aquel lugar, mientras construían un pequeño bergantín, más apropiado para navegar el río, con buena parte de las piezas que habían traído desde España, listas para ser ensambladas. Además, los indios eran hospitalarios y la comida, abundante; en suma: un buen lugar para reponer fuerzas. Por otra parte, los once caballos que quedaban con vida estaban extenuados y precisaban de tiempo para reponerse.

Pero la inquietud del capitán rebasaba su sentido común. Insistía en que, más arriba, eran muchos los pueblos que vivían en las cercanías

del río, sobrados de alimentos y casi todos amigables. Junto con ello, pensaba que, si lograba conquistar algunas poblaciones y enviar riquezas al emperador, este no solo le perdonaría su rebeldía y robos, sino que además enviaría las tropas y los medios necesarios para conquistar toda la región amazónica.

Y pese a la reticencia de sus compañeros, ordenó la partida el día de Navidad de 1545, justo cuatro años después de su separación de Gonzalo Pizarro.

No obstante, se perdían una y otra vez y muchos hombres morían debilitados por las penalidades que habían sufrido hasta ese momento. Tampoco encontraban las anheladas poblaciones rebosantes de comida, prometidas por el capitán, en donde los indios los recibirían con los brazos abiertos. La desesperación cundía entre los expedicionarios. Y entretanto, Orellana no cejaba en su afán de continuar avanzando.

La estrechez de los canales los obligó a construir finalmente el bergantín y desguazar uno de los barcos que les quedaban, el más grande de los dos. Lo botaron tres meses después y, de inmediato, un grupo de soldados partió a bordo, río arriba, en procura de alimentos. Solo unos pocos regresaron días después: los otros habían muerto de hambre o a causa de los ataques de los indios.

A pesar de ello, Orellana continuó en su empeño y los dos navíos siguieron remontando aquella confusión de canales en busca de la corriente principal. Pero no habían cubierto cien millas de recorrido cuando una súbita corriente de agua arrastró a la mayor de las naves, perdido el gobierno, y la arrojó a tierra, en donde quedó inutilizada para la navegación. Sus tripulantes y pasajeros lograron salvar la vida y subir a bordo del bergantín; entre ellos, la esposa de Orellana. Esta vez, sin embargo, la suerte jugó en su favor: desembarcaron en una isla y allí fueron acogidos por unos indios que los ayudaron en la difícil arribada y les dieron comida.

Todo parecía perdido. Y, sin embargo, el capitán se negaba a rendirse. Habló con sus soldados y marineros, trató de convencerlos de que no debían de estar lejos del curso principal del río y, al fin, tomó una decisión: mientras él partía con unas decenas de hombres en

busca de la anhelada corriente del Amazonas, el resto, en número parecido, se quedaría en el lugar construyendo un nuevo bergantín para unírsele más tarde.

La noche anterior a su último intento por lograr encontrar lo que tanto ansiaba, se retiró con su esposa a la tosca cabaña que los hombres le habían construido durante su estancia en la isla.

—No deberías venir conmigo, Ana —dijo Orellana.

Su rostro parecía el de un espectro a la luz movible del hachón.

—Iré.

—Sé bien lo que busco, pero no estoy seguro de encontrarlo. Es un viaje muy arriesgado. Y tú no tienes más que quince años, niña: puedes rehacer tu vida si yo muero.

—Sé muy bien quién soy: tu esposa. Y no solo debo ir contigo, sino que además quiero hacerlo.

—Aquí estarás más segura. Hay comida y paz.

—¿Y qué me importa eso si tú no estás a mi lado?

—Puedo prohibirte venir conmigo.

—Si no me llevas contigo, dejaré de comer y de vivir.

—¿Tanto es el amor que me tienes?

—No sé si llamarlo amor. Eres un pedazo de mí… y yo un pedazo de ti.

—Me asombra. Pero será como desees.

Esa noche, más tarde y a solas, el capitán paseaba por la playa desierta. ¿Quién era Orellana?, se dijo. Si recordaba al chico que partió de su pueblo con dieciséis años en busca de aventura y de fortuna, no se reconocía. Tampoco en la imagen de aquel osado y a la vez prudente comandante que había guiado la primera expedición río abajo, salvando la vida de casi todos los hombres. Ni mucho menos el carismático guía de la tropa desesperada, a la que levantaba una y otra vez los ánimos con su verbo encendido y convincente. Ni el hombre que dialogaba con los indios para lograr comida y que, días después, no dudaba en empuñar la espada y combatirlos para conseguir alimentos. Había dejado de ser el estratega certero, el

diplomático eficaz y el valeroso y, al mismo tiempo, sensato capitán.

No era capaz de responderse a la pregunta. Quizá su empeño no era ya ni siquiera ambición, sino una hosca obsesión. Jugaba al todo o nada, a conquistar el río o morir en el intento. Lo de menos era la cárcel que le esperaba en España, cuando no la horca, si regresaba con las manos vacías.

¿Era todo aquello una gran vesania?

Con el alba, subieron al bergantín. Su lugarteniente, Juan de Peñalosa, hizo un gesto a Orellana para indicarle que estaba preparado para la partida. Le asistía como piloto un experimentado marino, un chipriota llamado Juan Griego. Asomado en la borda, el sargento Guzmán de Igüeña le saludó con la espada en alto cuando el capitán trepó la escala.

—¿Qué haces aquí, sargento? —dijo Orellana—. No te incluí en la lista de los soldados que me acompañarán.

—No voy en calidad de soldado.

—¿Y de qué vienes entonces?

—Vengo a cuidar de vos, como siempre.

—Vete al infierno.

—¿No es acaso ese el rumbo que tomamos?

En su travesía, solo encontraron hambre y guerra. Y Orellana, al fin vencido, ordenó dar la vuelta a su bergantín para reunirse con los compañeros que había dejado atrás. En el camino, río arriba, una decena de sus hombres habían desertado y huido al interior de la selva. Leyendas posteriores afirmaron que se habían unido a alguna tribu indígena y que jamás volvieron de la Amazonia. Poco después, en un combate con los indios, murieron diecisiete de sus soldados a causa del veneno de sus flechas.

Nadie los esperaba, sin embargo. El resto de los expedicionarios habían logrado construir un nuevo bergantín con el que partieron en su busca. Pero en la maraña de aquella espesa selva, en la confusión de numerosos canales y de islotes, zarandeados por las mareas y el oleaje, los dos grupos se cruzaron unos con otros y no llegaron a

encontrarse.

El segundo contingente de hombres decidió dirigirse al mar, en busca de algún lugar de la costa en donde hallar españoles. Y en el río tan solo quedaron Orellana y su pequeña tropa de supervivientes.

Llegaron a la isla en donde el barco grande había naufragado y tan solo encontraron los restos de las cabañas y el costillar de la nave destrozada. El capitán enfermó ese día de fiebres, quizá de malaria.

Francisco de Orellana murió en noviembre de 1546 y, tras enterrarle al pie de una ceiba en la ribera del río, sus hombres pusieron rumbo al mar, recalando al fin en la isla Margarita. Unos días más tarde, a comienzos del mes de diciembre, alcanzaban el mismo puerto los supervivientes del segundo grupo. En total, de los cuatrocientos hombres que partieron de España, tan solo cuarenta y tres habían salvado la vida. Algunos, los menos, volvieron a la patria. Otros, la mayoría, se diseminaron por tierras americanas bajo dominio español.

La esposa de Orellana se unió en matrimonio a Juan de Peñalosa y ambos terminaron sus días en Panamá. El soldado Guzmán de Igüeña regresó a España, se alistó como «soldado veterano» en los tercios españoles y sus huellas se perdieron en el fragor de las batallas de Flandes. Probablemente murió como siempre había vivido: peleando.

Abandonado por su rey, el emperador al que tanto y tan lealmente había servido, Francisco de Orellana no murió, sin embargo, solo. Ana de Ayala permaneció a su lado hasta el último segundo de su vida en aquella choza perdida del río más largo de la Tierra. Y Guzmán de Igüeña apenas si se movió durante esos días de la puerta de la cabaña.

La tarde antes de su muerte, el capitán mandó llamar a su compañero de tantos años, y pidió a Ana que los dejara solos unos instantes.

Guzmán entró en silencio, le tomó la mano y apretó un poco con los dedos. La de Orellana era blanda, flácida, exenta de todo rastro de vigor.

—¿Qué deseáis, señoría?

—Despedirme de ti.

—No estáis para viajar muy lejos.

—Ya me entiendes, no te burles: adonde yo voy no se necesita equipaje. Y en este viaje no vas a acompañarme. Como decías años atrás: viajo solo.

—Aún respiráis. La gente muere, pero también se cura.

—Sin ese río, no soy nadie. Y lo he perdido. No muero de fiebres, sino de tristeza.

—Volveremos al río, amigo.

—No creo. Y ahora vete. Y gracias por todo lo que me has dado.

—¿Qué te di?

—Ambición y aventura. Sal de una vez.

—Dios te guarde, zagalillo.

Ana estaba allí, a su lado, pasándole de cuando en cuando un paño húmedo por la frente, consciente de que aquello no servía para nada pero, aun así, le aliviaba. Él percibía cómo su mirada, en ocasiones, se oscurecía y volvía borrosas las figuras que creía ver moverse alrededor. Se sentía muy débil, pero no quería dormir, porque sabía que, si se abandonaba al sueño, ya no iba a regresar nunca de aquella negrura que llenaba el espacio en el fondo de su campo visual.

El cansancio le vencía. Una vez tras otra trataba de hablarle a Ana, pero no lo lograba y tan solo acertaba a dejar que un torpe balbuceo escapara de su garganta.

Tampoco podía pensar. Ilusión y realidad se confundían en imágenes dispersas que poco a poco iban dejando de tener sentido. Remaba, en pie, en una barquichuela, detrás de un bergantín de cuya borda asomaban muchos rostros conocidos; el más claro entre todos, el de su esposa. Y de súbito surgía a su izquierda un brazo de río y él dirigía hacia allí su embarcación, mientras que el bergantín se alejaba por el curso principal y todos los que viajaban en él se despedían agitando los brazos. Y al fondo de su nuevo rumbo crecía una enorme luz, como un incendio, que iba devorando los contornos del paisaje.

Pero la llamarada se apagaba ahora. Y él seguía remando mientras que la oscuridad abrazaba de nuevo su entorno. Oía cantos de rana,

aullidos de monos y rugidos de jaguares. Y el sonido acompasado de los tambores y el griterío de los indios y el silbido de las flechas. Y, al poco, todo se confundía: chillaban los árboles, los mamíferos saltaban del agua a tierra y los peces parecían volar; nubes cenicientas avanzaban por el cielo y la lluvia caía en chaparrones sobre el bosque humillado, mientras el rostro convulso de Gonzalo Pizarro le miraba con furia y de sus labios brotaba la palabra más injusta y temida: «¡Traidor!».

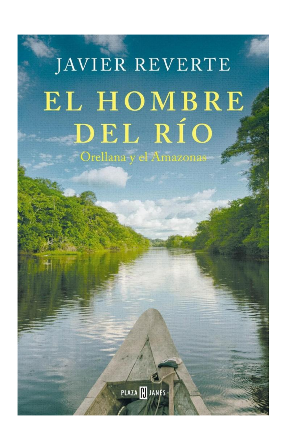
Él arrojaba la pala al agua y se sentaba en el banco de la barca, sumiso, dejando que la corriente le llevara por donde quisiera.

Entonces una gran anaconda con la piel teñida de color verde cenagoso, moteada de manchas oscuras, surgía de la orilla de la selva y se arrojaba al agua. Venía hacia él, zigzagueando sobre la superficie, y le miraba con sus ojos sin alma.

Y, de pronto, abría la boca y mostraba una terrible dentadura labrada con afilados colmillos y una lengua viscosa que silbaba una espeluznante melodía. Francisco de Orellana era su presa.

Madrid-Valsaín, 2019-2020

¿Quién fue Francisco de Orellana?



El hombre del río es la historia de un joven que partió de su Trujillo natal hacia América sediento de aventura, fama y riqueza. Hombre de armas y letras, su audacia lo llevó a sumarse a la expedición en busca de los legendarios País de la Canela y El Dorado, logrando la excepcional hazaña de recorrer el mayor curso fluvial del mundo gracias a su aguda inteligencia y sus habilidades diplomáticas.

Mientras que muchos vieron en Orellana un traidor a su jefe Gonzalo Pizarro, Javier Reverte descubrió un personaje a la altura de héroes clásicos como Ulises, Aquiles o Héctor, por los que siempre sintió una enorme fascinación. Y en este relato se sirve de las fuentes históricas, de la narrativa de viajes y de recursos novelísticos, para ofrecernos el retrato de un hombre extraordinario en el que la ambición se funde con la curiosidad antropológica, la tolerancia o la lealtad

«Este libro no solo tiene la intención de relatar una gran aventura, de ayudar a borrar la fama de traidor de un hombre excepcional, sino también la de trazar un retrato veraz de un conquistador diferente a todos los otros que participaron en la gigantesca tarea del Descubrimiento y la Conquista. Y es, además, el pago de la deuda que yo tenía con el curso de agua más grande de la Tierra, el Amazonas, el río de la desolación y de la desmesura, en donde Orellana perdió la vida y yo, casi».

Autor de una extensa obra, **Javier Reverte** (Madrid, 1944-2020) cultivó la poesía, la biografía, la novela y, en especial, la literatura de viajes, de la que sin duda fue el autor más destacado de las letras españolas. Entre sus obras de este último género, hay que resaltar las que tratan de sus periplos africanos, que comenzaron con *El sueño de África* (1996), un texto que no ha cesado de reeditarse desde entonces y que ha vendido más de un cuarto de millón de ejemplares. Otras narraciones viajeras incluyen sus navegaciones por tierras y mares polares, por ríos como el Amazonas y el Yukón, por países como Irlanda, China, Argelia y Grecia, y también diarios de sus largas estancias en Roma y Nueva York. En su narrativa, destaca la Trilogía Trágica de España (*Banderas en la niebla, El tiempo de los héroes y Venga a nosotros tu reino*), obras centradas en la Guerra Civil y en los primeros años del franquismo. Plaza & Janés ha publicado póstumamente una novela, *Hombre al agua*; sus memorias, *Queridos camaradas*, y su último libro de viajes, *La frontera invisible*.



Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: Shutterstock / ©Kim Schandorff/ Getty Images

ISBN: 978-84-01-03385-8

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Índice